

## El imperio español y los historiadores norteamericanos del siglo XIX

WASHINGTON IRVING Y WILLIAM H. PRESCOTT

I

*La empresa colombina, el imperio español y la lengua castellana*

WASHINGTON IRVING, nacido en Nueva York en 1783, y William H. Prescott, en Salem (Massachusetts), en 1796, fallecieron en 1859. La existencia del primero se prolongó hasta los 76 años y la del segundo hasta los 63. La fama y la gloria que rodeó sus nombres, ganada en la estimación de méritos literarios indiscutibles, había surgido espontáneamente mucho antes de la muerte de ambos, casi al propio tiempo de la publicación de los primeros libros, en la plenitud de sus vidas. Los dos escritores, desde entonces, y después mayormente, ocuparon un sitio brillante en la naciente historia literaria de los Estados Unidos, cuando esta no alcanzaba todavía su verdadera expresión. Algunos de los libros que escribieron dentro de los géneros literarios que cultivaron, bajo la influencia del romanticismo, encontrábase ya sindicados como obras clásicas de la lengua inglesa. También constituían, por otra parte, un acervo de la literatura universal. Irving y Prescott habían desbordado con sus libros el localismo patrio y con ello contribuido a incrementar el acervo de la cultura occidental, en el engrandecimiento de la Historia como obra de arte y de ciencia, al mismo tiempo.

Irving fué escritor de obras humorísticas y de imaginación. Cultivó el cuento, la leyenda y la tradición, esta última con apreciable fundamentación histórica. Fué también historiador en la más amplia acepción de la palabra. Como biógrafo, manifestó relevantes condiciones. A su vez, Prescott fué un historiador de excepcionales aptitudes. Se destacó igualmente como crítico y como biógrafo. Los dos fueron artistas que embellecieron la narración histórica. La erudición quedó en sus obras rezagada a un tercer plano para brillar sólo el arte de la narrativa. Llevaron a la Historia el sentido estético con que los historiadores románticos —Barante y Thierry, principal-

mente—, supieron embellecerla. Irving como Prescott, manifestáronse dueños de un poder considerable de evocación para animar el pasado. Sobre ese pasado hicieron soplar una imaginación mesurada, pero vívida; ardiente, sin sofocación; vibrante, sin sentimentalismo y realista sin crudeza. Con fuerte emoción describieron caracteres, interpretaron ambientes disímiles, analizaron climas y paisajes desconocidos, y con colorido, sin exageración, pintaron las vicisitudes del corazón humano en los arrebatos de la pasión y de la violencia. Una majestuosa grandeza, de un perfecto corte literario, es lo que domina en las páginas de la historia de estos dos escritores clásicos.

Irving hizo la historia de una de las hazañas más atrevidas de la humanidad. Relató el descubrimiento de América. Contó la vida de Colón y luego de de sus compañeros en las empresas de descubrimiento de nuevas tierras sobre las cuales la España asentaría su imperio en el Nuevo Mundo. Prescott fué el historiador de esa misma España cuando comenzaba a germinar un orgulloso sentido imperial, después de la caída de Granada y la transformación del Estado feudal en uno nacional. En España había nacido el primer Estado moderno europeo. Su historia comenzaba con los Reyes Católicos. Fueron ellos, además, los que decidieron la empresa colombina.

Prescott escribió, precisamente, la historia de ese reinado, en 1838. La muerte le sorprendió consagrado a narrar el de Felipe II. Dejó sin historiar el de Carlos V, en el cual el sentido imperial español adquirió toda una amplia significación y resonancia universal. Tal vez pasó por alto ese período de la historia de España, que la hace ecuménica desde advenimiento al trono del hijo de Felipe el Hermoso y Juana La Loca, porque un historiador escocés del siglo XVIII, William Robertson (1721-1793), había contado en un libro clásico de la his-

toriografía europea. *La Historia del reinado del Emperador Carlos V* fue publicada por Robertson en 1769, y en lengua inglesa. Ni en esta, ni ninguna otra, así por la sabiduría del discurso, como por la solidez de la investigación para su época y también por la elegancia de la forma, nada hasta entonces y largo tiempo después, logró igualarla. Su mérito era demasiado respetable para que alguien, aun en los comienzos del siglo XIX, cuando la investigación había hecho tantos progresos, quisiera emularla o competir con una obra genuinamente clásica.

Robertson fué también autor de una magnífica *Historia de América*, publicada en 1777 que, como la anterior, fué considerada clásica. En una serie de capítulos admirables de los dos volúmenes que la componen, verdaderos cuadros generales de la época precolombina, del descubrimiento, conquista y asiento de la colonización española, relató Robertson, en la primera historia orgánica del Nuevo Mundo, las fabulosas hazañas de los improvisados soldados aventureros de Carlos V. Desplegó en la narración un criterio ordinariamente seguro y una clara visión de la perspectiva histórica. *La Historia de América* del escritor escocés, en cierto modo, era una ampliación de la *Historia del reinado del Emperador Carlos V*, porque parte del descubrimiento, conquista, y también organización primitiva de las colonias hispanoamericanas, caían bajo ese reinado. En el espíritu del historiador nació y maduró la idea de acometer el vasto tema del asunto americano para completar ese relato. Robertson, pues, en la historiografía moderna europea narró la eclosión imperial de la monarquía española con el signo de la universalidad en el Viejo y Nuevo Mundo, bajo el cetro de Carlos V. Si es cierto que Prescott, por las circunstancias que se han señalado omitió deliberadamente escribir la historia del Em-

perador, y se contrajo a contar sus días en el convento de Yuste, conocemos su criterio sobre la dilatada época de ese gobierno en las páginas preliminares del reinado de Felipe II. Este juicio nos ilustra concienzudamente para apreciar otro momento de la expansión imperial española en el Nuevo Mundo. Prescott historió en forma inimitable las épicas conquistas de México y del Perú. Al drama en que se desenvuelven esos hechos, su pluma les dió un relieve artístico supremo, y el historiador supo colocarse en un plano de dignidad como juez que elevó sus historias al modelo mismo de ella.

Todo un ciclo completo de la historia de España abarcaron, pues, Irving y Prescott en una de las etapas más dramáticas de su acontecer. Cuando sus nombres se les recuerda por esos brillantes estudios de la civilización hispánica, aflora inconscientemente un tercero que completa ese ciclo histórico. El pueblo que realizó las hazañas que se desarrollaron en el Viejo y Nuevo Mundo bajo la conciencia imperial ecuménica, en la extensión abarcada por el ámbito de la cultura occidental, provenía del primer Estado europeo de corte moderno. Ese pueblo tenía una lengua y poseía también una cultura y una civilización. Un historiador norteamericano fué el historiador de esa lengua. La de Castilla, al través de su pensamiento, la escribió magistralmente Jorge Ticknor (1791-1871), en la *Historia de la literatura española*, aparecida en 1849. En realidad, más que una historia de las letras españolas, Ticknor se propuso escribir el desarrollo de la cultura de ese pueblo. De todas maneras, al igual que Irving y Prescott, Ticknor le consagró a la España imperial un monumento de erudición. Los tres nombres se asocian en una obra común: la historia imperial de España desde los Reyes Católicos hasta Felipe II, y el florecimiento de una lengua en los días de su grandeza. En este ensayo sólo vamos a ocuparnos de Irving y de Prescott.

## II

### *Washington Irving, historiador de la empresa colombina*

IRVING quedó huérfano casi en la niñez. Sus progenitores eran de origen inglés. William Irving, el padre, era natural de las islas Orkney. A cargo de sus hermanos, dedicados a la carrera del comercio, corrió la educación del muchacho. La escuela pública le contó en sus aulas hasta los 16 años.

Sintió por las matemáticas una aversión invencible. Gracias a este repudio, fueron reveladas las aptitudes del escritor. Mientras sus compañeros le resolvían los problemas de las tareas escolares, el rapazuelo les escribía composiciones literarias, las que a veces, eran poemas, ensayos humorísticos o diver-

tidas historietas. Un talento natural y espontáneo demostraban ya estas primeras manifestaciones del ingenio de Irving. También una ardorosa fantasía. En el Columbia College de su ciudad natal, estudió Derecho. Sin embargo, luego comprendió que había errado la vocación. Se dió cuenta de que sería incapaz de someterse a la esclavitud de una profesión liberal. En cambio, sentíase atraído hacia las letras y no de una manera que fuera el principal motivo de su vida. Por esta época, era más lector que escritor y se dió al conocimiento de los autores ingleses con una tenaz dedicación. Chaucer, Spenser y Bunyan fueron los predilectos suyos de este tiempo, lo mismo que Pope, Addison y Goldsmith, en seguida. Al cultivar el gusto literario sin la pretensión de ser algún día un escritor siquiera, educaba su agudo sentido de observación, manifiestamente inclinado a extraer de los hombres y de las cosas su lado humorístico y ridículo. En los alrededores de la isla de Manhattan, encontró un ambiente lleno de interés para estudiar tipos, caracteres pintorescos, singularidades, y una gama de personajes dominados por pasiones comunes que los hacía originales. Este fué un centro para Irving de correrías y vagabundeos. Era Nueva York, por esa época, al finalizar el siglo XVIII, el conjunto de una población de varias nacionalidades que comenzaban a fundirse en el ambiente de la nueva creada por la independencia. Al extinguirse las de otrora, sojuzgadas por el imperio fatal del medio, con obstinación luchaban por conservar los rasgos distintivos de sus costumbres y sus sentimientos. Con terca violencia resistían lo que la acción nacional implacable del tiempo les arrebatava. En ese conjunto, los holandeses, por ejemplo, distinguíanse en un lugar especial. En uno de sus libros más leídos, Irving puso de relieve esos caracteres y los explotó con maestría. Las rivalidades entre los vecinos, las preocupaciones que los dominaban, la sordidez y miseria de sus hábitos, fueron captadas por el futuro escritor con un fino humorismo. La pintura de esas impresiones son las que constituyen los aspectos más originales que se encuentran en los primeros libros de Irving. Por otra parte, el conocimiento exacto de los sitios históricos de la ciudad, el de las tradiciones y leyendas que los pobladores de ella habían ido dejando sucesivamente, fueron parte de los elementos valiosísimos de que se valió Irving para fundamentar sus primeras obras en el mundo de esas realidades.

La carrera del escritor se inició en 1802. Colaboraciones suyas comenzaron a registrarse en el *Morning Chronicle*, con el título de *Cartas a Jonathan Oldstyle*, que interesaron desde luego al público. Pero dos años más tarde, Irving vió su salud seriamente comprometida a consecuencia de una grave pulmonía, decidiéndose en 1804 a emprender un viaje a Europa. Dos años permaneció alejado de los Estados Unidos. Para reponerse de los quebrantos de su salud, residió en Francia y en Italia, y una vez aliviado visitó Suiza, Prusia y Holanda. En Inglaterra fué donde arraigó más tiempo. En marzo de 1806, Irving se encontraba otra vez en Nueva York. Quiso entonces dedicarse a la abogacía, pero nuevamente comprobó que su carácter no se avenía con las tareas forenses. Sin responsabilidad, es decir, sin sentirse un escritor profesional, quiso en las letras encontrar una distracción. Unido con su hermano y en sociedad con J. C. Paulding, inició la publicación de una obra periódica que intituló *Salmagundi*, que se inspiró en el *Spectator* de Addison. Bien dirigida editorialmente, la publicación fué un éxito durante el tiempo que la mantuvo en los años 1807 a 1808. Sin embargo, mayor, inmensamente mayor, fué el triunfo literario que con sus páginas alcanzó Irving. Eran las primeras del escritor las que aparecían y era también la primera obra de fantasía con que se enriquecía la literatura norteamericana. La reputación literaria de *Lacelot Langstaff*, pseudónimo usado por Irving en esos escritos, quedó establecida con *Salmagundi*. Un triunfo tan resonante no tuvo mayor significado para él ante una cruel desgracia. Un golpe terrible casi lo anonadó sentimentalmente. Su novia Matilde Hoffernan falleció en forma inesperada. Las agobiantes penas de tan rudo golpe, Irving las ahogó en un intenso cultivo de las letras. Esta vez ellas se le impusieron como una necesidad del espíritu, como el refugio en que podía olvidar el fracaso de su amor. Las prensas de su ciudad natal editaron en 1809 la *History of New York por Diedrich Knickerbocker*. Definitivamente quedó consagrada su gloria. Un crítico ha dicho de este libro que es una "obra única en nuestra literatura — (la norteamericana) — y de sátira fina y sostenida". El humorista se complacía en presentar bajo las formas cómicas, la gravedad y las preocupaciones mezquinas de los holandeses que habíanse establecido en la ciudad. Muchos neoyorquinos manifestáronse ofendidos con la publicación de la

*Historia de Nueva York*. Es cierto: Irving hacía un uso atrevido de ciertos nombres que se recordaban con veneración por haber sido los troncos de antiguas y respetables familias. La crítica mordaz, tremendamente incisiva del carácter holandés, no dejó de concitarle amargas censuras. Un crítico que era su admirador y un entusiasta amigo, Gulian C. Verplanck, dijo en un discurso pronunciado en la Sociedad Histórica de Nueva York estas palabras: "Lástima ver un talento admirable por su exquisita percepción de lo bello y por su rápida apreciación del ridículo, derroche su rica fantasía en un tema ingrato y su sátira exuberante en una vulgar caricatura". En cuanto al supuesto apellido del autor de la *Historia*, el de Knickerbocker, era frecuente y común entre los neoyorquinos. En una nueva edición del libro, Irving escribió: "He encontrado que este nombre es una palabra de orden para dar sello familiar a cualquier cosa destinada al favor público, como sociedades Knickerbocker; los vapores Knickerbocker; las compañías de seguros Knickerbocker; los ómnibus Knickerbocker; el pan Knickerbocker; el hielo Knickerbocker; y... hasta los neoyorquinos de origen holandés tienen la gala de llamarse "genuinos Knickerbocker". El éxito de la *Historia* no convenció a su autor de que su porvenir se encontraba en las letras, y así en 1810 le vemos asociarse con sus hermanos para establecer una casa de comercio. En los años de 1813 a 1815, dirigió en Filadelfia la revista *Analectic Magazine*. En ella se publicaron casi la mayor parte de los escritos que después incluyó en el libro que intituló *Sketch-Book*. En 1814, fué ayudante del Gobernador Tompkins, y al concluir la guerra con Inglaterra decidió volver a Europa. Allí permanecía 17 años, desde 1815 hasta 1832. Hasta esta época la literatura había sido para Irving una agradable distracción. En su cultivo, había encontrado, a veces, un pasatiempo; en otras, la manera de fugarse de los dolores morales. En más de alguna circunstancia, el escribir era sólo la manifestación de una vocación irresistible que Irving parecía ciertamente ignorar. Con la literatura había obtenido esporádicamente dinero, y nunca pensó hacer de las letras el medio con el cual ganarse la vida. Otra circunstancia terrible le impuso tener que convertirse en un escritor profesional. La casa de comercio en la que trabajaba con su hermano, quebró en 1818. Quedaba prácticamente arruinado. Se veía obligado a vivir de las pro-

ducciones de su pluma y a encontrar en los viajes el campo de futuros estudios. Se radicó en Londres. La amistad con Walter Scott, como luego veremos, lo relacionó con el mundo literario y artístico de la ciudad del Támesis, y por obra de la influencia personal del novelista escocés, se publicaba en 1819 su libro *Sketch-Book of Geoffrey Cyragon* (1819-1820). La fama literaria de Irving quedó en Inglaterra prácticamente afianzada. Era el primer escritor norteamericano a quien los ingleses concedían un valor literario indiscutible en la literatura de esa lengua. En busca de temas y de asuntos para nuevos libros, Irving propúsose emprender un largo viaje de exploración por el interior de Inglaterra en 1822. A medida que avanzaba en el recorrido del país, enviaba las páginas de su relato a los diarios de Nueva York. Tanto por ser suyos esos relatos, como por su valor intrínseco, las páginas de Irving sedujeron al pueblo de su patria. El autor describía, en forma encantadora las costumbres y los paisajes de las tierras que visitaba. Algunas de sus descripciones tienen el mérito de ser pinturas incomparables. De esta época, 1822, es su libro *Bracebridge Hall, or the humorist*. El relato de sus andanzas, apareció en 1824 en dos volúmenes, con el título *Tales of Traveler*. La crítica y el público inglés, como también el norteamericano, tributaron a estas dos obras de Irving elogios de tan alta significación que ellos equivalían a la consagración del autor.

Pero en el espíritu del escritor habían comenzado a surgir interrogaciones acerca de la importancia de los géneros literarios que hasta entonces había cultivado. En otras palabras, ¿le sería posible destacarse en otros estudios en los que la sátira y el humorismo, no fueran la única fuente de sus recursos literarios y de su inspiración, en fin? ¿Sería capaz su imaginación de verificar la historia y la leyenda? La leyenda y la tradición le seducían como asuntos para ensayos literarios. Dudaba de la historia. Le parecía que en ella era fácil quedarse rezagado en el campo desierto de la erudición. Pero incuestionablemente la historia le atraía. ¿Estas interrogaciones nacieron al darse cuenta de que debía vivir de su pluma? ¿Afloraron al conocer la literatura española, acerca de la cual habíanse encargado algunas traducciones? En el Londres de esa época lo español estaba allí de moda. El castellano se difundía rápidamente. Como en los días imperiales de Carlos V y de Felipe II, era de buen tono y de

buen gusto mezclar en la conversación frases que reflejaban el espíritu del idioma de Castilla. Los amantes citaban los versos de los poetas pastoriles. Los políticos, los proverbios de la lengua. El interés por España había surgido después de la guerra de la independencia, es decir, cuando una España heroica hasta el delirio luchó contra Napoleón hiriéndolo de muerte en sus temerarios planes. Los soldados ingleses que habían asistido al drama español, comentaban lo que había sido esa epopeya. En Francia, en Alemania y en Italia, el sentimiento de admiración había sido deslumbrante. El embrujo español dominaba los sentimientos y enardecía las imaginaciones. El paisaje de Castilla, el ensueño que envolvía Granada, el ambiente moruno de Andalucía; las costumbres de los pueblos, el carácter de los habitantes, la religiosidad fanática, la gracia dominante en todas las clases sociales; en fin, cuanto hablaba de España y de los españoles, despertaba una ardiente admiración. Las idealizaciones del romanticismo habían contribuido a envolver el esplendor del pasado español en un perfume de añoranzas. Irving lo sintió con su aguda percepción artística. Se vio cogido por lo que era para él un estímulo nuevo en su carrera literaria. Desde entonces desbordó su entusiasmo por conocer España y establecerse en Madrid. ¿Cuándo aprendió la lengua castellana? Un compatriota suyo, como luego veremos, le había insinuado traducir al inglés una obra española de documentación histórica de la mayor importancia publicada en Madrid sobre uno de los episodios más extraordinarios de la historia contemporánea. También había ofrecido incorporarlo en el personal de la legación norteamericana. Las puertas de la ciudad del oso y del madroño se abrieron para Irving en los comienzos del año 1826. En febrero, se encontraba en Irum, camino de Madrid. "Entusiasmado por los paisajes —escribe Bowers, el biógrafo de sus andanzas por las tierras españolas— asombrado por las extrañas costumbres de la gente, quedó particularmente fascinado por la belleza de las mujeres vascas. Deambuló encantado por las naves de la mágica catedral de Burgos, sin cansarse de admirar las tallas magníficas de Vigarón; aunque fastidiado por la tos del viejo pertiguero que resonaba tristemente en la iglesia. En Lerma pasó la noche en un hotel y charló con otros compañeros de viaje, sentado en un banco que había junto a una plataforma

de ladrillo, construida en el centro de la sala, y donde ardía una fogata, iluminada la escena por una inmensa lámpara "colgada de una cuerda". Compartía su pieza con otros tres pasajeros y allí durmió hasta la medianoche, hora en que hubo de levantarse para continuar viaje, llegando al despuntar el alba a las puertas de la histórica ciudad de Aranda de Duero. No obstante algunos inconvenientes, quedó encantado con el país, tan diferente de su patria, de la Inglaterra campestre que acababa de conocer y de las llanas tierras de Francia".

Al establecerse en España, Irving era un hombre de 43 años. Se encontraba en la plenitud de una varonía físicamente robusta y de una inteligencia fértil. Ansiaba seriamente consagrarse al arte y a las letras. Los rasgos de su estampa eran distinguidos. Los modales finos y agraciados. La fisonomía del rostro alegre, franca, comunicativa, cordial, amistosa por sobre todo. El cuerpo comenzaba a engrosar. "De carácter sensible —nos lo describe Bowers— dominado a veces por crisis de autocríticas y depresión nerviosa, no se sentía completamente feliz con su destino, aunque la vida había sido particularmente generosa con él, y era el primer escritor norteamericano que había conquistado la atención del público europeo. Había deseado y ganado la fama con escasos esfuerzos y sus caprichosos ensayos fueron escritos más por diversión que con el propósito de asumir una responsabilidad literaria. Había vivido un tiempo en Londres, donde se vió rodeado de una corte de amigos intelectuales, poetas, novelistas, pintores, hombres de ciencia; y en Abbotsford fué regimiento atendido, en términos de igualdad, por Sir Walter Scott. Más tarde pasó "felices días en París, en compañía de Tom Moore. Ahora decidía volver la espalda a esa existencia fácil y deslumbrante, para buscar nuevas ocasiones de perfeccionarse en un país extraño, lejos de sus compañeros habituales". Fascinado caminó a Madrid, pero al mismo tiempo abortó en el pensamiento de acometer una obra seria, formar parte de la misión diplomática de su patria en condición honorarias y conocer en detalle la obra cuya traducción había propuesto su amigo el representante de su patria. Era éste Alejandro Everett, diplomático de carrera, hombre cultísimo, formado en la Universidad de Harvard y hermano del famoso orador. La iniciación en la vida pública debíase a John Quincy Adams, con quien había trabajado en su

bufete de abogado. El estadista había sido su mentor y llevádole en su legación a San Petersburgo, como Secretario. Después había servido en La Haya. Al ocupar Adams la presidencia de los Estados Unidos, lo designó Ministro en España. Las letras norteamericanas y la literatura universal, a su vez, deben a Everett haber favorecido el viaje de Irving a España y con él la publicación de cuatro admirables libros suyos: la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* (1828), la *Crónica de la conquista de Granada* (1829), los *Viajes de los compañeros de Colón* (1831) y *La Alhambra* (1832). Pero —¡cosa extraordinaria!— al encontrarse en Madrid, realizado su sueño, animado del propósito de emprender una obra seria y útil como de la que le había hablado Everett, Irving se hallaba terriblemente desorientado acerca de su porvenir. El Ministro logró animarlo, indicándole el camino que debía seguir. En el curso de sus correrías por el suelo español, posesionado del ambiente, escribiría la historia de la España romancesca. Llegó a identificarse con el alma española de una manera cabal, como acaso ningún otro autor extranjero logró una tan íntima compenetración. En 1825, le había escrito a un sobrino suyo estas palabras sobre la literatura castellana: “No conozco nada que me deleite tanto como la antigua literatura española. Encontrarás algunas novelas espléndidas en este idioma; y su poesía, además, está llena de animación, ternura, ingenio, belleza, sublimidad. La antigua literatura de España participa del carácter de su historia y su gente: posee un oriental esplendor. La mezcla del fervor, magnificencia y romance árabes con la vieja dignidad y orgullos castellanos; las ideas sublimadas del honor y la cortesía, todo contrasta bellamente con los amores sensuales, la indulgencia de sí mismos y las astutas y poco escrupulosas intrigas, que tan a menudo forman los cimientos de la novela italiana”. Sobre la residencia en el país, le dice a un amigo: “Aún permanezco en España, como ya lo ves. Me inspiran tanto interés este noble país como estas nobles gentes que cuantas veces he formado el propósito de abandonarlo y he hecho los preparativos, otras tantas veces he aplazado mi partida”. Al abandonar la Península para hacerse cargo de una función diplomática en Londres, le escribió a su amigo Enrique Brevoor desde Valencia, en agosto de 1829: “Una residencia de tres o cuatro años en este país me ha reconciliado con sus inconvenientes y

defectos, y cada vez me agradan más el país y la gente”.

Ya en Madrid, Irving comenzó a interesarse por la traducción al inglés de la obra española que había recomendado Everett. Tratábase de vertir un verdadero monumento documental de la ciencia histórica española. En 1825, habían dado a luz las prensas madrileñas los tres primeros volúmenes de una obra del célebre erudito español Martín Fernández de Navarrete, intitulada *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. “Esta obra, . . . emprendida en vastas proporciones y redactada en todas sus partes con sana crítica —ha escrito Alejandro de Humboldt en su *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, aparecida en París en 1833—, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos”. La empresa colombina aparecía revelada al través de los documentos compilados por Fernández de Navarrete con una viveza, encanto, dramaticidad y heroísmo, propios, es decir, con ese sello peculiar que siempre tienen los escritos primitivos. En su propia rudeza, ordinariamente manifestación de la más desnuda sinceridad y de una férrea convicción, los documentos entregados para el estudio por el sabio español, abrían a la historia del descubrimiento de América, un escenario de proyecciones ilimitadas. Si la historia del acontecimiento podía narrarse sobre una base granítica, y la vida de Colón escribirse con cierta certeza antes del descubrimiento, era posible, a la vez, considerar científicamente algunos de los problemas de la geografía a que había dado origen la hazaña de Colón. Irving leyó con detenimiento la *Colección de viajes* de Fernández de Navarrete. La importancia de la obra la comprendió en su inmensa amplitud científica, y, aún más, desde el primer instante su percepción de artista lo hizo entrever el partido que literariamente podía sacarse de ella. La idea de una traducción la rechazó de inmediato. Era ella una tarea inadecuada a su carácter. Necesitaba conocer la filología romance, indispensable para llevar a cabo una mediana traducción, cuando el idioma español de los siglos xv y xvi, aún no se había fijado definitivamente. Era preciso, por otra parte, vertir palabras ya no usadas en el lenguaje moderno. Quizás si como obra científica, la traducción era necesaria para el mundo de habla inglesa, pero él no la haría. ¿Era posible, en cambio

aprovechar los documentos para componer un libro propio y original? En su espíritu creador, la idea quedó como una posibilidad perfectamente realizable. Ella se materializó mucho antes de lo que hubiera previsto. Everett puso a Irving apenas llegó a Madrid en contacto con un notable bibliógrafo compatriota suyo, y en cuya casa alquiló un cuarto a los cinco días de su llegada. Se llamaba este bibliógrafo Obadiah Rich. Era el Cónsul en Valencia. Se encontraba en Madrid por esos días. Casi siempre salía en largas excursiones bibliográficas por los diversos pueblos españoles y en estas andanzas había logrado reunir una valiosa, una valiosísima colección de libros y manuscritos españoles de todo orden, útiles para la historia literaria y política. En sus apretados anaqueles conservábanse obras inéditas de Lope de Vega, cartas de Hernán Cortés, escritos de Quevedo, epístolas de Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala. En las paredes de su hogar, las telas del Greco, Zurbarán, Murillo y otros pintores, servían de magníficos adornos. El hogar era un Museo. Rich debe ser recordado como Everett, porque puso en manos de Irving los libros y documentos que necesitó para los suyos. Con generosidad ejemplar los puso a su disposición. Más tarde, haría lo mismo con Prescott y con Ticknor. Fué además, Rich uno de los fundadores de la bibliografía moderna americana en el siglo XIX. Reunió una selecta colección de libros sobre los primeros tiempos de la historia americana. La bibliografía se publicó en dos volúmenes en el año 1846, con el título:

*—Bibliotheca Americana Nova. A catalogue of books relating to America, in various languages, including voyages to the Pacific and round the world, and collections of voyages and travels printed since the year 1700. Compiled principally from the works themselves, by O. Rich, member of the Massachusetts and Georgia Historical Societies, of the American National Institute, the Albany Institute, the American Antiquarian Society, etc., etc., etc. Londres. 1846.*

8º.—2 vols.: Vol. I: 1701-1800.—517 págs.: Vol. II: 1801-1844: 412 págs. + 16 págs. de *Books relating to America 1493-1700*; + 8 págs. de *Books relating to America 1493-1700. Supplement.*

En nuestros días es obra rarísima, y continúa siendo una fuente de apreciable valor. En sus investigaciones bibliográficas aplicó un criterio científico, el que debía al método de las ciencias naturales. Rich es un caso de vocación malograda al impulso de

otra nacida posteriormente. La familia a que pertenecía, originaria de Massachusetts, era muy distinguida. La botánica fué en la juventud su pasión arrobadora. En ella hizo algunos progresos de los que parece haber quedado recuerdo en ciertas investigaciones publicadas con su nombre. El contacto con los viejos infolios que hacían parte de la bibliografía de la botánica, fué, poco a poco, acercándolo al libro, como expresión de belleza tipográfica, manifestación exquisita de artesanía de la encuadernación y origen de una ciencia. El alma de Rich era, sin duda, la de un anticuario.

La permanencia en España abrió a Rich un mundo para sus aficiones bibliográficas, cuando los tesoros primitivos de la imprenta carecían de cotización, de aprecio, hasta por el valor literario, y los manuscritos de los grandes ingenios era todavía posible rescatarlos en las pulperías. Un vista de aduana habría deseado entregar a la hoguera la Biblia poliglota de Arias de Montano, porque se encontraba impresa, según decía, con caracteres infernales, judíos, siniestros, masónicos y liberales. Más de algún contratiempo sufrió Rich con el gobierno por este tráfico de libros y papeles endiablados. En su casa-museo encontró Irving cuanto libro podía desear para formar un juicio acerca de lo que era posible hacer sobre Colón. El primer manuscrito que tuvo en sus manos en la biblioteca de Rich, fué una obra inédita de Lope de Vega escrita por su propia pluma. ¡Emocionante testimonio de la tarea de un hombre de genio! Pero luego pasaron por su pupila fascinada y los dedos temblorosos, al dar vuelta las hojas venerables, los libros de las primeras relaciones del descubrimiento de América, las crónicas de Las Casas, la historia en italiano de la vida de Colón por su hijo don Fernando, un admirable bibliógrafo también, y se encandilaron sus ojos con las narraciones de Pedro Martyr de Anglería. En fin, las narraciones de los más primitivos cronistas de América concluyeron seduciéndole. Rich incitaba a Irving con sus tesoros y Everett le apuraba a acometer la empresa de la traducción de la obra de Fernández de Navarrete. Ambos deseaban provocar con esos estímulos su genio creador. Al escritor, al artista, al historiador que podía evocar un pasado radiante de gloria, de aventura, de heroísmo, ¿qué le faltaba? Sólo visitar los sitios de algunos de los sucesos de la historia colombina: Granada, Valladolid, Sevilla, Palos, La Rábida. Pero eso vendría des-

pués. Mientras tanto, la casa de Rich era propicia para las evocaciones, los recuerdos y las incitaciones de la fantasía. "Tenemos aquí —escribía el norteamericano por esos días de duda— la quietud del claustro y, de tarde en tarde, las campanas de algún convento vecino nos mantienen en esta ilusión". Se decidió, al fin, a escribir la vida de Cristóbal Colón. Entraba así Irving en el terreno de la historia. Era un asunto serio. La imaginación no podría cubrir, así no más, la inflexible realidad de los hechos ni el espíritu humorístico dibujar bosquejos antojadizos. Asumía una doble responsabilidad: la de ser veraz, es decir, no afirmar nada que no fuera cierto, documentalmente comprobado, y la de trabajar larga e intensamente en la comprobación de la verdad. En el primer caso, se imponía una nueva disciplina en sus hábitos de trabajo. En el segundo, ese trabajo paciente lo obligaba a dejar de mano la bullante vida social que tanto le agradaba. "Ahora se veía abocado a realizar la ardua labor del historiador serio —apunta Bowers— entregándose a la meticulosa investigación durante interminables horas, viéndose privado por largos días del placer de la composición. Pero la alegría del descubrimiento tenía sus compensaciones, y durante toda la primavera y el ardiente verano, Irving fué esclavo de su trabajo. Inclinado con apasionada dedicación sobre su escritorio, escribiendo a menudo desde las cuatro o cinco de la madrugada hasta la noche, no era raro que aún a la medianoche se le encontrase trabajando". Así lo vió su sobrino —más tarde su biógrafo—, en la casa-museo de Obadiah Rich, "rodeado de libros y manuscritos, empapado en el tema sobre el cual escribía y lleno de entusiasmo". Este entusiasmo lo compartía con dos obras en las cuales trabajaba conjuntamente: la vida de Colón y la conquista de Granada. Esta última empresa literaria —una historia que vería la luz pública como la de un cronista supuesto— naturalmente fascinaba a Irving, porque la imaginación del artista y del poeta, podía caminar sin los rigores que requería su otra empresa de estricta verificación. Así, hubo un momento en que la redacción de la vida de Colón quedó de mano. Fué suspendida por tres meses. En ese tiempo compuso muy rápidamente el bosquejo de la que sería la *Crónica de la conquista de Granada*. En seguida retornó al estudio sobre Colón. Longfellow lo visitaba en la casa-museo de Rich hacia este tiempo de trabajo ardoroso en el Co-

lón. Cuando entraba al escritorio, Irving siempre le decía: —"Siéntese, en seguida le hablaré. Deseo antes terminar esta frase". En una ocasión pasó a las seis de la mañana frente a la casa del bibliógrafo norteamericano, y Longfellow vió abierta la ventana del cuarto en que Irving trabajaba. Era esa la hora en que comenzaba la tarea, como más tarde se lo confirmó al poeta. Sólo que después cuando el tema colombino lo absorbió totalmente, las horas de trabajo se alteraron. Levantábase a las tres o cuatro de la madrugada. Las ventanas de su cuarto caían hacia un pequeño jardín. Nunca había trabajado tan intensamente. Porque a esta labor desarrollada en su escritorio, otra estaba obligado a seguir. Con cierta frecuencia debía concurrir a la Biblioteca del Palacio Real, a la cual obtuvo libre acceso, para consultar y tomar apuntes del contenido de viejos folios y respetables manuscritos. Los días que se le vió hurgando apasionadamente datos y más datos en una agobiadora compulsión, fueron muchos, y a éstos habrían luego de sumarse otros de igual permanencia en otros archivos y bibliotecas después de concluida la obra, con el fin de completar la investigación. En seguida de una visita a Toledo, en el mes de agosto de 1827, Irving había enviado a su editor en Londres los primeros cuadernos del manuscrito acerca del Colón. El hecho le produjo gran satisfacción, porque veía el término de una ímproba jornada. Un año y medio demoró la composición de la vida de Colón: enero de 1826 a agosto de 1827. Pero ¡cuánto más tiempo le significaron las correcciones, las adiciones, las ampliaciones y las indispensables nuevas investigaciones que hubo de emprender ya terminado el manuscrito! Estas tareas suplementarias fueron acaso más pesadas que la acumulación del material y la redacción del Colón mismo. Irving sintió su salud quebrantada. Sufrió cansancio físico e intelectual, le sobrevinieron insomnios, sintióse cogido por el agotamiento nervioso, dominándole a veces la somnolencia. La mente se le embotaba. Debíó descansar y excursionar a los bellos campos de La Granja y de Segovia. Pero hasta estos mismos parajes le siguió la sombra del Colón, bajo la forma de su editor Murray. Le apremiaba con el manuscrito. Ahora comprendía Irving cuán seria era la tarea de escribir historia. Veía irse el tiempo en las comprobaciones, en las investigaciones interminables para ser fiel en los asertos. "Continuamente surgen nuevos puntos que investigar y discutir, lo



que origina nuevos atrasos”, escribió en una ocasión. En otra dijo: “He descubierto que la terminación de un trabajo de esta naturaleza, tan diferente en muchos aspectos a mi campo habitual de lectura e investigación, requiere un cuidado y dedicación especiales”. En febrero de 1827, había pensado entregar a Murray el manuscrito completo sobre Colón. Debíó interpolarlo con los resultados de nuevas indagaciones a que su espíritu crítico lo sometió para esclarecer varias dudas. El historiador tomaba de este modo el buen camino y hacía la obra sería a que aspiraba. Entorpecía también la entrega del manuscrito al editor, la falta de un buen copista. Cuatro o cinco meses demoró en encontrarlo. Pero ¡oh! desdicha. Al terminar cinco semanas, había copiado tan sólo veinte páginas. Otras veces, hubo de rehacer la copia perfecta de muchas páginas. ¿Por qué? Nuevas investigaciones le obligaban a variar el texto, y esas investigaciones eran capitales. Daban a su libro seriedad. Con razón, preocupado por estas contrariedades, escribió: “No tenía idea del laberinto en que me metía cuando inicié esta obra”. A fines de julio comunicó al editor Murray que el manuscrito estaba concluido. Le decía algo que era mucho más interesante. Por una parte, sentíase satisfecho de la forma y método como había compuesto la historia. Por otra, él personalmente como literato, escritor y artista, estaba igualmente satisfecho. Consideraba la obra “llena de interés y movimiento”. La encontraba cuajada de hechos desconocidos hasta entonces. A Murray le escribió abriéndole el fondo de su alma. Le expresó con sinceridad y candor que había trabajado con pasión en el asunto con el propósito de escribir un libro tan exacto, tan completo, que no pudiera en este sentido competir con ningún otro. El suyo sería una gran novedad y tendría que llamar la curiosidad de los historiadores y eruditos. Para ellos había escrito sólo en la medida de las cosas nuevas que su investigación ponía de relieve, pero la obra había sido redactada para agradar, enseñando; amena, para que llegase a todos los lectores. Avaluaba su trabajo en tres mil guineas. Murray aceptó en el acto, lo mismo que otras condiciones del contrato. El escritor había puesto término a una etapa de su trabajo. Quedaba la otra, la más difícil y la más delicada: la corrección de pruebas. Durante la permanencia en Sevilla, se fué a meter al Archivo de Indias y en la Catedral fué a revisar la biblioteca de don Fernando

Colón. Los recientes datos los añadió a las pruebas, mejor dicho, redactó de nuevo en las galeras con las consiguientes protestas del editor. ¡Cómo no recoger las primicias de las informaciones encontradas! Eran los libros que se creían anotados por Colón con los que había dado! En los meses de junio, julio y agosto de 1828, Irving, al propio tiempo que redactaba la *Crónica de la conquista de Granada*, corregía las pruebas del Colón. Había comenzado, a la vez, los cuentos que aparecieron con el título *The Alhambra*. Fué también por esta época que Irving emprendió un viaje de reconstitución histórica, de evocación y verdadero recogimiento, para conocer el puerto de Palos, el Convento de la Rábida y el pueblo de Moguer. En el primero evocó a Colón al frente de los barquichuelos que partían en descubrimiento de un mundo. En el segundo, quiso ver la huella del genovés cuando, en la mayor pobreza, solicitó un vaso de agua y un pedazo de pan para su hijo en la puerta del Convento, y un fraile comprendió lo que significaban sus vastos proyectos. En el tercero, deseó conocer lo que quedaba de los armadores Pinzones, los hombre que ayudaron al plan colombino. Desde Sevilla, Irving en 1828 relató con un conmovido acento y un fuerte poder evocador, en un relato que es una página admirable, las hondas impresiones de esa visita. Bien poco había cambiado el paisaje que vió Irving con el que hoy contempla el viajero. Los sitios históricos al ser reconstruídos sólo hablan ahora de que por ellos pasó Colón. Lejos de encontrarse envueltos en el solemne silencio del pasado, en el grave y acongojante misterio del tiempo que fué, desvanecida la pátina, atestiguan una falsificación y una impostura. La tierra conserva el maravilloso encanto de los pueblecitos españoles, pero los monumentos han sido restaurados para atraer al turista. Ya nada evoca lo que fué. Irving encontró esos sitios con la majestad de los campos en ruina. Sintió la emoción de lo que la historia le hablaba. Sensaciones diversas de admiración, le turbaron. Con la imaginación cálida, en un ensueño, vió a Colón y se representó el drama, primero, y, después, la epopeya de ese momento de la historia de la humanidad. Al pasear por aquella desierta playa, al lado de uno de los descendientes de los descubridores —escribió Irving en la carta de Sevilla— “sentí mi corazón henchido de emociones y mis ojos se llenaron de lágrimas”. En otra parte dijo: “Yo tenía medi-

tada hace mucho tiempo esta excursión que consideraba como un deber piadoso y filial en mi calidad de americano, y me animé a verificarla cuando me dijeron que algunos edificios citados en la historia de Colón permanecían en el mismo sitio y estado que en el tiempo de su permanencia en Palos, y que los descendientes de los intrépidos Pinzones, que le ayudaron con buques y dinero y le acompañaron en el viaje de descubrimiento, vivían todavía en sus cercanías."

A fines de 1828, apareció la obra de Irving con el título *A History of the life and voyages of Christopher Columbus*, publicada en Londres y editada por John Murray, en cuatro volúmenes in 8º con un total de 1975 páginas. En el Prólogo, el historiador recordó el origen de su libro. "Hallándome en Burdeos en el invierno de 1825 a 1826 —decía—, recibí una carta de Mr. Alejandro Everett, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid, dándome noticia de estar en prensa cierta obra redactada por don Martín Fernández de Navarrete, Secretario de la Academia Real de la Historia, etc.; la cual contenía una colección de documentos relativos a los viajes de Colón, y entre ellos muchos de grande importancia, recientemente descubiertos. Mr. Everett de mismo tiempo expresaba su sentir, de que la versión de aquella obra al inglés por un americano sería, muy de desear. Concurri con él en su opinión, y habiendo pensado hacía ya tiempo visitar a Madrid, me puse poco después en camino para aquella capital, con el designio de emprender en ella la traducción de la obra.

"A poco de mi llegada apareció la publicación del libro del señor de Navarrete. Contenía éste muchos documentos hasta entonces desconocidos, que ilustraban los descubrimientos del Nuevo Mundo, y hacían grande honra a la aplicación y actividad de su sabio editor. La totalidad, empero de la obra antes presentaba un tesoro de ricos materiales para la historia, que la historia misma. Y aunque semejantes acopios son indispensables para el laborioso literato, la vista de papeles inconexos y documentos oficiales suelen no agradar a la pluralidad de los lectores que prefieren siempre narrativas claras y eslabonadas. Esta circunstancia me hizo vacilar en la propuesta empresa; pero era el asunto tan interesante, y para mí tan patriótico, que no me podía determinar a abandonarlo.

"Al considerar con la mayor detención

la materia, percibí que aunque había muchos libros en varias lenguas, relativos a Colón, todos se componían de limitadas e incompletas nociones de su vida y viajes; al paso que abundaban ideas sobre el particular en manuscritos, cartas, diarios y monumentos públicos. Creí que una historia, fielmente compuesta de estos materiales, llenaría un vacío en la literatura, y sería para mí una ocupación más satisfactoria, y para mi patria obra más útil que la traducción que antes me había propuesto hacer.

"Me animó además a emprender semejante obra la mucha facilidad que para ello tuve en Madrid. Residía yo en casa del Cónsul americano el caballero O. Rich, uno de los más infatigables bibliógrafos de Europa, que por muchos años se había ocupado en la investigación de documentos relativos a la historia primitiva de América. En su extensa y curiosa biblioteca encontré una de las mejores colecciones que hoy existen de la historia colonial de España, e infinidad de documentos, que en vano hubiera buscado en otra parte. Puso su dueño a mi absoluta disposición la biblioteca, con una franqueza y liberalidad que rara vez se encuentra entre los poseedores de obras tan raras y apreciables. Allí encontré los principales recursos de que me he valido en la totalidad de mi trabajo.

"También me serví de las riquezas de la Biblioteca Real de Madrid, y de las que encierra la del Colegio de Jesuítas de San Isidro: dos nobles y amplias colecciones, abiertas siempre al público, y dirigidas con el mayor orden y liberalidad. Me favoreció con su ayuda don Martín Fernández de Navarrete, comunicándome noticias de alto interés descubiertas por él mismo en sus dilatados trabajos; ni puedo menos de testificar aquí mi admiración del ardiente celo de aquel hombre amable, que uno de los últimos veteranos de la literatura española, y ya casi sólo, continúa aún con vigor incansable sus tareas en un país donde tienen hoy los esfuerzos literarios tan poco estímulo y recompensa.

"Debo también expresar mi gratitud por la liberalidad del Duque de Veraguas, descendiente y representante de Colón, que sometió a mi inspección los archivos de su familia, tomando personal interés en hacerme ver los tesoros que contenían. Ni puedo omitir las muchas atenciones de mi excelente amigo don Antonio de Ujina, Tesorero del Serenísimo Señor Infante Don Francisco, caballero de erudición y talentos, y muy versado en la historia de Espa-

ña y de sus dependencias. A sus incansables investigaciones debe el mundo muchos de los conocimientos exactos que últimamente ha recibido sobre varios puntos de la primitiva historia colonial. Posee el señor de Ujina los más de los papeles de su difunto amigo el historiador Muñoz, los cuales me presentó, así como otros varios documentos, con una urbanidad y franqueza, que aumentó mucho, y aligeró la obligación al mismo tiempo.

"Con estos y otros auxilios que mi situación local me ofrecía, me he dedicado hasta donde mis talentos alcanzan, y aprovechando lo más posible el tiempo que me era dable permanecer en un país extranjero, a la composición de esta Historia. He examinado diligentemente todas las obras relativas a mi asunto, que pude encontrar impresas y manuscritas, comparándolas, en cuanto era factible, con los documentos originales, luces las más ciertas en las investigaciones históricas; procurando averiguar la verdad, y sacarla de entre las contradicciones que inevitablemente deben ocurrir cuando varias personas han recordado los mismos hechos, presentándolos bajo diferentes aspectos, y sujetos al influjo de diferentes intereses y sentimientos.

"En la ejecución de esta obra he evitado el entrar en meras especulaciones y reflexiones generales, excepto cuando nacían espontáneamente del asunto; prefiriendo dar una narración circunstanciada y completa, sin omitir ninguna particularidad característica de las personas, cosas o tiempos; y poniendo los hechos en tal punto de vista, que pueda el lector percibirlos con claridad, y deducir de ellos sus propias máximas y conclusiones.

"Como muchos puntos de la historia exigen explicaciones sacadas de los hechos y conocimientos coetáneos, me ha parecido más conveniente dar ilustraciones sueltas de los puntos que la necesitan al fin de la obra, que embárazar con ellas la narración. Así podía entrar con más latitud en aquellos pormenores curiosos o interesantes, sacados de libros poco comunes.

"Después de todo, se presenta la obra al público con extrema desconfianza. No puedo reclamar otra cosa en mi abono, que un vehemente deseo de decir la verdad, una total ausencia de preocupaciones respecto a los pueblos de que se habla en mi Historia, mucho interés en el asunto de ella y un celo que puede en parte compensar por su constancia la falta que en mí conozco de otras dotes".

Estas sencillas líneas están fechadas en Madrid en 1827. El libro apenas fué dado a luz alcanzó un grandioso éxito literario. Todas las lenguas cultas lo tradujeron. Irving vió su obra editada en el curso de su vida, hasta 1859, en 18 ediciones inglesas. En Londres se imprimieron, fuera de la edición príncipe de Murray de 1828, dos más. La de 1830, era abreviada, y en 1850 se editó otra. En su patria, en Nueva York, la primera edición se hizo en 1831, después en 1851 y en seguida en 1856. En Filadelfia, hicieron tres ediciones: en 1835, en 1838 y en 1841. En París, cinco: en 1829, se lanzaron dos ediciones: una comprendía la obra completa y la otra en forma abreviada. Siguiéron las ediciones de 1836, 1839 y 1859. En Leipzig, fué publicada en 1846 y en 1853. En Estocolmo, en 1843. Al lado de estas ediciones inglesas, comenzaron a circular las traducciones en otras lenguas. La primera traducción francesa es de 1828. La alemana, del mismo año. La italiana de 1829. La castellana de 1834. En México, la obra fué reimpresa en 1853. En Chile, como luego lo veremos, fué editada en varias ocasiones. Un competente traductor, eminente literato, y un esclarecido historiador, hicieron cargo de la obra.

La crítica histórica reconoció en el libro de Irving el valor de una seria investigación, la que dejaba a una considerable distancia cuanto hasta entonces se había escrito sobre el Almirante y el descubrimiento de América. El autor no se encontraba vinculado a ninguno de los nacionalismos que consideraciones patrióticas, tanto españolas como italianas, habían perturbado la dilucidación de algunos de los puntos de la vida de Colón. Irving era ciudadano norteamericano que sentía por el descubridor del Nuevo Mundo admiración por su genio y carácter. Los hechos de su vida los había estudiado con la indiferencia de quien busca la veracidad, y al perseguirla había dado pruebas de una sagacidad crítica, de una sensatez y de una ponderación en el juicio, que la acción del tiempo habría de confirmar. En cuanto al valor literario de la obra, también la crítica la reconoció como de un mérito extraordinario. La historiografía había ganado un artista, y la historia misma un modelo clásico. La escuela romántica había conquistado un nuevo acierto. En todas las lenguas, la opinión fué unánime. Desde el aspecto puramente técnico, el más autorizado de los jueces, el erudito Fernández de Navarrete, al referirse a la

utilidad que para la historia tenía la *Colección de viajes y descubrimientos* de que era compilador, había dicho: "Insigne prueba de esto acaba de darnos el señor Washington Irving, en la *Historia de la vida y de los viajes de Cristóbal Colón*, que ha publicado con una aceptación tan general como bien merecida. Dijimos en nuestra *Instrucción*, que no nos proponíamos escribir la vida de aquel Almirante, sino publicar noticias y materiales para que se escribiese con veracidad; y es una fortuna que el primero que se haya aprovechado de ellos, sea un literato juicioso y erudito, conocido ya en su patria y en Europa por otras obras apreciables. Colocado en Madrid, exento de las rivalidades que han dominado en algunas naciones europeas sobre Colón y sus descubrimientos; con la proporción de examinar excelentes libros y preciosos manuscritos, de tratar a personas instruídas en estas materias, y teniendo siempre a la mano los auténticos documentos que acabamos de publicar; ha logrado dar a su historia aquella extensión, imparcialidad y exactitud que la hacen muy superior a la de escritores que le precedieron. Agréguese a estos su metódico arreglo y conveniente distribución; su estilo animado, puro y elegante, la noticias de varios personajes que intervinieron en los sucesos de Colón, y el examen de varias cuestiones en que luce siempre la más sana crítica, la erudición y el buen gusto. Sin embargo, es de esperar que a la luz de nuevos documentos que vamos publicando y de las observaciones a que dan lugar —continuaba Fernández Navarrete al puntualizar algunos errores de Irving—, rectifique el señor Washington Irving algunas noticias u opiniones, que tomadas de fuentes menos puras, carecen aún de aquella certidumbre y puntualidad que se requiere para acercarse a la perfección". De un sabio como el compilador de la *Colección de viajes y descubrimientos*, que entonces podía considerarse en Europa la primera autoridad en la historia colombina, un juicio semejante era sencillamente la consagración científica de un estudio histórico.

Pero aún el historiador norteamericano debía recibir la opinión altamente favorable de la primera figura científica de su siglo. Al hablar Alejandro de Humboldt de los libros que la *Colección* de Fernández Navarrete había dado origen en varios países, decía del de Irving: "... esta misma obra fué origen de la vida de Colón, debida a la pluma de un escritor que ha ilus-

trado a su patria con composiciones en las que brillan a la vez la inspiración poética y el talento de pintar el cuadro de una tierra inculta, fecundada por una civilización naciente. Mr. Washington Irving ha demostrado que a los grandes talentos no le es incompatible la cultura de las artes de la imaginación y la facultad de dedicarse con fruto a los severos estudios del historiador; pero por el objeto y la forma literaria de su trabajo, el autor americano tenía que prescindir de las minuciosas discusiones de geografía y astronomía náutica a que la aridez de mis habituales trabajos desde hace largo tiempo me condena". Entre los historiadores norteamericanos, la obra de Irving fué apreciada de este modo por Justin Winsor: "Mientras el gran trabajo de Navarrete progresaba en Madrid, Alejandro Everett, el Ministro norteamericano en esa Corte, urgia a Washington Irving, entonces en Burdeos, para que tradujera al inglés la documentación de Navarrete, junto con sus comentarios. Debido a este incentivo, Irving se trasladó a Madrid, se impuso del trabajo de Navarrete, el que luego fué publicado. Pero Irving comprendió que esos materiales documentales no era posible traducirlos y que, en cambio, allí había un elemento precioso para componer un libro histórico y literario del mayor interés y más de acuerdo con sus aptitudes y su brillante estilo. Prefirió componer una obra basada en los documentos de Navarrete y aprovechar al mismo tiempo otras fuentes. El juicio de Irving estaba bien fundado y Navarrete vió su nombre reemplazado por el de éste; pero, así y todo, Navarrete le prestó a Irving su ayuda y estímulo personal. Obadiah Rich, el Cónsul norteamericano en Valencia, en cuya casa vivía Irving en Madrid, le proporcionó las mejores fuentes de investigación que poseía en su curiosa y selecta biblioteca. Irving visitó la Biblioteca Real de Madrid y la de los Jesuitas de San Isidro. El duque de Veragua le dió acceso para conocer los papeles del archivo de la familia. El resultado de estas pesquisas fué la obra *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. En el prefacio fechado en Madrid en 1827, hace Irving públicos estos servicios. La obra fué luego seguida de otra acerca de los compañeros de Colón, y desde entonces en inglés y en otras lenguas, los dos libros siempre han aparecido unidos."

Por último, queremos cerrar estos juicios con el de Menéndez y Pelayo, quien ha escrito: "... Pero la *Vida de Colón* es cosa

muy distante; y sin dejar de ser uno de los libros más agradables y de más fácil e interesante lectura que pueden encontrarse, es al mismo tiempo un trabajo histórico serio, en que el autor, conteniendo en razonables límites la lozanía de su pluma, ha tenido el buen gusto de no añadir accesorios fabulosos a una realidad que por sí misma es más poética que cualquier fábula. La novela estaba dada en los hechos mismos. Washington Irving no tenía más que contarla, lo cual hizo de un modo superior a todo elogio, sacando el jugo a los documentos publicados por Fernández Navarrete y concordándolos con las historias impresas y manuscritas, que disfrutó casi en su totalidad, puesto que Fernández Navarrete le ayudó generosamente con sus consejos y con sus libros y tuvo, además, libre acceso a la Colección Muñoz y a otras particulares. Merece, pues, respeto la erudición de Irving, por más que no hiciere de ella ostentación y aparato, que hubiera sido impertinente en un libro popular, en una obra de arte; y así por esto, como por el buen juicio que generalmente muestra en las cuestiones dudosas, y por la singular belleza de su estilo descriptivo y narrativo y por lo mucho que amó a España y contribuyó a hacer amables las cosas españolas, le debemos un dulce recuerdo y la justicia de reconocer que, tomada en su conjunto, su biografía de Colón, no ha sido superada todavía y es la que principalmente debe recomendarse a los hombres de mundo y a los aficionados; aunque, por nuestra parte encontramos superior aún, en interés y en fuerza poética, su libro de los *Compañeros de Colón*, que viene a ser una segunda parte. Hoy desgraciadamente no suelen escribirse libros de este género; pero la mayor parte de los que peroran contra la historia dramática y pintoresca, no hacen con ello más que una tácita confesión de su impotencia”.

¿Cuál es el valor que conserva en nuestros días la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*? Desde luego, hay una que la hace imperecedera y es su mérito literario y sus excelencias artísticas. Bajo un plan rigurosamente científico como se ha visto, con un propósito de seriedad inquebrantable y con una probidad ejemplar, Irving estudió el tema que se había propuesto desarrollar. En una narración sencilla, al alcance de un público medio, que en modo alguno excluye al hombre docto, quien mucho debió aprender en las páginas de la *Historia*, el escritor sin hacer

alarde de erudición, sin mostrar el reverso del cañamazo en que había tejido los hilos de la erudición para hacer primores de buen gusto, escribió la primera biografía científica de Cristóbal Colón. Un crítico moderno habla de haber sido Irving el autor de la primera biografía novelada del marino genovés. “Hoy se llama biografía novelada —dice Enrique de Gandía para justificar su aserto— toda vida de un personaje sin notas críticas, transcripciones de documentos y citas de obras con indicación de tomo y página. La biografía novelada no es la novela histórica de otros tiempos, donde los personajes hablaban y se movían a gusto del autor. La biografía novelada no es tampoco una biografía crítica en lo que respecta a la exhibición de las fuentes. Es un relato fiel y exacto. El estilo gana en belleza y el conjunto se libra de la carga de los datos. La biografía novelada no es para eruditos. Es una narración destinada al gran público con todas las garantías de un trabajo lleno de transcripciones y citas. Irving . . . escribió una biografía novelada de Colón, y, a la vez, la primera gran obra de divulgación crítica de todos los problemas colombinos. El lector hace más de cien años sabía, con esta obra, cosas hoy olvidadas, cosas hoy en duda, cosas hoy calumniadas.”

No estamos distantes de suscribir este juicio en su generalidad. No cabe duda de que los pueblos cultos en que se leyó la *Historia* de Irving consagró una imagen de Colón que aún se conserva en la mente; que ha perpetuado errores, de los cuales la historia aún no se ha despojado, conservándolos a sabiendas para no hacerle perder el sabor dramático a ciertos hechos, especialmente cuando este tipo de historia está dedicada a la segunda enseñanza; que la descripción del Nuevo Mundo, de las regiones tocadas por Colón, descritas por Irving, no han sido superadas, y que, por último, su carácter y el de sus compañeros, con mención singular del de los Pinzones, Fernando de Aragón, Isabel de Castilla, Ovando, Bobadilla, Fonseca, Roldán y otros, están pintados tal como debieron ser. Las fuentes en que Irving recogió sus informaciones no estaban contaminadas aún ni de ideas preconcebidas ni de sutilezas patrióticas en las apreciaciones históricas, ni de cierto espíritu de bandería que después se ha hecho frecuente. El relato de Irving corre tranquilo, por un cauce absolutamente objetivo que tiene su fin: exponer lo que le consta de las investigaciones que

hizo. Si esto es historia novelada, el juicio de Gandía es cierto y habría que convenir que lo que hay de novela en la historia de Colón es su propia vida, en algunos de sus accidentes. La misma empresa del descubrimiento tuvo también los ápices de lo novelesco, y, a la vez, los contornos de lo épico y teatral.

La ausencia de ese aparato erudito de que ordinariamente se revisten los libros históricos, ha permitido a algunos críticos condenar simplemente la *Historia* de Irving como un estudio de segunda mano, el cual, ni en su época habría satisfecho las exigencias de la ciencia histórica. El más duro de estos críticos ha sido el Profesor de la Universidad de Pensilvania, Romera-Navarro. "La *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* —ha escrito en su bello libro *El hispanismo en Norte América* (1917)— no podía ser una labor seria si se considera que tema tan vasto no le ocupó más allá de año y medio —de enero de 1826 a agosto de 1827—, y esto en una época en que la catalogación de los archivos españoles estaba en pésimas condiciones y aún el acceso a ellos era difícil..." "De otra parte, Irving no parece haber sido gran erudito, ni trabajador tenaz, ni mucho menos lo que suele llamarse ratón de bibliotecas. Jorge Ticknor, su compatriota, en una carta dirigida a don Pascual de Gayangos en 30 de marzo de 1842, decía de nuestro autor: "Irving hará cuanto pueda por ayudarnos a Prescott y a mí, porque en su benevolencia puede confiarse enteramente; pero nunca fué muy activo; ahora está envejecido, y su conocimiento de libros y bibliografías no llega, ni mucho menos, al de Cogswell."... "en cuanto al plan y al estilo, los materiales suelen ser casi siempre de segunda mano."... "Su documentación es tan pobre que a menudo se pasan varias páginas seguidas sin una sola cita ni referencia. Claro es que en su tiempo no estaba aún generalizado este afán erudito y detallista de los modernos investigadores; y ha de tenerse en cuenta, además, que así como primer cuentista norteamericano, fué también Irving el primer biógrafo historiador de su patria. Pero si no fueron obras de investigación histórica, si lo fueron y continúan siéndolo en grado extremo de difusión entre los pueblos de lengua inglesa".

Seguramente Romera-Navarro no se encontraba familiarizado con la historiografía colombina ni había leído la *Historia* de Irving, pues no se conciben los despropó-

sitos que ha escrito. Con absoluta precisión se puede decir que el historiador norteamericano consultó in extenso cuanto libro era menester para su asunto, y que esos libros que deben ser considerados como las fuentes prístinas de la historia colombina, Irving las poseyó algunas manuscritas en la biblioteca de su compatriota Rich, como por ejemplo, la de Andrés Bernaldez, Cura de los Palacios, amigo de Colón, autor de una crónica sobre los Reyes Católicos, y cuyas noticias inéditas sobre el descubridor fué uno de los primeros que las aprovechó. La historia de Cristóbal Colón que se ha escrito después, posteriormente, con los mismos libros citados y consultados por Irving, casi nada ha añadido a lo esencial de lo que había historiado el norteamericano; antes, por el contrario, su exposición surge natural de los hechos, sin torcerlos con los propósitos nacionalistas, religiosos o supercríticos que tanto han desnaturalizado la historia verdadera. Para que se comprenda hasta qué punto Ticknor y Romera-Navarro han sido injustos con Irving al acusarlo de escasa o ninguna preparación bibliográfica en sus trabajos, y también para destruir la imputación de una falta de información de fuentes en la *Historia de Colón*, vamos a citar simplemente los autores a que recurrió: Fernando Colón, Antonio Gallo, Muratori, Senaraya, Toglieto, Mariana, Vasconcelos, Joao de Barros, Lafitán, Antonio de Herrera, Illesca, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Juan Bautista Muñoz, Ranusio, Strabon, Malte-Brun, Bergerou, Maffei, La Clade, Bossi, Salinas, Meléndez, Salazar de Mendoza, Garibay, Diego Clemencín, Pulgar, Zurita Spotorno, Ramesal, Acosta, Martyr de Anglería, Argensola, Charlevoix, Humboldt, Marco Polo, Faria Sousa, García de Rosende, Hackluyt, Girólamo, Benzoni, Pizarro y Orellana, Rochefort, Fray Roman, William Robertson, Bernardo Alderete, Rodrigo Caro, Juan de Solórzano y Pereira, Agustín Torniel, Damarez, Gregorio García, Calmucio, Giraldini, Baudini, Juan de Torquemada, Juan Bautista Riccioli, el Inca Garcilaso de la Vega, Bernal Díaz del Castillo, Cristóbal Cladera, Toster, Campomanes, Grimacus, Prevost, Feijoo, Núñez de la Peña, Marsolier, y Llorente. A la vista de esta larga lista de autores, que directa o indirectamente dicen relación con el descubridor y los primeros momentos de la historia del Nuevo Mundo ¿qué autor fundamental de ese tiempo, Irving dejó de estudiar para su obra? Llevó su celo, después de desbordar

a Fernández de Navarrete, a los autores que hemos indicado y con pasión se aventuró en los libros inéditos que le fueron dados a conocer mediante las sabias indicaciones de su amigo el bibliógrafo Rich. Este es un mérito indisputable de Irving. De Andrés Bernaldez, dispuso de dos textos manuscritos. Las noticias que recogió en este amigo de Colón fueron de primera mano. Tuvo acceso en el Archivo de Indias, entre otros documentos, a los pleitos de Colón. Ya Antonio de Herrera y Juan Bautista Muñoz, habían trabajado en ellos. Pero a Irving le sirvieron para llenar algunos capítulos de su libro en la reconstitución de las rutas geográficas recorridas por el genovés en las regiones de Tierra Firme. Bebió en la *Historia de las Indias* del Padre Las Casas, entonces enteramente inédita, todas las noticias que le fueron útiles, sin exponer el texto del manuscrito de este escritor a un criticismo destructor, y aprovechó sus noticias con buen sentido y ecuanimidad. Los papeles del historiógrafo Muñoz fueron puestos a su disposición como el mismo Irving lo ha recordado. El tomo II de la *Historia del Nuevo Mundo* del propio Muñoz que se guardaba manuscrito, fué el primero en explotarlo. Igualmente ocurrió con la obra también manuscrita de Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos de Sevilla*. Es claro: la mayor parte de la documentación en que se fundamentó la *Historia*, Irving la debió a Fernández de Navarrete. La *Colección de viajes y descubrimientos* fué la principal fuente. Pero ¿era ésta una fuente de segunda mano como quiere Romera-Navarro? Casi no vale la pena decidir sobre el valor de la afirmación de Romera-Navarro. Irving utilizó documentos que por primera vez veían la luz pública y que por primera vez también, eran utilizados por un historiador. Esa es toda la cuestión. En un cuerpo orgánico, metódico y sistemático, utilizándolos con discreción y mesura, el historiador, que era un artista, dió cabida a las cartas de Colón, a las relaciones de diarios de algunos compañeros del descubridor; en fin, a toda esa inmensa riqueza documental que tan sabiamente había dispuesto en su obra monumental Fernández de Navarrete. Con una erudición que no se deja sentir, sin recargar el texto de mucha información, Irving solamente narró sucesos. Ni aun cuando debió manifestarse erudito lo fué, y prefirió siempre entregar al lector en forma sencillísima, la suma de sus conocimientos, obtenidos después de una

agobiadora tarea de investigación. Nada prueba mejor lo que decimos que las sabias cuanto amables páginas que componen el apéndice del tomo IV de la *Historia* en que se contienen las *Ilustraciones y Documentos* de la obra. Enseñan más esas modestas disertaciones que las de ciertos eruditos modernos, cuajadas de citas y de un deslumbrante aparato bibliográfico, estéril muchas veces.

Nos parece que ahora estamos en condiciones de responder a la pregunta que nos hicimos anteriormente al preguntarnos acerca del valor que en nuestros días conserva la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*. Enrique de Gandía, en el prólogo que escribió para la edición de la obra de Irving aparecida en Buenos Aires en la Editorial Claridad el año 1942, con el título *Colón. El descubridor*, ha hecho allí un examen completo del tema, y vamos a seguir al historiador argentino extractándolo en la mejor forma posible. "Hacer un comentario meticuloso a la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* de Washington Irving —dice Gandía— equivaldría a escribir una nueva biografía del gran Almirante genovés. La crítica ha rectificado muchos detalles. Hace más de un siglo, en tiempos de Irving, estas rectificaciones no podían realizarse por falta de documentos fundamentales. Los detalles se refieren, principalmente, a la primera parte de la vida de Colón, la anterior a su descubrimiento. Los viajes no ofrecen grandes problemas críticos. El Padre Las Casas, don Fernando Colón y otros testimonios permiten reconstruirlos con exactitud y emoción". Irving, por ejemplo, no pudo establecer con certeza el año del nacimiento del genovés: la fijó por los años de 1435 a 1436. Después de la publicación de la *Raccolta Colombina* y del documento del general Assereto, fundamental para el caso, Colón nació en 1451. Su hijo Fernando en la *Historia del Almirante* consignó que había estudiado en Pavia. No afirmó que hiciera estudios en la Universidad de la ciudad, sino en la urbe. Las dudas subsisten todavía. Supónese que pudiera asistir de niños a alguna escuela y aprender allí las primeras letras, mientras posiblemente residió en la ciudad. Se ha dicho que el lugar donde se encontraba la escuela correspondía a una calle llamada Pavia. Allí habría existido una escuela para los hijos de laneros. La investigación no a avanzado nada después de lo dicho por Irving. Se ha descartado en forma definitiva el parentesco de Colón con los corsarios

Guillermo de Casenove Coullon y Jorge Paleologo de Bissipat, llamado Colón el joven. Fué don Fernando Colón quien para justificar una frase de su padre —“Yo no soy el primer Almirante de mi familia”— creyó encontrar parentesco con esos corsarios. Irving con profundo buen sentido en su libro encontró dudoso este parentesco y no hizo mayor cuestión. Sólo en tiempo de Harrisse y del apareamiento de la *Raccolta*, quedó en claro este asunto. Irving tuvo bastante espíritu crítico para advertir la confusión en que cayó don Fernando al referir la llegada de Colón a Portugal. El hijo supuso al padre a bordo de una nave corsaria y relató el combate de esa nave con una galera veneciana, frente a las costas portuguesas. El combate de que habla don Fernando fué un hecho histórico. Mas no acertó a señalar la fecha en que tuvo lugar. Tampoco ocurrió con las naves que menciona. Colón no se encontraba entre los atacantes corsarios; formaba parte de los atacados genoveses.

Al querer don Fernando precisar el hecho histórico del combate, documentándolo, confundió las fechas y las batallas. Ha correspondido en nuestro tiempo a los eruditos italianos y españoles, Salvagnini, Paz y Melia y Altolaquirre, esclarecer este suceso. El combate tuvo lugar en agosto de 1476. Irving fijó la fecha de la llegada de Colón a Lisboa en 1470, de acuerdo con la señalada tradicionalmente. En realidad, aclarada la fecha del combate entre las naves corsarias y genovesas, Colón llegó a Portugal el 13 de agosto de 1476.

La narración de las causas que impulsaron el viaje de Colón, Irving la expuso correctamente. En nuestros días, las causas que determinaron el viaje colombino se conforman con las que han señalado don Fernando y Las Casas, que son las que cuerdamente siguió el escritor norteamericano. Vignaud, en nuestra época, negó que Colón buscara el oriente por el occidente. A su juicio, el propósito del genovés era descubrir la isla Antilla y llegar al oriente cruzando el océano Atlántico. La polémica surgida de esta hipótesis aún no ha concluido.

En cuanto a la correspondencia de Colón con Pablo del Pozzo Toscanelli, cayó Irving en un error al suponerla iniciada antes de 1474. Ya no es posible negar, como dice Gandía, esta correspondencia. Sin embargo, la primera carta de Toscanelli fué dirigida al canónigo Martins y no a Colón,

como lo ha demostrado la investigación y la crítica. Esta misma ha contradicho lo afirmado por Irving acerca de las propuestas de Colón a las repúblicas de Venecia y Génova de sus proyectos. A la primera, nunca hizo tal ofrecimiento; a la segunda, es probable. Pero hasta ahora no hay indicio ni prueba que haga posible el hecho. Hay otro error: el historiador norteamericano señaló en 1485 el encuentro de Colón con el físico García Hernández en Andalucía, en el monasterio de la Rábida. Hoy se tiene por cosa establecida que el genovés hizo dos visitas a la Rábida. La primera, fué en 1485 al verificarse el episodio tan dramático descrito por Irving en el momento en que “un extranjero a pie, con un niño, pide al portero pan y agua”; y la segunda ocasión fué en 1492. A García Hernández le conoció en este último año. Pero es esta una rectificación sin mayor trascendencia. Resulta, en cambio, de importancia el desdoblamiento que la investigación ha comprobado en la persona del fraile Juan Pérez de Marchena. En realidad, hubo dos frailes: uno Juan Pérez de Marchena y el otro Antonio de Marchena. Debe decirse que esta confusión era común en los historiadores anteriores a Irving y que la individualización de los dos personajes es obra de la investigación moderna.

En el terreno de las dudas queda aún lo referido por el norteamericano, sobre haber sido examinado Colón en el Convento de San Esteban de Salamanca, acerca de sus ideas cosmográficas por algunos frailes sabios. Es un hecho cierto que el futuro Almirante fué examinado en dos ocasiones en junta de varones doctos, por orden de los Reyes Católicos. No se ha podido determinar dónde estas confrontaciones de las ideas de Colón con los sabios tuvieron lugar, es decir, en qué convento, palacio o universidad. Los sabios españoles que discutieron con Colón sus doctrinas, conocían con exactitud las medidas de la circunferencia terrestre, y desahucieron sus proyectos. Esas medidas el marino genovés las ignoraba, y hacía suyas las muy equivocadas de Ptolomeo. De no haber existido el continente americano en su ruta, el viaje colombino habría sido un fracaso lamentable. Por fantásticas deben tenerse las conferencias de Salamanca. La historia entra en terreno firme, bien seguro, al relatar Irving la exploración de la costa americana en los sucesivos viajes del Almirante. Hay dos aspectos en esta parte de la narrativa. Una es la seguridad histórica de la ex-



posición y la otra dice relación con la belleza literaria de la descripción de la naturaleza y ambiente del Nuevo Mundo. Gandía manifiesta que los detalles susceptibles de correcciones son muy pocos. Inducido por Las Casas, Irving cayó en el error de atribuir las letras *F* e *Y* que llevaban las banderas de los descubridores a las "iniciales de Castilla, Fernando e Isabel". El significado era otro. La *F* pertenecía a Isabel y denotaba las Flechas de Castilla. La *Y* a Fernando y quería decir el Yugo de Aragón.

"Las rectificaciones simplemente eruditas apenas merecen ser anotadas", concluye ye Gandía. Sin embargo, recuerda algunas otras. Por ejemplo, dice: —"Irving al referirse al hermano de Colón, Bartolomé, expresa un hecho grato para el público de origen inglés: a su juicio, el rey de Inglaterra, Enrique VIII, no rechazó el ofrecimiento de Bartolomé, Colón, cuando estuvo en su corte para interesarlo en un viaje transoceánico. La noticia del descubrimiento de América había paralizado el viaje próximo a realizarse. Esto es inexacto. Hoy se sabe perfectamente el resultado de la misión de Bartolomé Colón en Londres y en París: los reyes de Inglaterra y Francia rechazaron sus propuestas. Si no hubiese sido por los monarcas españoles, Colón habría muerto sin poder cumplir su empresa. Irving vacila en declarar apócrifo un documento conocido con el nombre de Codicilo Militar. Es una hoja escrita en un breviario. El libro había sido regalado a Colón por el Papa Alejandro VI. El Almirante, a su vez, habría donado el Breviario a la república de Génova. Colón, en este codicilo, encarga la erección de un hospital para los pobres de la ciudad de Génova. Fernández de Navarrete fué el primero en demostrar su falsedad. Hoy no hay ningún crítico serio que lo acepte como auténtico. En tiempos de Irving no se había descubierto el acta de entrega y depósito del cuerpo de Colón en el monasterio de las Cuevas de Sevilla. Este documento fué hallado en 1930. Hasta esta fecha los historiadores seguían, como Irving, la opinión de Fernández de Navarrete. A juicio de este eminente estudioso, el cuerpo de Colón fué transportado de Valladolid, donde murió, a Sevilla, en 1513. El acta descubierta ha revelado la fecha exacta de la entrega del ataúd al monsterio de las Cuevas: 11 de abril de 1509. Si pretendiéramos señalar otras correcciones, no nos faltarían pormenores. Anotamos la última porque tiene verdadera importancia. Las letras de la firma de Colón no significan como supu-

sieron tantos historiadores, frases piadosas (Irving trae las dos interpretaciones). El jesuita Fritz Streicher ha demostrado el verdadero significado de las tres *S, S, S.*, y de las letras *X A M Y*: todas ellas equivalen a *Sub Scrip Si Christobal Almirante Mayor Indias*. El acertijo de otros tiempos hoy tiene un significado libre de misterio"

Como todos aquellos libros que han sido compuestos a base de materiales nuevos, o casi desconocidos, recogidos en campos sin mayor exploración todavía, y en que el autor ha sido ayudado de un prudente espíritu crítico que le ha permitido con sensatez discernir lo verdadero y útil de lo falso y postizo, la *Historia* de Irving ha resistido la acción demoleadora de la investigación incesante y de la crítica más estrecha, y así conservar aún en nuestros días una importancia decisiva como obra histórica. Desde el punto de su valor literario, no ha sido el libro superado. No creemos que para un autor pueda haber mayor elogio para su gloria. Pero todavía hay que concederle otro mérito que aumenta la nombradía del escritor norteamericano. El libro de Irving dió origen a otros iguales al suyo con los cuales la historiografía colombina fué favorecida, debido a que se despertó un vivo interés por el asunto y por la consideración de temas conexos con el descubridor y el Nuevo Mundo. Humboldt se sintió atraído por el tema colombino por sus propias investigaciones en el nuevo continente cuando lo exploraba, por la publicación de la obra de Fernández de Navarrete y por la seducción que le produjo la *Historia* de Irving. De ese afortunado conjunto de circunstancias y estímulos, nació el *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, monumento de la sabiduría humana.

La *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, aparecida, como hemos recordado en Londres en 1828, tuvo una natural y espontánea continuación en otro libro de Irving que, lo mismo que el anterior, fué acogido por el público universal con inmenso entusiasmo, destacándolo la crítica como otra obra maestra del autor. Este nuevo estudio histórico se intitulaba *Voyages and discoveries of the companions of Columbus* editado en Londres por Rowort en 1831, en un volumen in 8º de 355 páginas, incluso la introducción, con 3 grabados y 2 láminas. A medida que el historiador escribía la vida del Almirante había cuidado de seguir la huella de cada uno de sus compañeros, de modo que en un momento da-

do se encontró con un apreciable material que no trepidó en aprovechar para una nueva obra. En su ayuda vino muy oportunamente la publicación en Madrid del tercer tomo de la *Colección de viajes y descubrimientos* y la *Historia General* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, la que manuscrita, leyó y extrajo en la Biblioteca Colombina de la Catedral de Sevilla. Los documentos relativos a los pleitos de Colón sirviéronle esta vez con especial interés. Las alegaciones de don Diego Colón y las del Fiscal de la Corona, formaban un grueso legajo que pudo estudiar cuidadosamente en el Archivo de Indias de Sevilla, previa la autorización que le otorgó el gobierno español y las extraordinarias facilidades que le autorizó el Director del Archivo, José de la Higuera y Lara. Sirviéronle como fuente de información la *Historia de los Castellanos* de Antonio de Herrera, la del Padre Las Casas, la de Gómara, las *Decadas* de Pedro Martyr de Anglería y otros autores complementarios. En general, puede decirse que Irving historió lo que se ha llamado en la etapa del descubrimiento de América, los *viajes menores* que siguieron a los del genovés. Los viajeros o exploradores de quienes Irving se ocupó, fueron los siguientes: Alonso de Ojeda, Américo Vesputio, Pedro Alonso Niño, Cristóbal de Castro, Vicente Yáñez Pinzón, Diego de Lepe, Rodrigo de Bastidas, Diego de Nicuesa, Martín Fernández de Enciso y Vasco Núñez de Balboa. La investigación moderna ha completado la ruta histórica señalada por Irving para cada uno de estos exploradores pero en la pintura de los caracteres, los rasgos con que los dibujó, han quedado intactos. Véase cómo, cuando el historiador es un artista y posee el don de la penetración psicológica, coincide en las apreciaciones. Manuel José Quintana en su *Vida de españoles célebres*, consagró en el tomo II, aparecido en Madrid en 1830, un sereno cuanto muy elegante y bello ensayo al descubridor del Océano Pacífico. Tanto Irving como Quintana, tan artista el uno como el otro, clásico el primero, romántico el segundo, ambos con fuerte sentido evocador del pasado, pero distanciados por credos religiosos diferentes, penetraron profundamente en el alma del caudillo y llegaron a apreciaciones históricas que pueden, sin duda, estimarse como congruentes. "Mientras se estaba imprimiendo esta obra —escribe Irving— recibí un volumen de biografías españolas escrito con la mayor elegancia y precisión por don Manuel José

Quintana, que contiene la vida de Vasco Núñez de Balboa, y pude comprobar con la mayor complacencia que todos los hechos relatados por este humilde escritor estaban generalmente de acuerdo con los que él había consignado sobre la vida del navegante. Tuve, sin embargo, que rectificar algunas fechas y hacer otras pequeñas alteraciones, tomadas del volumen del señor Quintana, cuya posición en España le proporcionaba medios para tratar de estas materias con mayor autoridad". Aunque en Quintana el juicio histórico sobre Balboa pesa con la gravedad de una rígida moral política que hace más solemne todavía el soberbio estilo del escritor, el de Irving es igualmente tan severo como el de aquel, pero está escrito en un lenguaje más sensible a la emotividad del hombre de esos tiempos, influido por las subjetividades del romanticismo. Hay un aspecto que Irving captó inmediatamente que empezó a redactar *Los Compañeros de Colón* y que no utilizó en la *Historia*. Hemos recordado en otra parte que Irving suspendió momentáneamente la redacción de la vida de Colón para trazar el cuadro general de otra obra que le preocupaba y atraía de un modo singular. Hablamos de la que intitularía *A Chronicle of the Conquest of Granada, from the MSS. of Fray Antonio de Agapida*, que había de aparecer en Londres en 1829 en dos volúmenes en 8º. Acaso por una falta de maduración en el tema cuando escribía la vida de Colón y trabajaba en la conquista de Granada, al mismo tiempo, Irving no vió en la aventura de la rendición de la heredad del último rey moro Boabdil a los Reyes Católicos, la postrera cruzada europea concluida en España, la última aventura de la fe en tierra española, la última empresa del espíritu iluminista y de expansión religioso, en el mundo español. En Granada había terminado un ciclo. En el territorio conquistado al moro se abría otro en el momento en que los Reyes Católicos suscribían con Colón el 17 de abril de 1492, las capitulaciones de Santa Fe. Iba a iniciarse una nueva cruzada por la expansión del cristianismo, y otra empresa del espíritu de aventura del iluminismo religioso en el Nuevo Mundo. En realidad, España realizaba la última cruzada por la fe al emprender la conquista y el descubrimiento de América.

Al comenzar la redacción de las páginas de *Los compañeros de Colón* estas ideas se le impusieron a Irving con una vivacidad y certidumbre que lo sobrecogieron de

no haberlas captado para el Colón. Ahora llegaban a encandilarle los ojos. No se pueden dejar pasar sus palabras, y estamos obligados a recogerlas para que el pensamiento de Irving se comprenda en este aspecto en toda su amplitud, como una valiosa interpretación histórica, más que eso, sociológica. "... las expediciones que aquí se refieren —dice—, puede considerárselas como consecuencia inmediata de los viajes de Colón y complemento de algunos de sus antiguos paladines para dar cima a la empresa que algún ilustre predicador había dejado inacabada: comparación tanto más exacta cuanto que es un hecho tan curioso como digno de especial mención que el espíritu caballeresco de los españoles entró por mucho en sus primeras expediciones, revistiendo a estas de un carácter enteramente opuesto al que han tenido otras empresas del mismo género efectuadas por gentes de distintos países. Tal vez debe buscarse la causa de esta particularidad en la historia doméstica de España durante la Edad Media". He aquí ahora los puntos de vista del historiador:

A juicio de Irving, ocho siglos de continuas guerras contra los moros que habían usurpado la península, dejaron en el español una profunda huella en su carácter. La guerra fué la ocupación predilecta y ordinaria de su vida, llegando a mezclarse en sus asuntos domésticos y también en sus hábitos individuales. El español se convirtió por esta circunstancia en un soldado. La guerra alcanzó formas de tremenda crueldad y al mismo tiempo de rapacidad. Ella imprimió así en su moral un culto salvaje por la equitación, consecuencia del pillaje, del merodeo y de las campeadas con que asolaban el campo enemigo. El soldado, con su lanza y su caballo, se encontraban siempre en actitud de pelea y de combate. Empezar exploraciones arriesgadas, incursiones peligrosas y aventuras tan difíciles como irrealizables, formaban parte de la existencia, y el acometerlas por cualquier medio era la mayor delicia y encanto. La vuelta al hogar, una miserable choza ahita de toda comodidad, la realizaba cargado con las conquistas de sus depredaciones, con los despojos conseguidos por la violencia y con los cautivos arrancados de las tierras que había asolado. Esta forma cruel, bárbara y despiadada de hacer la guerra, no chocaba con su religión. Al contrario, el fanatismo del español, que siempre ha ejercido un fuerte predominio sobre su espíritu, lo llevaba a santificar prácticamente su tenden-

cia al robo, al pillaje y la posesión indebida de lo que pertenecía al enemigo. Así, un caballero castellano que asolaba los campos de un musulmán —dice Irving—, creía piadosamente que todo era en honra y gloria de Dios.

La parte más importante de la interpretación de Irving, está expresada en estas palabras: "La conquista de Granada dió fin a la guerra entre los cristianos y los moros y el espíritu caballeresco de los españoles se vió repentinamente privado de su centro de acción, pero como había sido excitado por largo tiempo, no era posible sofocarlo de improviso. La juventud educada en medio de los disturbios, ansiaba distinguirse mediante extraordinarias aventuras, huyendo del reposo que una vida pasiva y regular trae consigo: deseaba un ancho campo que abriese un porvenir a sus romancescas imaginaciones. Tales fueron las felices circunstancias en que el gran proyecto del Almirante se llevó a ejecución. Su tratado con los Reyes Católicos debió firmarse con la propia pluma que firmó la Capitulación de Granada y su primera expedición puede decirse que salió de los mismos muros de la ciudad rendida. Una porción de caballeros jóvenes que habían blandido sus espadas en aquella famosa guerra, se apresuraron a embarcarse creyendo que iba a abrirseles una nueva carrera de gloria, una especie de cruzada en regiones desconocidas donde reinaba la idolatría. Las lanzas y armaduras que se habían usado contra los moros, salieron de los arsenales para equipar a los héroes del descubrimiento y algunos de los más célebres capitanes de los ejércitos que marchaban contra el Nuevo Mundo, habían realizado sus primeras hazañas bajo las banderas de Fernando e Isabel, durante las románticas y belicosas correrías de estos a través de los hermosos montes de Andalucía. De allí provino, en gran parte, el espíritu a la vez belicoso y caballeresco, mezclado con la áspera franqueza del marino, que caracterizó las primeras expediciones de los españoles. Embarcáronse éstos en las galeras expedicionarias, arrastrados por sus deseos de aventuras, abandonaron la tierra y se lanzaron a los mares; acompañándoles a los ásperos desiertos del Nuevo Mundo, el mismo desprecio, la propia fortaleza para los sufrimientos, igual inquietud de espíritu, idéntica pasión por el pillaje y por las gloriosas hazañas, y un celo ferviente y con frecuencia fanático por la propagación de la fe, no inferior al que habían mostrado durante la prolongada guerra con los mo-

ros. Repetidas pruebas de ello se ven en la extravagante excursión del intrépido Ojeda, particularmente en sus aventuras en Costa Firme y por las desiertas playas de Cuba; en la triste historia del infortunado Nicuesa, a pesar de estar adornado con algunos toques de la más selecta cultura y cortesanía; en el singular crucero del viejo y valiente cuánto crédulo caballero Juan Ponce de León, que sucumbió en las encantadoras costas de Florida, buscando la imaginaria fuente de la juventud; y, sobre todo, en la mala fortuna que tuvo al final Vasco Núñez de Balboa, cuyo descubrimiento del Océano Pacífico forma uno de los más bellos y admirables episodios de la historia del Nuevo Mundo y cuyos hechos suministran abundante material para crear un poema o un drama maravilloso".

No sería posible desconocer a Irving, junto con sus títulos de historiador y de artista, el de psicólogo. Y no más así, como se quiera dárselo, por pura complacencia de buena voluntad. La sensibilidad artística del escritor contribuyó, en parte muy apreciable, para que aprehendiera con mucha finura los rangos esenciales de los caracteres de los personajes históricos que estudió. Rara vez falló en la interpretación, y los posteriores eruditos e historiadores que se han ocupado de los mismos héroes que llamaron la atención del norteamericano, sin duda han completado la información histórica en los detalles y en los antecedentes de sus vidas y sus hechos, sin modificar lo que Irving presentó como boceto psicológico de cada uno de ellos. El mismo relato de las hazañas de los descubridores todavía no ha sido superado y hay quienes lo estiman con muy sólidos fundamentos, haciendo una comparación, mejor este libro que el de la vida de Colón. Lo cierto es que los historiadores y sociólogos que han estudiado con algún detenimiento los caracteres psicológicos de los conquistadores, se han valido de la obra de Irving, *Los compañeros de Colón*, para fundamentar sus conclusiones. El escritor venezolano Blanco Fombona, autor de *El conquistador español del siglo XVI* y el norteamericano Lumis y el español Salaverría, que escribieron obras con título parecido, todos, cual más, cual menos, han recogido de las páginas de Irving lo que su fina sensibilidad intuyó acerca del alma de cada uno de sus personajes.

En vida de Irving hicieron de *Los compañeros de Colón*, 6 ediciones en lengua inglesa. Ya hemos visto que la príncipe de

Londres, de 1831, tuvo como impresor a Rowort. Este mismo año se publicó en París. En Estocolmo, en 1837. En Filadelfia, en 1835. Y en el mismo año de su muerte en Nueva York, en 1859. Las lenguas a que fué traducida la obra y las diferentes ediciones que en ellas tuvo, fueron las que indicamos. En la francesa, la primera edición fué de 1833, hecha en París. En 1838, en Lavingne. En 1839, en Lyon. En Tours, alcanzó dos ediciones, una en 1846 y otra de 1854. En Bélgica, hízose una edición en Bruselas en 1837. En Suecia, en Estocolmo, en 1832. En España, en Madrid en 1854 y otra sin fecha.

Excede los límites de este ensayo, escrito sin mayores pretensiones y sólo consagrado a Irving como americanista, en el centenario de su muerte, ocuparnos de otros trabajos del autor, en los cuales hay ciertamente un fondo histórico y alguna investigación, pero que la imaginación del escritor desvirtuó hacia la leyenda y la tradición. Entre estos escritos ocupa un lugar principal el que publicó también en Londres en 1829 y que ya hemos recordado: *A Chronicle of the Conquest of Granada from the MSS. of Fray Antonio de Agapida*, en 2 volúmenes in 8º. Un año y medio se ocupó en escribirla. Al emplear un pseudónimo, Irving quiso darle a su libro un sabor arcaico y al mismo tiempo esquivar las responsabilidades a que lo obligaba la veracidad de la obra. Cuando su editor se propuso darlo a luz con su nombre, sintióse contrariado. A su hermano le expresaba desde Sevilla el 10 de abril de 1829: "Las mixtificaciones literarias son excusables cuando se ofrecen anónimamente, o bajo pseudónimo, pero son descarados engaños cuando van sancionadas por el verdadero nombre del autor". Sin embargo, en otra carta dirigida a un sobrino suyo, reconocía que a la crónica le había dado un interés romántico, conservando un fondo histórico en la narración. Literariamente, el libro pasó a ocupar rango de primera categoría en las letras norteamericanas y en la lengua inglesa sitio prominente. Coleredge llamó a la *Conquista de Granada* "obra cumbre". En España encontró un público cada vez más entusiasta. Ejerció una verdadera fascinación, como dan testimonio las numerosísimas ediciones que allí, y en los países americanos, se hicieron de ella, las que continúan hasta nuestros días. Un juez tan autorizado como Menéndez y Pelayo para juzgarla, escribió: "es una especie de libro de caballería, histórico en su fundamento y en sus rasgos principales, pero lleno de pormenores fantásticos y de

pura invención, obra en suma, que parece retoño póstumo de las *Guerras Civiles*, de Ginés Pérez de Hita o de la crónica de Abulcáxim Tarif Abentarique, parto de la fértil imaginativa del morisco Miguel de Luna". En el campo puro de la imaginación debe ser colocado otro libro de Irving que alcanzó también en los pueblos de habla española una vastísima circulación. Este es el que apareció en 1832 con el título *The Alhambra or the new sketch book*. Por tratarse de temas españoles, en los cuales explotó la leyenda, es preciso recordar los ensayos intitolados *La leyenda de don Rodrigo*, *La leyenda de la subyugación de España*, *La leyenda del conde Julián y su familia*, *La leyenda de don Pelayo*, *La crónica de Fernando, el Santo*, *La crónica de Fernán González*, *Conde de Castilla*, y *Don Juan, una indagación espectral*. Los artículos *Abderraman* y *Las procesiones de Corpus Christi en Granada*, fueron publicados en *The Spanish papers and others miscellanies*, en 1866, en Nueva York. Ya en su tiempo estos estudios, que tenían alguna fundamentación histórica, fueron supera-

dos, conservando sólo aquel que les dió el excepcional talento literario del autor. Pero la fama de Irving como escritor modelo de obras del género biográfico e histórico, vióse luego más acrecentada aún con la publicación de tres libros dados a luz en la plenitud de la vida del publicista, cuando era en su patria un monumento literario, fundador de las letras norteamericanas. En 1848, después de editar la colección completa de sus obras, revisadas por él mismo, entregaba al mundo literario dos nuevos libros de carácter biográfico: *Oliverio Goldsmith* y la *Vida de Mahoma y sus sucesores*. Por último, en 1855, lanzaba a las prensas un tercer libro, la *Vida de Washington*, que se ha considerado como una biografía clásica. Con esta obra coronó Irving su extraordinaria carrera de escritor. Hacía más de un cuarto de siglo —ventisiete años exactamente— que con la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* había ganado por concurso universal la fama de historiador, de americanista y de esteta literario. A la lengua inglesa, le había dado un monumento con sus libros.

### III

#### *Irving en Chile*

ANTES que en ningún otro país de la América española, la obra de Irving fué publicada en Santiago de Chile, en 1851, por el impresor Julio Belin y Cía. en una hermosa edición in 4º de 422 páginas en total. En México fué editada en 1853. En la ciudad de este nombre, la tradujo, en dos volúmenes, E. M. Ortega. Sabemos que en Chile la obra encontró un público que la leyó ávidamente. La edición que sirvió para la primera chilena fué la príncipe hecha en lengua española aparecida en Madrid en diciembre de 1833 - marzo de 1834, en la Imprenta de D. José Palacios, en 4 volúmenes in 32º y traducida en un elegantísimo castellano, por José García de Vilalta. El libro apareció en un momento importante para las letras chilenas. Comenzaban entonces a formarse los historiadores que serían después llamados clásicos en la escuela de la historiografía chilena: Miguel Luis Amunátegui (1828-1888), Diego Barros Arana (1830-1907), Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886). El libro de Irving obró como un excelente modelo en la formación de estos historiadores, del pro-

pio modo que las obras de Prescott. Por otra parte, Andrés Bello, Rector de la Universidad de Chile y director del movimiento intelectual del país por el peso de su extraordinaria sabiduría, fué quien con más empeño recomendó a los jóvenes la lectura de los libros de Irving y de Prescott, modelos ejemplares de historia narrativa. El empeño de Bello en incitar a los jóvenes a la lectura de estos escritores, a las cuales era muy aficionado, tenía un propósito. En París había publicado el sabio francés Claudio Gay, al servicio este país, los dos primeros volúmenes de su *Historia física y política de Chile* en los años de 1844 y 1845. En ellos refirió el descubrimiento y conquista del país según el sistema histórico *ad narrandum*, basado en las mejores fuentes. Ese mismo año de 1844, José Victorino Lastarria inauguraba en la Universidad de Chile las memorias sobre la historia nacional, que el estatuto de aquella corporación obligaba a presentar anualmente. La memoria de Lastarria intitolada *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*,

ajustábase al sistema *ad probandum*, en cierta manera.

¡Dos sistemas históricos con la aparición de estos escritos quedaron en pugna desde ese momento. El libro de Gay mereció de Bello los más amplios elogios como obra de investigación, y en la juventud este mismo libro fué mirado con desdén. Se le consideró como una vulgar crónica, la cual hallábase muy lejos de elevarse a las consideraciones de una filosofía de la historia. La memoria de Lastarria la elogió Bello desde el punto de visto literario, pero acerca del sistema filosófico seguido por el autor guardó un discreto silencio. En cambio, en la misma juventud que condenaba la obra de Gay, el libro de Lastarria mereció los mayores elogios. Bello temió que los estudios históricos, que tan diestramente desde la Universidad él orientaba hacia la investigación de los hechos, la expurgación de las fuentes y la clasificación de los materiales históricos, etc., fueran a desviarse hacia el sistema *ad probandum*. En la Universidad, a la cual también pertenecía Lastarria, casi nadie, nadie dicho con más propiedad, adhirió a su sistema, encontrando indirectamente un contradictor en Antonio García Reyes, historiador elegante y erudito, que entonces comenzaba a orientar sus trabajos hacia la erudición. Ya había proyectado presentar depuradas las fuentes de la historia nacional en una *Colección de historiadores y de documentos*. Pero las cosas no variaron entonces en la Universidad. De lo que no cabía duda, era de que Lastarria había impresionado a la juventud con su sistema. A su vez, García Reyes había ganado para la escuela erudita dos jóvenes, a quienes pocos años más tarde debía ocupar en prolijas investigaciones para formar la *Colección* que le preocupaba. Eran éstos, Amunátegui y Barros Arana. Sólo en 1847, se resolvió la cuestión de los métodos históricos. Fué entonces cuando Lastarria, en una nueva memoria histórica presentada a la misma Universidad con el título *Bosquejo histórico de la Constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución desde 1810 hasta 1814*, volvió a insistir en su sistema histórico. Sin embargo, no fué tanto el sistema del autor, cuanto las demasías de Jacinto Chacón, prologuista de la obra, airado defensor de la filosofía de la historia, lo que originó una polémica sobre los métodos históricos. Bello salió en defensa de la historia narrativa, y ensalzó el procedimiento analítico. ¿Era posible hacer una filosofía de la historia

sin hechos bien establecidos, y cuando estos hasta casi se ignoraban? Chacón no pudo resistir la lógica implacable de Bello, nacida de la sensatez. Desde entonces en la historiografía chilena prevaleció el sistema narrativo y el método de la investigación erudita. Gay desde Francia y Bello desde Chile, sin ningún contacto, habían concordado en la manera de estudiar y de escribir la historia. Ese hecho ejerció profunda impresión en los jóvenes Amunátegui y Barros Arana que se iniciaban entonces en las disciplinas históricas. Bello señalaba como típicas historias narrativas, recomendándolas fervientemente, las obras de Irving y de Prescott, las que eran, al mismo tiempo, excelentes modelos literarios.

Irving, pues, ejerció innegable influencia en la formación de los tres historiadores chilenos clásicos del siglo XIX. Los hermanos Miguel Luis y Gregorio Victor Amunátegui escucharon de boca de su padre la lectura de las páginas en que Irving contó las peripecias de los viajes colombinos, la descripción de la naturaleza en las islas halladas por los descubridores, la rebelión de Roldán, la prisión de Colón, etc. Más tarde pudieron darse cuenta del arte empleado por el escritor norteamericano en la composición de un libro de historia, en la que siempre la más prolija investigación debía ir unida con la sencillez y sobriedad literaria.

Barros Arana, por su parte, leyó los libros de Irving con un interés apasionante, y como ya entonces, hacia 1851, impulsado por García Reyes comenzaba a publicar en los diarios valiosas relaciones de historiadores y cronistas, tradujo algunos capítulos de *Vida de Colón*. "En esos años —1850-1851— tuve gran empeño —dice Barros Arana en la *Conclusión* de su *Historia General de Chile* (tomo XVI), en reimprimir y popularizar algunos libros magistrales sobre la historia de América, y conseguí publicar en dos diarios, la *Tribuna* de Santiago y *El Diario* de Valparaíso, la *Vida de Colón* de Washington Irving y la *Historia de la Conquista del Perú* de Prescott". En cuanto a Vicuña Mackenna, puede decirse, como el mismo lo aseveró en un artículo de recuerdos juveniles, que fué Irving su compañero de lectura a los 20 años. En los días azarosos de su vida de revolucionario, las páginas del escritor norteamericano sirvieronle como estimulante para soportar las horas de sacrificio y aprender en ellas a escribir la historia.

La segunda edición chilena de *Histo-*

ria de la vida y viajes de Cristóbal Colón, se publicó en Santiago en 1859, en la Imprenta del Ferrocarril, en 4 volúmenes en 4º menor. El Gobierno de Manuel Montt habíase propuesto difundir la ilustración en el pueblo más allá de la que impartían las escuelas de primeras letras y los liceos secundarios, por medio de lecturas fáciles y sencillas sobre las ciencias aplicadas y la literatura. Para hacer efectiva esas lecturas en las clases populares, especialmente entre las de los obreros y artesanos, ordenó la creación de Bibliotecas Populares establecidas en las ciudades del país, cerca de las escuelas y liceos, o bien con vida autónoma. El Gobierno se propuso dotar esas bibliotecas de libros adecuados a su objeto, dando a la publicidad libros de autores extranjeros traducidos por escritores nacionales, acerca de industrias prácticas, mecánica popular, agricultura, comercio, contabilidad, en fin, sobre toda esa variada gama de conocimientos que entonces se creía posible difundir mediante la lectura y formar ciudadanos capaces de crear con sus esfuerzos, venarios de riqueza doméstica. El Gobierno no olvidó que las buenas letras debían tener una parte principal en esta formación de las clases populares. La historia le pareció de todos los géneros literarios, el más apropiado para completar la cultura media de un individuo. Ordenó entonces la traducción de la obra de Irving y la confió al joven historiador Miguel Luis Amunátegui, a quien su padre, como ya dijimos, le había leído en la adolescencia sus páginas encantadoras.

Una tercera edición se hizo en Chile de la *Historia*. Con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, el Gobierno quiso conmemorar dignamente aquel gran suceso histórico con el concurso de la Universidad de Chile y del Ministerio de Instrucción Pública. Al efecto, dictó el siguiente decreto supremo:

Santiago, 12 de octubre de 1892.—Considerando que es un deber de gratitud honrar la memoria del descubridor del Nuevo Mundo, y que es conveniente difundir el conocimiento de la vida de Cristóbal Colón como un medio de estímulo para la juventud; en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, decreto:

Hágase una edición en español de la *Vida de Colón* compendiada por Washington Irving para la enseñanza elemental, a fin de distribuirla gratuitamente en las escuelas públicas de Chile. Encárguese la edi-

ción de este trabajo al Decano de la Facultad de Humanidades. Anótese, comuníquese y publíquese.—*Montt.—Máximo del Campo.*

Con tal motivo, en Valparaíso se imprimió la obra con este título: —*Vida y viajes de Cristóbal Colón. Edición abreviada por el mismo autor Washington Irving. Mandada traducir y publicar por el Ministerio de Instrucción Pública de Chile. Valparaíso, Imprenta de la Patria 1893.* Forma un volumen in 8º de 355 págs. Fué el traductor Alberto Berguecio. La edición fué anotada por el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad, Diego Barros Arana, que gozaba hacía ya mucho tiempo, desde la publicación de la *Historia General de la Independencia de Chile* en 1853 y de la *Historia General de Chile* en 1884, la fama de uno de los más notables historiadores de América y el principal de su país natal. Era además Barros Arana un distinguido americanista. En 1861, había dado a luz en los *Anales de la Universidad de Chile* un curioso y completo estudio crítico-bibliográfico acerca de *Los historiadores oficiales del descubrimiento y conquista de América*, del cual se hizo un folleto in 4º de 22 páginas por la Imprenta del Ferrocarril. Después en 1873 en la *Revista de Santiago* había dado a luz dos eruditos ensayos intitolados *Noticias biobibliográfica de los poemas a que ha dado origen el descubrimiento del Nuevo Mundo* y *El proyecto de canonizar a Colón* en el que relataba las absurdas iniciativas del francés Roselly de Lorgues para llevar a cabo el descabellado propósito. En ese mismo año, pero en otra revista, la intitulada *Sud América*, colaboraba con un trabajo eruditísimo al que dió el nombre *El libro más disparatado que existe sobre la historia del descubrimiento de América*. Refería en ésta tan curiosa como amena publicación, lo que en 1621 Honorio Philipono, pseudónimo de un monje benedictino, había escrito para demostrar que fueron los miembros de esta religión los primeros predicadores del cristianismo en el Nuevo Mundo. Estos trabajos de Barros Arana fueron publicados en el número extraordinario de los *Anales de la Universidad de Chile* con que esa sabia Corporación contribuyó a solemnizar este acontecimiento universal. Barros Arana, al reimprimir estos estudios rehizo algunos de ellos y escribió otros de igual carácter americanista para ese número de la antigua publicación universitaria. Introdujo enmiendas apreciables, así en la re-

dacción como en el material erudito, al trabajo *Los historiadores oficiales del descubrimiento y conquista de América*, al que dió un nuevo nombre: *Los Cronistas de Indias*, e insertó allí una nueva monografía: *La primera biografía y el primer biógrafo de Colón*, reseña de la vida de Pantaleón Giustiniani, llamado más comúnmente Agustín, de origen genovés, quien en un salterio políglota aparecido en 1516, trazó la primera biografía del Almirante. Poco después en otro número de los *Anales*, correspondiente al año 1893, el historiador chileno publicaba un interesante artículo con el nombre *Algunas palabras sobre la historia de la geografía a propósito del descubrimiento de América*. Todos estos estudios de erudición, escritos con una gran sencillez y esmerada elegancia en la forma literaria, capacitaban sobradamente a Barros Arana para anotar la obra abreviada de Irving, que el Gobierno de Chile había ordenado publicar para difundir su conocimiento en las escuelas y liceos, a la vez que en las diversas clases sociales del país, mediante la excelente, gallarda y vigorosa traducción de Alberto Berguecio. En la breve introducción que escribió Barros Arana dijo que la obra del escritor norteamericano "es el monumento literario más hermoso que hasta hoy se haya levantado a la gloria del descubridor del Nuevo Mundo"... "conserva éste (el libro de Irving) la primacía entre todos los que se han escrito sobre la vida y viajes del insigne descubridor, como cuadro completo de conjunto, por la abundancia de sus noticias y por la hábil disposición en que están expuestas". Las notas de Barros Arana al texto irvingiano referíanse a los puntos dudosos de la vida de Colón, su nacimiento, antecedentes de familia, edu-

cación, primeras expediciones antes del descubrimiento, puntos en que el mismo Irving en los apéndices de su libro había querido dilucidar. Las acotaciones de Barros Arana recogían todo cuanto hasta 1893 se sabía de Colón, publicada ya la *Raccolta Colombina*. Estas notas del historiador chileno han sido publicadas en el tomo vi de sus *Obras Completas* con el título *Anotaciones a la Vida y viajes de Cristóbal Colón, por Washington Irving*. Desgraciadamente, Barros Arana no pudo continuar las anotaciones y sólo escribió las que señalamos.

Todavía estamos obligados a considerar otra edición de otra obra histórica de Irving, publicada en Chile. El escritor había dado a luz una edición abreviada de su famoso libro consagrado a narrar los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*. Esta edición fué la que tradujo también Alberto Berguecio al castellano en 1893, publicándola en un volumen in 8º de 357 páginas en total.

Los datos acerca de las ediciones chilenas de las obras de Irving sobre Colón y sus compañeros y las notas que estos libros merecieron a uno de los más grandes historiadores chilenos, cuya formación fué influida por el método histórico del norteamericano, por una parte, y la calidad de los traductores de estos libros por otra, evidencian que Chile ha tenido por el autor de la *Historia de Nueva York*, una estimación excepcional y única en América, y que su obra histórica inclinó hacia su sistema historiográfico y hacia su arte literario, a la vez, a los tres más grandes historiadores chilenos del siglo XIX: Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna.

#### IV

#### *William Hickling Prescott y la historia del Imperio Español*

LA EXISTENCIA de Prescott fué un prodigio heroico de la voluntad para sobreponerse a los infortunios y adversidades de los dolores físicos. Todo, sin embargo, le sonrió desde la cuna para llevar una vida cómoda y regalada. Posición social encumbrada, fortuna apreciable, inteligencia brillante, rango de consideración debido a las tradiciones del hogar, y ejemplo de severas virtudes, dábanle especial ocasión para deslizar la vida, en medio de los crueles

quebrantos de la salud, con menos amargos sinsabores. Un carácter de acero dominó los males para realizar la satisfacción del ideal de su carrera de escritor, la que afloró en Prescott siendo muy joven. Descendía de una familia distinguidísima. Guillermo, el abuelo, había figurado de una manera gloriosa en la Revolución de la Independencia. Era conocido popularmente con el nombre de "El Bravo". En la célebre batalla de Bunkers-hill, le correspondió man-



dar las milicias norteamericanas con un éxito sorprendente. Allí también se encontró su otro abuelo materno. La aureola del héroe envolvió al soldado en una respetuosa y admirada consideración. El padre de Prescott, por otra parte, gozó, como magistrado, de una altísima fama. En Boston habíale correspondido llenar importantes funciones judiciales, en las cuales dejó el recuerdo de una probidad intachable y de una sabiduría jurídica eminente. La firmeza del carácter y la admirable rectitud del juicio del padre del futuro historiador, contribuyeron a colocar su nombre entre los ciudadanos que habían honrado la justicia norteamericana. Así, pues, por estos antecedentes, como por los de sus abuelos y otros de lejanos antepasados que hablaban de antiguas tradiciones de interés público, el hogar de Prescott respiraba un ambiente patricio, aristocrático, de elevada cultura, y donde, principalmente, las virtudes cívicas constituían una escuela de honor. En su adolescencia y primera juventud, Prescott se sintió heredero de las tradiciones respetables de la familia, las más nobles, sin duda, para formar el carácter consciente de la responsabilidad de los deberes que imponían esos antecedentes a un ciudadano. Con mayor fuerza aún, se afianzaron en Prescott las convicciones de sus deberes ciudadanos, en el tiempo que permaneció en la Universidad de Harvard, a la que había ingresado en 1811. Hizo allí los más brillantes estudios clásicos, concluyéndolos con el título de abogado, la carrera que íntimamente satisfacía las aspiraciones de su padre y la que mejor prestábase para proseguir honrando las tradiciones familiares en el servicio público. Pero el destino burló ese rumbo. Un accidente desgraciado hizo variar el curso de la vida de Prescott. En una ocasión, jugando con sus compañeros en un violento partido universitario deportivo, fué dañado por un golpe en un ojo. Las más delicadas atenciones médicas nada pudieron por salvarlo, el que hubo de perder definitivamente. Luego se hizo presente el infortunio. El ojo que había quedado sano fué atacado por simpatía de una grande inflamación, hallándose así Prescott momentáneamente privado de la vista. Fueron indecibles los dolores que padeció. Pero supo soportarlos con una resignación heroica. En medio de estos horribles padecimientos, mantuvo el espíritu sin abatimiento y entre los suyos y sus amigos demostró el mismo buen humor inalterable de los días

de la buena salud. Después de muchas pruebas, los oftalmólogos que le atendían consiguieron devolverle la visión a uno de los ojos en una arriesgada operación, al precio de la pérdida definitiva del otro. Quedó tan debilitada la visión en el ojo que logró salvar por un milagro de la ciencia, que prácticamente resultó impedido para todo trabajo constante de la visión. Le acometía el desastre en plena juventud. A los veinte años. Era una desgracia implacable. Prescott vió derrumbarse el ideal con que había soñado de consagrarse a la carrera del foro, de la cual secretamente esperaba grandes triunfos para continuar mucho más honrosamente las tradiciones de la familia. ¿Qué hacer? La sombra de una derrota jamás pareció hacerle dudar de su futuro destino. Pero cualesquiera otra actividad intelectual necesitaba de la vista, tanto o más que la del foro. Prescott no titubeó en decidirse. Optó por las letras, que era otra de sus vocaciones, y en la cual no había pensado con tanta vehemencia como en la abogacía. Sabía que al consagrarse a la literatura arriesgaba la vista ya tan debilitada. Era una ocupación útil y agradable que desde su hogar podía cultivar, sin los molestos ajetreos de la profesión de abogado. Además, los espléndidos estudios clásicos realizados en Harvard le servirían para los trabajos literarios. Prescott tenía entonces el bagaje de la cultura de un humanista formado en la célebre Universidad de Boston. Orgullosamente, como hijo de esa Atenas de Norteamérica, ostentaba profundidad en el saber de las lenguas vernáculas latina y griega.

El inglés no tenía secretos. Hablaba el francés. Se encontraba familiarizado con los clásicos de esos idiomas. Ahora debía volver sobre los antiguos textos y ampliar los estudios. Este es el momento de la epopeya de su vida. ¡Leer y escribir! ¿Cómo hacerlo? ¿En qué medida lograrlo sin lastimar más aún la debilidad de la visión? ¿No le eran suficientes los secretarios para cumplir con esas tareas? Prescott prefirió construirse un mundo propio. Toda la energía de la voluntad la empleó en vencer la adversidad y triunfar en la creación del mundo artificial con que reemplazaría el ámbito que su vista apenas alcanzaba a dominar. Las horas empleadas en discurrir la construcción material de ese mundo están llenas de un dolor sordo, desesperado, horrible, desgarrador y lacerante. Son las horas del martirio para ver la luz, proyectarla en el papel, sentirla, pal-

parla, con los caracteres que le dan forma al pensamiento, a su pensamiento. Lucha atroz de la inteligencia para construir mecánicamente los aparatos que requería para escribir, y que con una constancia suprema, con el don de la invención, logra realizar. Mientras la imaginación afiebrada del escritor dibujaba los implementos mecánicos para escribir, hacía leer los autores maestros de las lenguas modernas. Las literaturas italiana, alemana y rusa, las conoció cuidadosamente, y sobre cada una de ellas tomó apuntes. ¿Quién le leyó los libros y quién le tomó las notas? La primera secretaria de Prescott fué su madre. Había sufrido intensamente con las desdichas del hijo y quiso siempre, hasta que construyó los utensilios para valerse por sí mismo, acompañarlo en esos días de prueba. Fué, en realidad, su lazarillo. Prescott comprendió el sacrificio de la madre. Pero fué una felicidad para él, en medio de la desgracia, sentirse aliviado por la ternura maternal. Aunque ordinariamente Prescott dictaba lo que pensaba en un discurso admirable por su ordenación lógica y gramatical, su inventiva llegó a proporcionarle el aparato que deseaba para reproducirlo. Era un instrumento ingenioso. Tenía la forma de una pizarra y sobre la cual se extendían unos alambres a distancias de una pulgada unos de otros. Así su lápiz podía correr sin desviarse, llegar hasta a un límite y de nuevo volver al margen de iniciación del escrito. El cuarto de trabajo de Prescott se encontraba situado en un altillo de su casa habitación de Boston. Estaba "completamente rodeado de vidrieras—según lo vió Vicuña Mackenna— para tener una luz bastante fuerte con que auxiliar sus ojos casi privados de vista". Entonces podía trabajar una hora al día. Era esta hora la que dedicaba para escribir. El resto del tiempo consagrábalo al estudio, a las investigaciones, oyendo la lectura de los documentos que un secretario diestramente preparado le recitaba perfectamente en español, sin conocerlo. Prescott le hacía tomar nota de las observaciones que esas lecturas le merecían. Una paciencia extraordinaria debía desplegar después para organizar esas notas con sus acotaciones críticas, en las que debía señalar autores, libros, capítulos, páginas, o bien citas de los libros y de los documentos utilizados, a las que era preciso añadir las fechas y cuantas circunstancias de información está obligado a tener a mano el historiador. Aunque Prescott llegó a familiarizarse con

estos métodos de trabajo, cada página suya representaba un esfuerzo doloroso y agotador. Entraban en juego la paciencia, la voluntad, la memoria. Todas las potencias de su alma, todas las facultades de la inteligencia, poníanse en tensión para producir la obra perfecta del historiador, la creación del artista y la sagacidad del crítico. ¿Era el amor a la gloria lo que imponía a Prescott este doloroso sacrificio? ¿Era el amor a la ciencia lo que lo obligaba a este martirio? No debe perderse de vista el momento en que Prescott aparece en el campo de la cultura norteamericana. Los temas escogidos por el historiador rebasaban grandemente el interés del público. Eran materias exóticas. Todavía Prescott se las impuso cuando las desdichas y los sufrimientos fueron para él mayores. Jorge Ticknor, el biógrafo más autorizado y comprensivo de su tragedia, ha puesto de relieve de cómo Prescott, que nada necesitaba, porque tenía holgura económica, un sólido hogar, donde brillaban la dicha y la ternura, y una situación social predominante por sus antecedentes cívicos y méritos personales propios conquistados en la vida universitaria, lejos de conformarse con los dones que le dispensó su hada madrina, prefirió luchar con la adversidad y vencerla. Sus escritos fueron el triunfo contra la ceguera. Los estudios históricos, la derrota de los dolores reumáticos. Las investigaciones, la rebelión contra la dispepsia. Que todos estos males, cuál más cuál menos, le atormentaron en el curso de su vida, sin que la entristecieran melancólica y ex-cépticamente. El resorte poderoso de la voluntad venció todas las penalidades, y, al fin, en el hogar que después formó no se advirtieron sus dolencias sin cuento; al contrario, sobre él siempre cruzó una ráfaga fresca de risueño optimismo y de ardiente felicidad de que nutriéronse sus tres hijos. Cuando Vicuña Mackenna lo visitó hacia 1853, era un hombre de cerca de 60 años. En su fisonomía y en su porte revelaba, sin embargo, un tercio menos, siendo todavía joven y aún gallardo. He aquí cómo lo retrató: "Es alto y esbelto y su fisonomía muy animada por sus dos grandes ojos verdes, cuya debilidad enfermiza en nada disminuye su brillo. Su frente hermosa y una patilla ya algo cana que rodea todo su rostro, dan a su gracia de hombre de mundo ese tinte venerable del pensamiento y del saber". "... vestido con suma elegancia, a estilo de *gentleman* inglés. . . mostrábase todavía airoso y caballeresco en su

parte y en sus maneras", lo recordaba todavía Vicuña Mackenna muchos años más tarde. Ese pensamiento y ese saber a que refirióse el historiador chileno, fueron madurados en el curso de diez años de iniciación en los estudios literarios y científicos, antes de acometer ninguna obra. Años de preparación, de complementación del acervo cultural. Acababa de salir de la Universidad. Prolongadamente viajó por Europa atraído fuertemente por el deseo de conocer las literaturas francesas e italianas. Para nada pensaba entonces en España. Al dejar las aulas de la Universidad bostonesa, ni siquiera incluyó en sus viajes el país a que debería con sus hombres extraordinarios y sus hechos asombrosos en la historia, la fama. Fué Jorge Ticknor quien le reveló dónde se encontraba su porvenir. El hispanista dictó en 1824 una conferencia en Harvard acerca de la literatura española que interesó profundamente a Prescott y lo inclinó al estudio del pasado español. Desde entonces datan los primeros pasos para conocer el idioma castellano. A Bancroft, le escribía en ese año 1824: "Estoy lidiando con los españoles este invierno, pero no tengo los mismos bríos que tuve para los italianos. Dudo que hayan muchas cosas estimables que la llave de la sabiduría abra con este idioma". Luego el idioma le subyugó y España y los españoles concluyeron embrujándolo plenamente, como en el caso de Irving, Longfellow, Rich, Ticknor y Lea. Sin embargo, nunca conoció la España.

Quando se decidió a escribir el primer estudio histórico, fueron diversos los temas que le llamaron la atención. Dos lo dominaron con igual insistencia. Era uno de esos temas la historia de la revolución que convirtió a Roma en monarquía, y era el otro, la historia del reinado de los Reyes Católicos. Dudó largo tiempo en decidirse por cualquiera de ellos. En un memorándum del 19 de enero de 1826 anotó: "Creo que el tema español será de mayor novedad que el italiano; más interesante para la mayoría de los lectores; más útil para mí, porque me iniciará en otro y más práctico ramo de estudio; y no más árduo en cuanto a las autoridades que hayan de consultarse ni más difícil de ser tratado, gracias a la luz que ya me han suministrado juiciosos opúsculos sobre las partes más intrincadas del tema, y el año de estudios preparatorios que, como novicio en una nueva vocación literaria, he de dedicarle. Las ventajas del asunto español,

en conjunto, contrapesan la inconveniencia del consiguiente año de estudio preliminar. Por tales razones, optó por la historia del reinado de Fernando e Isabel". A los nueve años justos de haberse decidido por el tema español de su *Historia*, y cuando esta encontrábase publicada, anotaba Prescott en el margen de la hoja de un ejemplar, en mayo de 1847, estas palabras: "Una elección afortunada". Pero la elección no le demandó un año de trabajo como él creyó. Diez años empleó en la preparación de la obra. Y no fueron ciertamente obstáculos económicos los que detuvieron la *Historia*. Cuanto requirió en libros y documentos, copia de obras inéditas y cartas, papeles oficiales y privados, lo tuvo a su disposición, formándose una espléndida biblioteca. Su fortuna permaneció siempre abierta para estas adquisiciones. Como en el caso de Irving, el bibliófilo y bibliógrafo Obadiah Rich fué un espléndido consejero, como fuélo a su vez el generoso Pascual de Gayangos. Eran de otra clase las dificultades que le salían al paso. Debían leerle. En ordenar las notas de observaciones, debió correr largo tiempo. En redactar —una o dos horas, a lo más en el día— pasaron las semanas, los meses y los años hasta enterarse los diez. Es posible que Prescott en tan dilatado espacio, reflexionara sobre su posición personal, íntima, psicológica, moral, intelectual, frente a la historia de España. En otras palabras ¿cómo un hombre de la raza anglosajona debía entender el fenómeno histórico de un pueblo de raza latina que había desempeñado el principal acontecer en la historia universal en los siglos xv hasta el xvii? No importaba que el hombre que asumía la función de historiador fuera norteamericano. Perteneecía, de todas maneras, a esa raza. Ideológicamente todo lo separaba del pensar español. En religión, existía un abismo. En la concepción política, la distancia del miraje era tajante. Acaso, lejanamente, el eco del sentido libertario español, la pasión por la libertad en las clases populares y en la orgullosa nobleza, representada en los fueros, la encontrara con raíces más profundas y más consagrada y venerada que en la Magna Carta. Pero todo eso había sido. El espíritu que alentó la fortaleza del ideal de libertad en el alma española, ya desde los Reyes Católicos comenzó a disiparse con la formación de la monarquía constituida en Estado moderno. Carlos v humillaría esa libertad hasta dolorosos extremos. Y Felipe II la sepultaría definitiva-

mente para quedar el perfume de su recuerdo. Despotismo y absolutismo acabarían con los últimos arrestos de la libertad. La posición misma de la Iglesia Católica debió merecerle a Prescott hondas reflexiones. La Inquisición, órgano del Estado, pero bajo la advocación de la Iglesia ¿qué de meditaciones no le sugirió? Sin embargo, no había sido Prescott el primer escritor de raza anglosajona que se había aventurado por los dominios de la historia española, y que, como él debieron confrontar problemas morales iguales al historiar sucesos en que las diferencias espirituales marcaban abismos insalvables. Prescott reconocía cuánto habían hecho los historiadores anglosajones por la historia de España, y al frecuentarlos, primero, como lectura de ilustración general, y, ahora con sentido profesional, habíase dado cuenta y apreciado el criterio ideológico en que se colocaron. Reconocía que "los autores ingleses habían hecho más por ilustrar la historia de España que cualquier otra, excepto la suya propia". Pero entre un historiador inglés y uno norteamericano, existía una diferencia bastante profunda en la apreciación de los hechos espirituales determinados por las condiciones de la cultura, especialmente de la española. Un crítico de Prescott, José Cepeda Adán, ha reproducido con mucha oportunidad el juicio de Edmundo Fueter sobre las características de la historiografía liberal aplicada a los escritores ingleses y norteamericanos. Para conocer bien la postura de Prescott frente a las singularidades de la cultura española —religiosidad, fanatismo, arrogancia, fatalismo, etc.—, conviene recordar la cita que de la *Historia de la historiografía moderna* de Fueter hace tan oportunamente Cepeda Adán. Escribe Fueter: "Los historiadores norteamericanos son aparentemente más imparciales. Se mantienen generalmente más apartados de las luchas políticas de su país; no escriben en carácter de hombres de partido como los ingleses. Obtenían esta ventaja a causa de una ingenuidad más grande. Tenían una fe más inquebrantable aún que los ingleses en la justicia absoluta y en la aplicación universal de los principios liberales. Los postulados de la Ilustración habían llegado a ser axiomas para ellos. Eso se ve sobre todo en el modo de juzgar la iglesia de Estado y la intolerancia religiosa ... estaban convencidos de que sólo la república norteamericana había sabido reglamentar, de modo satisfactorio, las relaciones entre el Estado

y la Iglesia. Medían sobre su dogma inmutable los gobiernos de todos los tiempos y de todas las naciones. Se comprende ahora por qué la historia de España ejercía una atracción particular sobre los historiadores estadounidenses (Prescott, Ticknor, Lea, hasta Montley). España no sólo era un país que había descubierto el continente americano y lo había colonizado en gran parte. Sus historias románticas no sólo ofrecían un abundante alimento a la ingenua necesidad de sensaciones del público norteamericano. Era el país con el cual se podía demostrar irrefutablemente (al parecer) los males que ocasionan las iglesias de Estado y el furor de las persecuciones religiosas. Aquí el desarrollo de la América libre; allá la tierra del despotismo y de la Inquisición condenada a la decadencia: el contraste era demasiado fecundo para no ser explotado bajo una forma absolutamente refinada ¿Por qué habría de adoptarse un tono agresivo? Los historiadores norteamericanos no tenían que convencer a su público. Contemplaban desde puerto seguro la violencia de los déspotas y de los clérigos, con una compasión mezclada de curiosidad pero sin odio. Todo aquello estaba tan lejos de ellos que no podían indignarse. Naturalmente no podían mostrarse sin corazón: elocuentes tiradas debían manifestar, de tiempo en tiempo, el horror del historiador. Pero estas observaciones tenían carácter completamente académico; no se proponían ningún objeto práctico".

Prescott cabe holgadamente en este marco. Eduardo Fueter lo ha enclavado en su *Historia de la historiografía moderna* con perfecta justeza crítica. Pero conviene insistir en algunos puntos que surgen de las mismas observaciones de Fueter. Prescott fué como historiador, por sobre todo, un severo narrador de hechos, dotado de una prodigiosa capacidad para exponerlos, que hizo mucho más admirable todavía su don innato de artista. Narrar fué su suprema virtud. Pero era la narración de los accidentes dramáticos lo que interesaba a su pluma, y para lo cual su poderoso talento literario sentíase especialmente predispuesto. Walter Scott había sido lejanamente en cierto modo el modelo, y el modelo fué superado al aplicarlo a la historia romántica, tal como ya la habían hecho Thierry y Barante. Con su método literario de narración, Prescott contribuyó a despertar más que ningún otro historiador de su siglo el interés por la lectura de los estudios históricos en una proporción antes no conocida. Fué un

interés mundial el que devoró sus libros como lo testifican las ediciones de ellos. Sin embargo, no debe olvidarse que el mismo tipo de historia cultivada por el escritor norteamericano, la historia romántica, era la que habíase impuesto al gusto de los lectores de la época. Prescott fué uno de sus cultivadores más eminentes y el que atrajo más admiradores a la escuela y a su propia obra tan esencialmente narrativa. ¿Fué esta una de las razones de su éxito? Estamos por considerarlo como el mayor secreto de su triunfo, secreto que conviene esclarecer.

A Prescott, insuperable narrador de acaceres, hasta convertirlo en el más perfecto historiador de su siglo, y aun de todos los tiempos, le interesó la vida; le interesó contar la vida; le interesó el desarrollo de la vida a través de las individualidades. Esta es la razón de su éxito. Este es también el secreto del triunfo. Las ideas políticas y religiosas, la filosofía de la historia, el rastreamiento de los fenómenos de la evolución social, verdaderamente no le preocuparon ni quiso interesarse por ellas. Sus críticos le echaron en cara esta ausencia de preocupación tan importante para ellos y sin ninguna significación para el autor. No captaron el hecho de que los éxitos literarios de sus libros, los más colosales de librería que se conocieron en su siglo, se debieron a la subyugante atracción que sobre Prescott ejercieron los actos concretos de la vida. Los grandes clásicos de la historia y de la historiografía romántica del siglo XIX, con los excelsos méritos literarios con que la enaltecieron, no pudieron alejarse de convertirla en una escuela de propaganda. Unos la hicieron servir para la exaltación de la causa política; otros para encender el fuego de la pasión religiosa; éstos, en fin, para ayudar a la fundamentación de los postulados de la filosofía de la historia. Prescott fué enteramente ajeno a las veleidades del pensamiento en este aspecto, mejor dicho, no supo de las heredades en que dividíase, hacia esos días, la concepción de la Historia. Ni supo de la sociología que comenzaba a invadirla. Escarceos tan memorables como los de Buckle en la historia y la sociología, debieron parecerle hazañas audaces del poderío de una inteligencia brillante. Si como artista egregio en el manejo de la composición histórica, se encontraba ligado por el parentesco de la creación con Thierry, Chateaubriand, Mignet, Michelet, grandes historiadores de la primera mitad del siglo XIX que hicieron de la historia una obra de arte, nada, absolutamente nada, le

ata a ellos. El suyo es un caso aislado. Ni siquiera con Carlyle se vincula. Las vidas de Prescott, individuales o colectivas, no están llamadas providencialmente a un destino, ni sirven ellas para que se fundan en el grandioso y supremo culto de los héroes. El historiador eludió convertirse en moralista o hacerse cargo de las ideas sociales que circulaban en su época. La propia estructura mental de Prescott centrada en la aprehensión de las realidades, le alejaba de las teorizaciones y de las hipótesis. Hay quienes han visto en esta indiferencia un reparo a los libros de Prescott, señalándolo como una debilidad por la ausencia de una filosofía. La verdad es que no hay tal, y en el supuesto que así fuera, ¿en qué esta debilidad ha afectado a la permanencia incommovible de sus historias en el espacio de más de un siglo de existencia? Precisamente por no haber sido el historiador ni defensor ni impugnador de ningún sistema, doctrina, principio, teoría e hipótesis, las historias que llevan su nombre han sobrevivido lozanas, cual ninguna otras del mismo género, desde su aparición en el siglo XIX y en todo lo corrido del actual. Algo había, sin embargo, de que Prescott no pudo desprenderse. Se ha reconocido en su educación intelectual, filosófica y científica, una fuerte herencia de la Ilustración, y en la formación literaria, el acervo de una cultura humanística privilegiada. Sobre este fondo existían, como en suspensión, las ideas generales y corrientes propias de un norteamericano de ese tiempo, ideas originales surgidas con el nacimiento de la gran nación esparcidas por los filósofos, los políticos y los moralistas de la Revolución. Eran las ideas místicas dominantes en la sociedad, las que impulsaban el esfuerzo vital de ese pueblo. "El destino manifiesto del pueblo norteamericano" protegido por la mano de la Providencia de que habían hablado los fundadores de la nacionalidad, hacía orgulloso al ciudadano. Cifrabra su orgullo en la libertad política. Sus instituciones eran incomparablemente las mejores. Ahí estaba su Constitución. La libertad de conciencia era el factor principal del severo desarrollo de la personalidad. La organización democrática, la conceptuaba un modelo. Si el ciudadano norteamericano reconocía como su antepasado al anglosajón, se consideraba superior a éste y sentía inferior los otros pueblos. Las luchas religiosas de otros países al norteamericano de ese tiempo, le merecían desprecio. La inestabilidad política de ellos, incapacidad para el gobierno. Jamás penetró en las cau-

sas profundas que determinaban estos hechos. En los pueblos de origen latino, el norteamericano vió el despotismo político, el fanatismo religioso, la incapacidad social para el gobierno, la corrupción, la falta de voluntad, la versatilidad y la ausencia de toda escuela de trabajo. Sobre España, el juicio de un norteamericano de ese tiempo era ese, o peor todavía. Sólo quedaba en pie su romántica leyenda. Prescott fué imbuído por esas ideas flotantes del ambiente norteamericano en la medida en que podía serlo un hombre culto, aristocrático, salido de la orgullosa universidad bostonesa, donde el concepto jeffersoniano del "destino manifiesto" halagaba el espíritu de una juventud llamada a realizar el engrandecimiento de la patria. Pero al futuro historiador no le iba a corresponder seguir el camino del político ni del estadista y supo muy bien guardarse, por su ponderado y rígido equilibrio espiritual, de esas fanáticas ilusiones. En él quedó hondamente grabado el amor a la libertad, el respeto profundo por la tolerancia religiosa, y la satisfacción de ser hijo y ciudadano de su patria, y esto es lo que se vislumbra muy tenuemente en la obra del escritor. En cambio, a cada paso, en cada momento, se siente el hondo esfuerzo de conciencia para penetrar en el alma española, sentirla y comprenderla, y desentrañar el origen popular de sus instituciones, en las cuales encontró una raíz democrática que juzgó de las más antiguas de Europa. Salvo, pues, algunas expresiones que acusan a veces —muy pocas— su ideario político y social, que no va más allá de la glorificación de la libertad, el odio al fanatismo religioso y la aversión al despotismo, ideas que por lo demás eran las fundamentales de todo espíritu liberal de su tiempo, en los libros de Prescott, en los cuales historió el imperio español, no hay una actitud odiosa contra la monarquía ni el pueblo. Una amplia y desvuelta idea de comprensión y un fervoroso deseo de identificación con un ambiente racial, moral, intelectual, religioso, en todo diametralmente opuesto al suyo, es lo que predomina en sus juicios. Es claro: en algunos casos, la pasión libertaria le hizo escribir sentencias vulgares que no se compadecen con su estilo elevado; en otros, declamó contra el sectarismo religioso en párrafos propios de periodista político, y el moralista impresionado con algunas costumbres de las civilizaciones más cultas de la América, justificó el aniquilamiento de poblaciones enteras. En cambio, fué virulento contra la

Inquisición. En tales casos, las ideas ambientes fueron las que movieron su pluma, y explosiones como estas felizmente no son muy frecuentes. El historiador, por otra parte, encontró en la investigación de los temas de sus libros, largas horas de meditación como hemos dicho, para que su pensamiento social y filosófico no chocara apasionadamente con las formas vernáculas de la vida española al considerarlas en relación con las suyas.

La obra histórica de Prescott fué corta en volúmenes, pero muy larga en la preparación. La dolencia a la vista, por una parte, y la obligación de un pausado trabajo por otra, le proporcionaban la ocasión de penetrar hasta en los accidentes más insignificantes de los asuntos que estudiaba. Eran estos los momentos de reflexión en que desbastaba las ideas al escudriñar en los documentos la certidumbre de la verdad. El investigador, no era igual tampoco al tipo de historiador de cierta escuela que prosperó en el siglo XIX. Esa escuela quería ver al historiador sumido en los archivos, y convertido en un erudito. Prescott trabajó en las canteras de la historia como lo hicieron los grandes historiadores de su siglo que antes que nada eran escritores de verdaderos méritos y que investigaban o hacían investigar los temas sin convertirse ellos en eruditos. Por su defecto físico no tuvo oportunidades de concurrir a explorar los archivos. Sin embargo, magistralmente supo orientar las pesquisas para extraer materiales de una manera sorprendente. En España, contó con hombres enteramente entregados a su devoción y sin los cuales los vacíos en la documentación habría sido considerable. En el curso de este ensayo ya hemos nombrado a uno, al bibliófilo y bibliógrafo norteamericano Obadiah Rich y nos corresponde destacar a otros de sus más eficaces colaboradores: Pascual de Gayangos, orientalista de fama mundial, arabista de primera línea, doctísimo en la historia de la literatura española, y erudito sin par en el conocimiento de los tesoros que encerraban los archivos españoles. Sin la ayuda de Gayangos, es probable que Prescott no hubiera escrito algunas de sus obras. En una escala tan distinguida como la de Gayangos, otros eruditos españoles le prestaron su concurso. El venerable Martín Fernández de Navarrete le franqueó copias de sus papeles. Los continuadores de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, los eruditos Salva y Barañada nada le escatimaron,

y cuantos hombres distinguidos en los estudios de erudición había en la Península, sirvieron con desinterés las pretensiones de Prescott, superando a veces sus propias expectativas, como en el caso de los excesivos resultados de las pesquisas en los archivos de Simancas, de la Biblioteca del Escorial, de la Real Academia de la Historia, del archivo de Indias, y de los Registros de Granada. Así antes de mucho, se encontró Prescott dueño de una documentación valiosísima para emprender su primer trabajo histórico, la *Historia de Fernando e Isabel*, a cuyo trabajo, mejor dicho, a la historia de España y de Europa, Prescott había consagrado diez años de estudios preparatorios. En este tiempo fué cuando quedó privado dos veces del uso de la vista para leer y escribir durante varios años, como él mismo ha recordado. "En uno de estos últimos períodos —ha escrito dando cuenta de su desgracia— fué cuando recibí de Madrid los materiales para mi historia de los Reyes Católicos; y en mi triste condición, rodeado por mis tesoros transatlánticos, me veía como un hombre que parece de hambre en medio de la mayor abundancia. En este estado resolví que el oído si fuese posible, hiciese las veces de ojo. Tomé un secretario que me leía los diferentes documentos, y con el tiempo me acostumbré de tal modo al sonido de los diversos idiomas extranjeros (con algunos de los cuales me había familiarizado en mis viajes a otros países), que pude comprender su lectura sin mucha dificultad. A medida que adelantaba iba yo dictando numerosas notas; y cuando éstas se hubieron aumentado de una manera considerable, me las volvieron a leer repetidas veces, hasta que comprendí suficientemente su contenido para componer mi historia con estos materiales. Las mismas notas formaron una colección necesaria para ilustrar y apoyar el texto. Pero aún quedaba otra dificultad en el trabajo mecánico de escribir, que me fatigaba extraordinariamente la vista. Vencióse ésta por medio de uno de esos aparatos para escribir que usan los ciegos mediante el cual podía trasladar mis pensamientos al papel sin el auxilio de la vista, y con igual facilidad sin luz o con ella. Las letras que así formaba se asemejaban mucho a los jeroglíficos; pero mi secretario se adiestró en el arte de desenmarañarlos, y pudo trasladarse una copia para el impresor, con un número no muy exagerado de inevitables errores...". "Aunque me animaba el progreso visible de mi obra,

era éste necesariamente lento. Pero con el tiempo disminuyó la tendencia hacia la inflamación, y se afirmó más y más la fuerza del ojo. Por fin, se restableció hasta el punto de permitirme leer varias horas durante el día, aunque mis trabajos de esta manera terminaban necesariamente antes de la noche. Ni nunca pude privarme de los servicios de un secretario, ni abandonar el uso del aparato para escribir; porque al revés de lo que generalmente sucede, el escribir es para mi vista una tarea más difícil que la de leer, observación, sin embargo, que no se aplica a la lectura de los manuscritos, y por consiguiente para poder revisar con todo cuidado mi trabajo, hice imprimir un ejemplar de mi historia de Fernando e Isabel para mi uso, antes de enviarla a la prensa para su publicación". "Por esta relación, tal vez demasiado larga, el lector que tenga alguna curiosidad en esta materia —concluía Prescott el relato de su infortunio—, concebirá hasta dónde llegan los obstáculos que se me oponen en mis trabajos históricos. Fácilmente se concederá que no han sido leves, si se considera que sólo he podido hacer uso de un ojo, y no constantemente. Sin embargo, las dificultades que he tenido que vencer son muy inferiores a las que asedian a un hombre enteramente ciego. No conozco historiador alguno que viva hoy y que pueda aspirar a la gloria de haber vencido tales obstáculos, sino al autor de la *Conquista de Inglaterra por los Normandos*, el cual, como él dice con tanta sensibilidad y belleza, "se ha hecho amigo de la obscuridad", y a una profunda filosofía que no necesita más luz que la que viene de adentro, reúne una capacidad para el estudio de extensas y variadas investigaciones, que exigiría la más severa aplicación por parte del que quisiese seguir esta carrera".

En 1837, Prescott había concluido la redacción de los 3 volúmenes de *A history of the reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic*. Dudaba mucho acerca del mérito de la obra y encontrábase perplejo de darla a la prensa. Ticknor ha contado que ante estas vacilaciones ocurrió a su padre como siempre lo hacía en casos parecidos, el cual, después de leer el manuscrito fué de opinión que merecía ser impreso, añadiéndole que el hombre que escribía un libro y luego tenía temor de darlo a la estampa, era un cobarde. Al año siguiente, 1838, la obra se publicaba en Londres y en Boston en 3 volúmenes in 8º, en bellísimas edicio-

nes, adornadas con retratos, excelente papel con amplios y generosos márgenes.

No hacía muchos años que por el campo objeto de la historia de Prescott, un compatriota suyo, Washington Irving, había sido detenido con un propósito histórico y novelero. En la *Crónica de la Conquista de Granada*, había contado la historia del relato de la caída del reino moro, y atribuídola con su viva imaginación a un fraile. Era el mismo procedimiento que había empleado para la paternidad de la historia de Nueva York que se le antojó asignársela a un anticuario. En la historia de Granada había mucho de verdad, mucho de fantástico, todo admirablemente combinado con una imaginación esplendorosa, reflejado en un estilo admirable. Los Reyes Católicos desfilan en la *Crónica* en una visión histórica a la cual nada hay que reprocharle. Pero es evidente que Isabel es quien cautiva las simpatías de Irving. Los mismos rasgos de una atrayente cordialidad por su bondadoso espíritu, son los que el autor de los *Cuentos de Granada* demuestra en la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* al describir los favores de la reina para con el descubridor, sus empeños en servicio de la empresa y su misericordiosa actitud para con los indios de las tierras nuevas. Prescott, pues, debió encontrarse con su ilustre compatriota en éstas sus incursiones históricas, y en las dos ocasiones Prescott le aventajó en la erudición, en el rigor del método y en la penetración del asunto. ¿En el estilo también? A nuestro juicio, el de Irving es más rico, más desenvuelto, más movido, más sugerente, más ennoblecido por las tonalidades de belleza que el artista soñador constantemente daba al suyo, gamas éstas que no encontramos en el de Prescott. Sin embargo, su estilo no le es inferior, pero es distinto. Prescott condicionó un estilo muy suyo para la composición de la historia. Recordemos sus propias palabras. "No he de seguir —dijo en una ocasión— ningún modelo. Si una buena imitación es repugnante ¿qué no será una mala imitación? Confío en mí para la crítica de mis propias composiciones... Ni estudiar ni imitar ningún modelo, sino seguir mi propia y natural corriente de expresión".

El escenario del tema del libro del historiador era amplísimo y estaba lleno de complicaciones e implicaciones. La historia que se había propuesto desarrollar tenía sus orígenes en la Edad Media española, preñada de vicisitudes políticas dra-

máticas, cuando los pueblos de la península luchaban por su independencia para expulsar a los moros, cuando los reinos se devoraban en terribles guerras civiles, a veces de un patetismo de leyenda. Sobre ese terreno tan violentamente peligroso, Castilla con Isabel y Aragón con Fernando, inician la unificación española creando el primer Estado moderno europeo. Desde este momento, la monarquía y el pueblo españoles gravitaban sobre la historia de occidente de una manera, aunque todavía no decisiva, lo bastante intensa, sin embargo, para constituir una potencia cuya fuerza se la va a dar el descubrimiento de América y luego el enlace de la hija de los Reyes Católicos con Felipe El Hermoso, el hijo de Maximiliano de Alemania. Prescott trabajó en esta historia con materiales de primera mano y seleccionados con un riguroso concepto crítico. Era también la primera vez que un historiador moderno se preocupaba de una cuestión tan árdua, con tan extensas vinculaciones de todo orden. Era un período lleno de alternativas en todos los aspectos sociales, económicos y políticos, y en los cuales se organiza la España, se da cima a la Reconquista, se abre el período de la expansión internacional, se ensanchan las fronteras, en fin, se hace una nacionalidad. Como obra de primera mano y como estudio llevado a cabo en un amplio conjunto, el reinado de los Reyes Católicos nada deja que desear. No hay duda de que la documentación acopiada en nuestro tiempo supera en mucho, considerablemente, de la de que dispuso Prescott; pero, a la verdad, ésta en nada ha hecho envejecer el libro como para arrinconarlo en el osario de las bibliotecas. Su permanencia no ha peligrado. Las incógnitas del reinado de Isabel y Fernando, en cuanto a la determinación de ciertos hechos, las vio Prescott y la historiografía actual no las ha resuelto. Han quedado hasta ahora en la penumbra y la polémica más aún las ha confundido. El criterio del historiador —y citamos el caso para dejar establecido de una vez la solidez de él y la sensatez que lo guiaba— no se ofuscó en el caso de la sucesión de Enrique iv. Su opinión no ha sido desautorizada, pero sobre ella y alejándose de ella el pleito sucesorio sigue entregado a una ardiente discusión. Sin hacer filosofía de la historia, que tan mal avenfase con su genio, al elevar la vista en el plano de la perspectiva histórica, señaló con lástima sincera la desviación de España en su destino. La Edad Media ha-



bíale dado valores extraordinarios que habrían llevado muy lejos al nuevo Estado "isabelo-fernandino", si el desarrollo normal de lo que era la expresión propia de su espíritu no se hubiera visto interrumpido por la dominación de la Casa de Austria. El historiador vió con hondo sentimiento la desviación de la ruta de una nación que ostentaba, perfectamente representados en sus monarcas, una alma propia, con un estilo singular. Compasión también experimentó ante las fierezas de la Inquisición. Pero en este juicio, muy moderado, es un liberal del siglo xix quien toma la palabra. Es también un liberal de su época el que estudia y penetra animado de la más buena intención el mundo de la Edad Media. En lo más recóndito de la subconciencia del historiador se vislumbra su formación ideológica, pero ella cede al fin al deseo de explicarse y comprender el período que estudia. Ahonda en las instituciones, se apoya en las mejores autoridades y en las más especializadas, y así, por ejemplo, cuando comienza a historiar los gobiernos de Fernando e Isabel, abre un denso capítulo sobre el origen y desarrollo de los reinos de Aragón y Castilla. Traza el cuadro completo de la evolución de las dos instituciones. El mismo procedimiento emplea antes de narrar la guerra de Granada: la antecede con una disertación sobre las transformaciones de las conquistas, asientos musulmanes y adelantamientos españoles en la Península. Substancialmente, estas síntesis son valederas todavía. A veces sistematiza los hechos casi con el valor de una cifra. Señala en las luchas de la Reconquista el significado geográfico del avance español hacia el sur en los ríos Duero y Guadarrama. Destaca, con igual precisión, el debilitamiento del avance de la Reconquista nacional por las guerras civiles de los reinos cristianos. Pone el acento en la explicación del gran drama al considerar como empresa de guerra religiosa, como una cruzada, la lucha de la liberación, "Las Cruzadas en España —ha escrito— fueron empresas tan racionales, como vanas y quiméricas eran las de Oriente". Lo que se excluía eran dos civilizaciones: la morisca y la cristiana. Esta última resultaba intolerante, excluyente e intransigente en un grado mayor que aquélla y fuertemente impulsada por un ardiente espíritu de expansión mística religiosa. Ya este sólo aspecto, desplegado en un gran lienzo, era para destacar al escritor animado de agudo sentido críti-

co y dueño de una imaginación evocadora. Habían también otros aspectos verdaderamente cautivantes en la obra. La época ofrecía personajes dignos del retrato y del estudio del psicólogo. Entre éstos se encuentran, entre muchos otros, el Príncipe de Viana, en quien convergieron a mediados del siglo xv, las luchas de los reinos de Navarra y Aragón. Sitio de preferencia en esta galería ocupa el severo Jiménez de Cisneros. Nótese que William Robertson, el historiador inglés por quien Prescott sentía una ardiente admiración, había retratado con caracteres de medalla la esfigie del Cardenal Regente en la *Historia del reinado del Emperador Carlos V*, pintura noble, digna y llena de admiración. Prescott mejoró el retrato al presentar al grande hombre más al descubierto en su acción de estadista y de santo, dueño de una voluntad de acero. Se destaca también con particularidad el boceto del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba. En 1830, Manuel José Quintana le había dedicado un estudio cabal en el tomo primero de su notable *Vidas de españoles célebres* que no ha tenido igual en la lengua castellana. Prescott lo coge en su momento histórico y destaca sus virtudes, pero, hombre de la escuela renacentista, sabe y es capaz de una traición. El momento en que aparece Colón es una pincelada maestra. Admira al genovés. Son ciertamente personajes de primera fila todos estos y otros más que desfilan en la *Historia*, pero al punto todo este brillo se secundariza con los individuos centrales del libro, es decir, los monarcas. Es digno mencionarse que Prescott no tiende en la *Historia* a centrar los acontecimientos en forma especial en los Reyes Católicos para exaltarlos, sino que los sucesos son los que se ligan a los reyes. El autor se cuida de no forzar el acacer histórico sometiéndolo deliberadamente a la acción de los soberanos. Los sucesos discurren libremente y ellos, o emanan de la voluntad real, o bien, al seguir su cauce, llegan hasta los monarcas. En otras ocasiones, escapan a la voluntad real, no llegan siquiera hasta allí y se conducen extraños a su imperio. Por la forma de la repercusión de los hechos históricos en la política interna y externa española, no es dable conocer el carácter de los Reyes Católicos. Hoy cierto sector español hispanizante habla de un *divorcio histórico* establecido por Prescott al juzgar a Fernando e Isabel. Es muy antigua esta manera de ver la actitud de los monarcas y es punto de vista español muy primitivo, co-

mo que su origen se encuentra allí, por lo demás. La verdad es que se trata de dos individualidades, como es natural, enteramente opuestas. De aquí ha nacido una crítica contra el historiador. ¿Cómo surge Fernando de las páginas de Prescott? Es un verdadero hombre de Estado. Ambicioso, muy prudente y cauto. Es frío, egoísta, capaz de faltar a su palabra. Infiel en sus compromisos e infiel matrimonialmente con la Reina. Y bien, ¿cómo se destaca la Reina Isabel? Es admirable por su entereza su espíritu. Es digna de admiración por el equilibrio de todas sus facultades. Despierta las simpatías por las gracias del corazón. Tiene carácter y voluntad, y le ofrece a veces a Fernando estas dos facultades, cuando flaquea, en los empeños del gobierno. La nobleza verdaderamente superior de las prendas morales de Isabel, la obscurece el fanatismo religioso que tan insensatamente la dominaba. Con todo, eso era lo que daba la época. ¿Existió entonces un individuo de encendida fe sin el complemento indispensable del fanatismo? Aun así, la Reina Isabel, sin que Prescott violente el cuadro, se impone silenciosamente en el curso de la *Historia*, pero las simpatías que desborda, no logran desdibujar al hombre de Estado que hay en Fernando, príncipe astuto y político, como lo llama el historiador. En el logro de construir la España de la historia moderna, Fernando e Isabel se cuentan como un solo pensamiento y una sola acción, y Prescott fué cabalmente objetivo en esta representación, consecuencia de su ecuanimidad. Y era difícil conservar esa ecuanimidad en todo el curso del relato de un vasto período, sin desmedir el sentido histórico, si se toman en cuenta las contradictorias fuentes de información que debió expertizar. Fuera de los documentos extraídos de los archivos, los autores a que ocurrió eran algunos de tomar con precaución. Juan Antonio Llorente con su *Historia crítica de la Inquisición desde Fernando V hasta Fernando VIII*; el padre Mariana con la *Historia General de España*; Hurtado de Mendoza con la *Guerra de Granada*; Zurita con sus *Crónicas*; Andrés Bernaldez, Cura de los Palacios, con la *Crónica de los Reyes Católicos*; Hernando del Pulgar con la *Crónica* acerca de los mismos monarcas y Pedro Martyr de Anglería con sus *Carta*, forman los acerbos bibliográficos de los cimientos de la *Historia*, junto con otros escritores modernos como Clemencin, Sempere, Capmany y Conde. En otras ediciones Prescott mejoró el elen-

co de información. Así, por ejemplo, a la tercera edición de 1841 añadió la correspondencia de los Reyes Católicos encontrada manuscrita por Pascual de Gayangos al hacerse público el Convento de Zaragoza, y que el desinteresado erudito puso a su disposición. El aprovechamiento de esa correspondencia no significó una variación muy sustantiva de la narrativa del historiador. Sirvió de complementación a lo ya expuesto y de reafirmación a lo que Prescott había consignado, lo cual habla muy bien de su aguda percepción crítica y de su intuición. Estas cualidades, las excelencias del método histórico empleado, el inextinguible amor a la verdad, la tersura del estilo, la amplia y prolija investigación en que se apoyan los hechos, hacen del cuadro general del reinado de los Reyes Católicos una obra clásica, que resulta después de corrida más de una centuria de su aparición, tan moderna en su contenido que no tiene paralelo. Lo mismo vieron sus contemporáneos cuando la obra afloró al público. Los temores de Prescott al entregar el libro a la publicidad debieron llenarle de la más intensa satisfacción. Conquistó la fama de escritor e historiador en las letras de su patria el mismo día en que apareció la *Historia*, y fué ese mismo día también que su nombre entró a figurar entre los grandes historiadores de la historiografía universal. El éxito de librería que alcanzó el libro fué prodigioso. Prescott vió en vida sucederse quince ediciones. En Londres se publicaron las de 1838, 1839, 1850 y 1851; en Boston, las de 1838 y 1840; y en Nueva York, una, la de 1839. En París, la de 1842, en francés; en Leipzig, en alemán, una de 1842 también. En Madrid hicieron las de 1845, 1848 y 1855. En México, una, en 1854. En Florencia, en italiano, la de 1847; y finalmente en Estocolmo, el mismo año del fallecimiento de Prescott en 1859, se la editaba en sueco. La crítica norteamericana, como la europea, sin excepción, reconocieron el valor excepcional de la *Historia* y con ella el apareamiento de uno de los más grandes historiadores del siglo XIX, el siglo, prácticamente, en que se produjeron los escritores más esclarecidos del género histórico. Ricardo Ford saludó la *Historia de Fernando e Isabel* en las páginas de la *Quarterly Review*, como la mejor obra en su género producida en Norteamérica, y en cuanto a su mérito por sus mismas cualidades intrínsecas, la consideró en nada inferior a cualesquiera de las mejores publicadas en los

países europeos durante la primera parte del siglo XIX. Por su parte, el erudito español Pascual de Gayangos que tanto había contribuido con sus indicaciones literarias y aportes documentales al éxito del libro de Prescott, escribió en la *Edimburg Review* un fundado elogio del libro. Gayangos, hasta cierto punto padrino de la producción del historiador, sentía orgullosamente satisfecho su patriotismo al ver estudiado un glorioso trozo de la historia española por un escritor extranjero, y a la cual habíase hecho plena justicia. Otra opinión también decisiva fué la de Lord Holland. Con todo el peso de su autoridad, expresó que la *Historia* era la más importante que habíase escrito en lengua inglesa desde Gibbon, y los críticos franceses, tales como Guizot y Michelet, fueron igualmente elogiosos en sus juicios. Estas críticas se escribían en el momento en que la historiografía en Europa había alcanzado, como ciencia y como arte, un vuelo considerable. De un solo golpe, Prescott se colocaba al lado de los grandes historiadores ingleses, Macaulay y Carlyle; de los alemanes Ranke, Mommsen y Niebuhr; y de los franceses Thierry, Barante, Thiers, Guizot, Michelet y Mignet. Un triunfo semejante rara vez habíase visto, y sin duda, el más sorprendido fué el mismo Prescott. Así como había dudado del mérito de su propia obra, siempre temió que el asunto de su libro, por su misma materia tan minuciosamente escrita, como por su extensión, no interesara a sus conciudadanos. Sin embargo, muy pronto hubo de reconocer que su juicio había sido precipitado. El libro fué devorado prácticamente por el público norteamericano en un abismante éxito de librería. El crítico Daniel Webster dijo que con Prescott había aparecido en el mundo un cometa de esplendoroso brillo.

En el curso del relato de los sucesos acaecidos durante el reinado de Fernando e Isabel, Prescott debió referirse al más grande de los hechos en que directamente intervinieron los monarcas, y que por sí mismo había de constituir una de las etapas más audaces de la historia de la humanidad: el descubrimiento de América. Con particular esmero detúvose en los límites del cuadro general que le correspondía a contar la empresa colombina, refiriéndose al descubridor en un retrato que tendrá que considerarse siempre modelo. La Reina Isabel, conforme los dictados de una tradición insistente y colorida por los rasgos de una magnífica generosidad, fué la

protectora de la aventura del genial genovés, hasta el punto de empeñar sus joyas para salvar la realización del trance. La pintura halagüeña del retrato de la gran mujer de que habla Winsor y el color de rosa que en él ve Gooch, constituyen los rasgos de la Reina de Castilla que conquistan las simpatías de Prescott y que confirman, al parecer, plenamente su generosa conducta para con Colón, el héroe de una hazaña perfecta. Fernando de Aragón es el personaje siniestro encargado de desbaratar la epopeya en el punto culminante, cuando firmadas el 17 de abril de 1492, las Capitulaciones de Santa Fe en Granada, las objeta por las ilimitadas concesiones otorgadas a Colón para él y sus descendientes: Almirante y Virrey de las tierras que descubriese, y con derecho a percibir la décima parte de todas las riquezas que ellas produjeran. Pero el hombre de Estado, frío, calculador, celoso de su potestad, fué quien vió en los privilegios otorgados tan largamente al genovés, el incrustamiento de otro Estado en el español. Desaparecida la Reina, le peleó Fernando al Almirante sus privilegios en nombre de una suprema razón de Estado, ya prevista por él con toda claridad en la hora de la decisión de la gran jornada. El regreso de Colón después del primer viaje a España y su entrevista con los Reyes Católicos, es una de las páginas descriptivas de la *Historia* más perfecta por su emoción impresionante. Todo el dramático asunto de la empresa colombina, Irving la había escrito magistralmente y Prescott lo redujo a una síntesis admirable, pero esta síntesis no es un simple extracto de la obra del historiador del Almirante. La índole de la inteligencia de Prescott y su probidad científica opinianse a esta forma del trabajo intelectual. Estudió los cronistas primitivos con su propio criterio, penetró en la documentación de Fernández de Navarrete e hizo investigaciones originales, con todo lo cual pudo dar a su relato en ciertos detalles una novedosa atracción.

¿Fueron estos estudios los que incitaron a Prescott a conocer la historia de la conquista de América? El caso suyo es exactamente el mismo de William Robertson, si bien de un modo inverso. En la *Historia del reinado del Emperador Carlos V* échase de menos la ausencia de la parte más vasta de los dominios del César, aquéllos que con mucho excedían a los que poseía en Europa y en la costa de Africa, y que los soldados de Castilla comenzaban a descubrir,

conquistar y colonizar en los continentes de América, Asia y Oceanía. A la fecha de la muerte del Emperador en 1558, el continente descubierto por Colón había sido íntegramente recorrido en su periferia y su interior casi literalmente colonizado, asentándose allí una población castellana, jurídicamente organizada conforme la legislación de Castilla y en algunos casos de acuerdo con las necesidades que reclamaban las nuevas comarcas. Robertson sacrificó esta historia en la del Emperador aparecida en 1769; pero no cabe duda que desde entonces comenzó a estudiarla y que enamorado de ella en un trabajo sin descanso, diez años demoró en concluirla, publicándola en 1779. Prescott incluyó en el relato del reinado de Fernando e Isabel, el episodio colombino, narrándolo con lo que sus personales investigaciones le proporcionaron a fin de no caer en la repetición de lo ya dicho por el inglés Robertson y su compatriota Irving.

Casi al mismo tiempo de publicada en 1839 la *History of the reign of Ferdinand and Isabella*, Prescott inició los estudios sobre la historia americana. Los primeros contactos con estas investigaciones datan de 1838. Coincidió ese momento —como él mismo lo dice— con “la mejoría de mi salud... y satisfecho de verme elevado casi al nivel del resto de mi especie, apenas envidiaba la superior felicidad de los que podían prolongar sus estudios hasta altas horas de la noche”. Dos años antes de la publicación de la *History of the conquest of Mexico*, 1843, o sea, hacia 1841, Prescott había también experimentado otros cambios en el órgano de la visión. “La vista de mi ojo —escribía— se ha ido poco a poco debilitando, mientras que se ha aumentado de tal manera la sensibilidad del nervio, que durante varias semanas del año pasado (1846) no he abierto un libro, y por término medio puedo decir que sólo he disfrutado de la vista a razón de una hora por día. Ni puedo animarme a mí mismo con la engañadora esperanza de que, gastado como se encuentra este órgano por haber quizás abusado de él, pueda volver nunca a su estado de juventud, o servirme de mucho en mis estudios literarios de aquí en adelante. No sé si tendré bastante ánimo para entrar con semejante impedimento, como lo había pensado, en un campo más vasto de estudios históricos. Quizás la costumbre y el deseo natural de seguir la carrera que he emprendido tanto tiempo ha, me obligarán a hacerlo, ya que la ex-

periencia me ha probado que no es imposible”. Pues en estas tan precarias condiciones de salud, Prescott acometió, al poco tiempo después de haber dado a luz la conquista de México, con una diferencia de dos años, la publicación del volumen intitolado *Biographical and critical miscellanies* en 1845. Los dos volúmenes de la *History of the conquest of Perú*, fueron entregados a la publicidad dos años más tarde, en 1847. El escritor empleó en preparar esta obra cuatro años, y serían ocho los que había de tardar en la investigación y redacción de los 3 volúmenes de la *A History of the reign of Philip the Second of Spain*, entregados a la luz pública entre los años de 1855 y 1858. Encontrábase en trance de publicación los dos últimos tomos del Felipe II, cuando a dos años de distancia del primero de esta obra, Prescott entregaba una nueva edición del libro de Robertson sobre Carlos V, a la que había añadido como complemento la historia de la abdicación del Emperador y la del final de sus días en el monasterio de Yuste. Tal había sido la faena del historiador desde 1847, cuando creía que la salud no había de acompañarle para continuar sus estudios históricos. Desde 1838, año de la aparición del primer libro suyo, hasta el último editado en 1858, Prescott había empleado diez y nueve años de estudios tan serios como difíciles. Los hubo de llevar a cabo en medio de contratiempos muy dolorosos ocasionados por una salud siempre debilitada. Pero el esfuerzo de su voluntad heroica fué un gran legado para la literatura. Quedaba representado en un monumento del arte de la composición del género histórico, formado por un conjunto de 14 volúmenes, entre los cuales había, por lo menos, tres o cuatro obras maestras que cumplían con el ideal que la preceptiva exigía a la historia y al historiador. Con razón había dicho también al superar sus crueles dolencias físicas, a fuerza de una voluntad inquebrantable, que “la experiencia le había probado que nada es imposible”.

En 1839 no habían cesado aún los elogios para el libro de Prescott sobre los Reyes Católicos, cuando ya el autor seriamente daba los pasos para iniciar otra obra. Esta vez se había propuesto abordar como tema, la historia de las conquistas de México y del Perú. La búsqueda de materiales en España la ordenó hacer conjuntamente para los dos temas. A su juicio, esos dos episodios asumían en la historia caracteres muy relevantes y conformaban un ciclo

completo del choque de dos civilizaciones, la aborígen, representada por la azteca y por la quechua, y la europea, expresada en la española. "Tanto es lo que sobresalen en el gran cuadro de la historia —escribió— que el nombre de ellos, a pesar del contraste que se nota en sus respectivas instituciones, recuerda naturalmente el del otro; y, cuando hice recoger en España materiales para la relación de la Conquista de México, incluí en mis investigaciones las que se referían a la Conquista del Perú". ¿Cuáles eran los elementos con que ha mediados del siglo xix podía contar un historiador para narrar esas conquistas? No resulta al crítico difícil encontrar un término de comparación, pero le es preciso apenas se aborda el asunto establecer un distinguo. La conquista de México encontró sucesivamente un mayor número de cronistas e historiadores. Contó con el relato encantador de un soldado de ruda franqueza y de veracidad inflexible, Bernal Díaz del Castillo. Destacó un historiador clásico de las letras castellanas en Antonio de Solís y todavía Francisco López de Gómara en la *Hispania Vitrix*, o *Historia general de las Indias*, antes que Solís, pintó al héroe del suceso mexicano con admiración deslumbrada. En el teatro, en la poesía, en la novela y en la historia, la conquista de México despertó un interés que traspasó el interés nacional español para convertirse en universal. La conquista del Perú no tuvo tan extenso escenario. No careció de cronistas de mérito excepcional y aun de historiadores de relieve; pero los destellos de la hazaña de Pizarro y de Almagro, con todo el dramatismo que contiene, no alcanza a superar la prodigiosa aventura de Cortés. El mismo Prescott lo reconoció así. La conquista del Perú careció de un cronista como Díaz del Castillo y de un historiador tan elegante, aunque sin fundamentación histórica apreciable, como Solís. Para conocer los progresos que la investigación histórica debe a Prescott como historiador de América, conviene proceder por vía de comparación, como ya dijimos. Robertson nuevamente nos resulta un buen punto de partida para establecerla en el siglo xviii. Al decir de Guillermo Lohmann Villena, el historiador escocés se sirvió para escribir la conquista de México de los siguientes autores: Bernal Díaz del Castillo, Gómara, Herrera, Torquemada, Motolinía y las Cartas de relación de Hernán Cortés; y para la del Perú las fuentes principales fueron el

mismo Herrera, Zárate, Jerez, Gómara igualmente, Calancha, Garcilaso de la Vega, Sancho, Cieza de León y Fernández, el *Palentino*. Al comenzar el siglo xix, Manuel José Quintana para componer en las *Vidas de españoles célebres* la biografía de Francisco Pizarro, ocurrió a los escritores que se indican: Jerez, Zárate, Garcilaso de la Vega, Gómara, Cieza de León y Sancho. Advierte Lohmann Villena que las citas de Quintana a determinadas obras inéditas, están referidas tímidamente y éstas corresponden a las de Montecinos, Fernández de Oviedo y Valdés, Ruiz Naharro, Cobo y algunos documentos que el escritor español consiguió de Antonio Ugina, el amigo y guardador de los papeles del historiógrafo Juan Bautista Muñoz. Robertson no dispuso de ninguna fuente inédita y los documentos de que se valió fueron contadísimos. En cambio, el campo en que Prescott hizo hacer las investigaciones acerca de las dos conquistas, excedió inmensamente al de Robertson y al de Quintana, sin que sea posible establecer una comparación. "En ambos casos —en el de las conquistas de México y del Perú, escribe Prescott—, se sacó la mayor parte de los documentos del mismo gran depósito, los archivos de la Real Academia de la Historia en Madrid; cuerpo al que se halla especialmente confiada la conservación de todo lo que puede servir para ilustrar los anales de las colonias de España. La parte más rica de su colección es probablemente la de los papeles de Muñoz. Este eminente erudito, Cronista de Indias, empleó cerca de cincuenta años de su existencia en acumular materiales para la historia del descubrimiento y conquista de América por los españoles. Obrando para este fin bajo las órdenes del gobierno, todo se le facilitó, y se le abrieron y sometieron a su examen tanto los archivos públicos como las colecciones particulares, así en España como en la vasta extensión de sus posesiones ultramarinas. El resultado de esto fué una magnífica colección de manuscritos, muchos de los cuales copió el mismo con admirable paciencia. Pero no vivió lo bastante para recoger el fruto de su constante laboriosidad. Apenas había terminado el primer tomo relativo a los viajes de Colón, cuando murió; y sus manuscritos, a lo menos la parte que se refiere a México y al Perú, estaban destinados a servir de materiales a otro, que es habitante de ese mismo Nuevo Mundo, a cuya historia pertenecen". "Otro de los eruditos, a

cuyos tesoros literarios debo mucho, es don Martín Fernández de Navarrete, Director que fué de la Real Academia de la Historia. También el señor Fernández Navarrete dedicó parte de su larga existencia a reunir documentos originales para ilustrar los anales de las colonias. Muchos de ellos se han incluido en su gran obra *Colección de viajes y descubrimientos*, que, aunque lejos de haberse completado según el plan original de su autor, es para el historiador un auxiliar indispensable. Al seguir el rastro de los descubrimientos, Fernández Navarrete se apartó de las conquistas de México y del Perú para hablar de los viajes de sus compatriotas en los mares de las Indias, con su natural cortesía permitió que se copiasen para mi uso sus manuscritos que se refieren a aquellos dos países. Algunos de éstos se han publicado después bajo los auspicios de sus eruditos colegas Salvá y Baranda (*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*) asociados a él en la Academia; pero los documentos que están en mi poder forman una fracción muy importante de los materiales que he tenido a mano para la presente historia". "También debo incluir en la lista de los que me han suministrado materiales, a M. Ternaux-Compans, tan conocido por su fiel y elegante traducción francesa de los manuscritos de Muñoz, y a mi amigo don Pascual de Gayangos, quien bajo el modesto título de traducción, ha publicado un comentario tan agudo como erudito sobre la historia hispano-árabe, colocándose en primera línea en aquel difícil departamento de la república de las letras que han ilustrado los trabajos de un Masdeu, de un Casiri, y de un Conde". "A los materiales que estas fuentes me han proporcionado, he añadido algunos manuscritos importantes sacados de la Biblioteca del Escorial. Estos que se refieren principalmente a las antiguas instituciones del Perú, formaban parte de la magnífica colección de Lord Kingsborough, que, por desgracia, ha tenido la misma suerte que casi todas las colecciones literarias, y se ha dispersado por todas partes desde la muerte de su notable autor. Me ha proporcionado estos manuscritos el activo bibliógrafo Mr. O. Rich, que reside actualmente en Londres".

Los documentos que obtuvo Prescott del compilador de la *Colección de Viajes*, pasaron después de los días del erudito, al Museo Naval de Madrid y los consiguió del archivo de otro marino,

contemporáneo a la vez de Fernández de Navarrete, José Vargas Ponce, los hizo copiar ya en la Academia de la Historia, ya, en fin, en ese mismo Museo. Gayangos le diligenció en el Británico de Londres una buena porción de documentos desconocidos, los que unidos a los de Ternaux-Compans, cuyo origen ya conocemos, y a los de que se ha hecho mención, formaron un conjunto, según un cálculo bastante prolijo, de cerca de ocho mil folios tocantes a la conquista y colonización de los castellanos en México y en el Perú. Lohmann ha dado a conocer, además, el repertorio de los documentos que compulsó Prescott para componer la conquista del Perú, y para ello tomó como base de la pesquisa, las referencias al pie de página que asentó el historiador. Se sirvió al mismo tiempo de la lista de documentos confeccionada por Prescott para que los hiciera copiar Gayangos, lista que consta de seis cuartillas, conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid. Considerada en total toda la documentación reunida por Prescott según sus indicaciones, dos cosas se nos imponen: las extraordinarias aptitudes de investigador que había en el historiador norteamericano, y el haber dispuesto para escribir ambas historias de la documentación más completa hasta entonces conocida. Las piezas fundamentales fueron las que manejó por primera vez, y por ser ellas tales, los dos libros han resistido los embates del tiempo, conservando las dos obras intacto su mérito histórico. Estas piezas fundamentales, ¿de qué naturaleza eran? El carácter de los papeles era muy heterogéneo. Contábase desde la crónica impresa o inédita, hasta "las concesiones y decretos reales, instrucciones de la Corte, cartas del Emperador a los principales oficiales de las colonias, archivos municipales, diarios personales y apuntes y una gran masa de correspondencia particular de los principales actores que desempeñaron un papel en este drama turbulento. Quizá este mismo estado, de turbulencia —explica Prescott para valorar la documentación empleada— fué la que contribuyó a hacer más frecuente la correspondencia entre los empleados coloniales y el gobierno de la metrópoli. Pero sea cual fuere la causa, la colección de manuscritos que se refieren al Perú, es mucho más amplia y más completa que la que se refiere a México; de modo que apenas hay rincón obscuro en el camino del descubridor sobre el cual

no haya arrojado alguna luz la correspondencia escrita de la época. Quizá tiene más bien que quejarse el historiador del *embaras des richesses*, porque en la multiplicidad de testimonios contradictorios, no siempre es fácil sorprender la verdad, así como la multiplicidad de los rayos de luz que se cruzan unos a otros deslumbran y confunden la vista del espectador". Una suerte fué para Prescott encontrar una documentación tan abundante en los archivos españoles sobre la conquista del Perú. Lo decimos porque los estudios históricos en aquel país entonces no habían alcanzado aún ninguna figuración y sólo servían para dar a conocer su esplendoroso pasado, los antiguos cronistas, ordinariamente no muy seguras fuentes de correcta historicidad. En el caso de México ocurría todo lo contrario. La documentación recogida en los archivos españoles fué preciosa y en ese país encontró autoridades que le sirvieron en las búsquedas con manifiesto provecho. . . . He procurado enriquecer mi colección [de manuscritos] con materiales tomados de México mismo —decía en el prefacio de la *Conquista de México*—, lo cual habían olvidado hacer mis ilustres predecesores en este género de investigaciones: de aquellos soy deudor al señor Conde de la Cortina; más todavía al señor don Lucas Alamán, y sobre todo a mi excelente amigo don Angel Calderón de la Barca, último Ministro Plenipotenciario de España cerca de México; sus prendas personales aun más que su alta representación, le conciliaron la estimación universal, y le facilitaron la libre entrada a todos los lugares de México en que se podía encontrar algo curioso o interesante. Estoy igualmente agradecido a las finas atenciones del Conde de Camaldoli en Nápoles, del Duque de Serradifalco en Sicilia, personaje cuyo saber añade nuevo lustre al de su alto rango, y del Duque de Monte León, actual representante de la Casa de Cortés, por haberme proporcionado que registrase libremente los archivos de la familia. A estos nombres debo añadir los de Sir Thomas Philips, cuya preciosa colección de manuscritos es probablemente más extensa que cualquiera otra privada de Inglaterra y aun de España; el de M. Ternaux Compans, propietario de la rica colección de don Antonio Uguina, en la que se comprenden los papeles de Muñoz, y cuyos frutos están actualmente dando a luz; y finalmente, el de mi compatriota y amigo Arturo Middleton, último Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Madrid,

quien me ayudó activamente en mis pesquisas en aquella capital. La colaboración de los escritores mexicanos a la *Historia de la Conquista de México* ha sido prolijamente estudiada por C. Harvey Gardiner, Profesor de Historia de la Universidad del Sur, de Illinois, en un artículo intitulado *Prescott's Ties Whith Mexico*, aparecido en el *Journal of Inter-American Studies*, órgano de la Escuela de estudios interamericanos de la Universidad de Florida, en el número correspondiente a enero de 1959. Nos vamos a servir de este valioso ensayo para destacar el aporte de los historiadores y eruditos del país de Cortés a la obra del norteamericano. Al igual como había procedido en sus relaciones con los hombres de letras españoles, Prescott hizo lo con los mexicanos. Como primera vía de comunicación se sirvió del elemento diplomático. Le ayudó, en primer término, un personaje norteamericano que había tenido considerable influencia en el desarrollo de las ideas liberales en México, cuya representación diplomática sirvió durante algunos años, en tiempos de un agitado período político. La influencia decisiva que ejerció en esos sucesos, le dieron a Joel Robert Poinsett, que así se llamaba el diplomático, amigos muy íntimos y enemigos también muy decididos. Cuando Prescott le pidió su colaboración, a modo de relacionador o personaje de enlace con otros, desempeñaba el importante cargo de Secretario de Guerra, e inmediatamente le indicó a Prescott tres nombres de individuos versados en la historia mexicana: Lucas Alamán, historiador y hombre público, Manuel Eduardo de Gorostiza y el Conde de la Cortina. Al sugerirle el nombre de Alamán, le advirtió Poinsett que no citara el suyo ante este escritor; ya que Alamán, político conservador influyente, había combatido ardorosamente al diplomático norteamericano durante su borrascosa estada en ese país. Con el Conde de la Cortina inició Prescott la correspondencia. El 25 de enero de 1839, en la primera carta le participaba sus proyectos y sus propósitos de obtener ciertos documentos. Poco después, se dirigió a Gorostiza, hábil compulsador de papeles administrativos, a quien escribió en los mismos términos que a Cortina. Hizo enviar a Alamán, a Gorostiza y a Cortina, a modo de credencial de sus antecedentes literarios, un ejemplar, de su libro de la *Historia de Fernando y de Isabel*. El escritor informó a sus nuevos corresponsales de sus planes y

les dió instrucciones muy precisas de lo que necesitaba. La primera observación anotaba: —“Deseo tener las copias manuscritas en buen tamaño y legibles. Nada deseo en lengua indígena, —decía después. Anhele que la colección comprenda lo concerniente a Cortés, a la conquista de México y al estado del territorio en el período de la conquista. No necesito remontarme a la historia antigua ni a ningún departamento de antigüedades de México”. Señaló como materiales de primera importancia la *Historia de Tlaxcala*, manuscrito de Diego Muñoz Camargo, la obra de Motolinía y las Actas del Cabildo. Antes de mucho, comprendió Prescott que su plan estaba mal concebido al preferir el estudio de la civilización azteca, portada natural de la obra sobre la conquista. Comprendió muy luego que debía dedicarse a ella, y al efecto conocemos cuántos sacrificios le significó adentrarse en un asunto que era complejo y ocasionado a rectificaciones. ¿Se dió cuenta Prescott de que en el estado en que se encontraban las investigaciones arqueológicas, etnográficas lingüísticas y antropológicas en su siglo, todo intento de una sistematización de la civilización del Anahuac era prematura? Precisamente, esta parte de la obra, que no es más que la introducción, iba a ser una de las más débiles, y en ella demoró en escribirla tanto como en el relato mismo del tema central, que es el asunto del libro. A Pascual de Gayangos escribíale el 1º de febrero de 1841 estas palabras: —“Estoy precisamente concluyendo mi relación del estado de la civilización azteca; la parte más ardua e intrincada de mi asunto, la cual me ha costado dos años de labor. Mas he querido hacerla tan concienzudamente como fuera posible”.

Los primeros pasos de los agentes mexicanos no fueron tan promisorios como había creído Prescott. Cortina respondió con el envío de algunos materiales. A fin de acelerar el progreso de las investigaciones, el historiador se dirigió a su amigo de Filadelfia, Peter S. Du Ponceau, para que le recomendara otros colaboradores, y éste indicó al fraile carmelita Manuel Nájera, de quien nada obtuvo. Ante tan desalentador resultado, buscó otras vías de comunicación. Se conectó con el Ministro de su patria en México, un ex militar amigo del Presidente Andrés Jackson, llamado Powhatan, que se encontraba muy lejos de ser un erudito, y de quien Prescott inmediatamente sospechó que su gestión estaría conde-

nada al fracaso. En cambio, Angel Calderón de la Barca, Ministro de España en México y casado con una encantadora norteamericana que tan felices horas hizo a pasar a Irving en Madrid, fué un agente activísimo, que contrastaba con la lentitud de las operaciones del Conde la Cortina, inhábil para la adquisición de manuscritos y de libros. Desde 1840, Calderón de la Barca fué el motor que impulsó las investigaciones de Prescott. A él debióse el reemplazo de Cortina por Alamán. Al darle cuenta de la preciosa adquisición que había hecho, le escribía: —“Incluyó un folleto de él [Alamán] en el cual hay algunas buenas indicaciones. Ha puesto a mi disposición todos los documentos de la casa de Hernán Cortés, que están en el Hospital de Jesús. Me ha enseñado una firma autógrafa del gran hombre, de la que me dejará tomar un facsímil si Ud. la necesita. Me ha enseñado y puede dejarme tomar copia de su retrato, pintado según creo después de su enjuiciamiento en España; en pocas palabras, me ha ofrecido ponerme en camino de obtener otros datos”. Tanto Calderón de la Barca como Alamán deseaban ardientemente que Prescott en forma personal dirigiera las investigaciones en México y al efecto lo invitaron con insistencia, negándose a ello —bien se comprende por qué— a un viaje semejante. Sin embargo, el historiador se sintió desanimado de los progresos que alcanzaban los trabajos en ese país. Y es que partía de una comparación que no era posible establecer. De España llegábanle cargamentos de documentación de primera jerarquía que en ningún caso el país mexicano podía proporcionarle ni en esa calidad ni en esa cantidad. A Calderón de la Barca le expresó su excepticismo con estas palabras: “Estoy persuadido de que Ud. no logrará obtener para mí ninguna cosa de valor en México”. Le indicaba que “era muy generosamente abastecido desde España con documentos relativos a la invasión española; cinco mil páginas de manuscritos claros, de cartas, de papeles de gobierno, de crónicas. . .” Pero era que comenzaban a llegar a sus manos los tesoros de las colecciones españolas de Muñoz, Vargas Ponce y Fernández de Navarrete, y cuya importancia no admitía ninguna comparación. Lo cierto es que desde entonces el entusiasmo de Prescott quedó secundarizado en cuanto a la documentación mexicana. Desde otro ángulo, en cuanto a la información gráfica,



adquirió algún material iconográfico de Cortés y la reproducción de la firma del conquistador. El concurso de Alamán, ofrecido en forma generosa y espontánea, tampoco pudo realizarse activamente a causa de las ocupaciones políticas oficiales que lo embargaban. Pero se unió a Calderón de la Barca en favor de Prescott, y seguramente los resultados habrían sido más fecundos dirigidos por tan competente mano, si las pérdidas financieras del escritor mexicano a mediados de 1841, no lo hubieran obligado a cuidar sus dañados intereses. Además, Alamán en el verano de ese año debió abandonar la capital a raíz de un movimiento revolucionario. Ya de regreso a la ciudad, le escribió a Prescott una extensa carta dándole curiosas informaciones acerca de la tumba de Cortés y noticiándole de algunos retratos del conquistador y la autenticidad de ellos. Uno le merecía serias dudas, lo mismo que a Prescott, quien también miró ese retrato con desconfianza.

La esposa de Calderón de la Barca, la señora Fanny, entusiasta admiradora de su compatriota, fué una servicial colaboradora. Lo informó con prolija exactitud sobre la flora y la fauna; le dió a conocer la alimentación de los primitivos mexicanos; sus usos y costumbres; le aclaró el complicado problema de los descendientes de Moctezuma; le allegó noticias sobre el lago Texcoco; en fin, fué su constante consultora en asuntos bastante serios. Su dictamen lo oyó con frecuencia, aprovechándolo como el de una persona de sólida cultura. Sólo hasta fines de ese año de 1841, pudo Prescott contar con una ayuda inapreciable de Calderón de la Barca y de su esposa la señora Fanny. Entonces concluyó su misión diplomática, y el historiador debió comunicarse directamente, desde ese momento, con sus agentes mexicanos. El más importante fué Lucas Alamán, pues todavía no entraba en acción el venerable erudito Joaquín García Icazbalceta, en plena juventud hacia este tiempo. Encontrándose muy avanzada la redacción de la *Conquista de México*, el historiador bostonés le decía al mexicano que aún había ocasión para insertar en la obra cualquier género de información. Las que Alamán le envió no fueron fundamentales. Versaban siempre acerca de la tumba de Cortés, con datos más ampliados y sobre la autenticidad de ciertos retratos del autor de las *Cartas de Relación*. Pero éste fué el instante en que se anudó entre los dos historiadores una correspondencia de

sólida amistad intelectual, iniciada cuando Prescott le dedicó la *Historia de Fernando e Isabel*. Por este tiempo, Alamán se contrajo a anunciar al público mexicano la próxima aparición de la *Conquista de México*. Prescott, como atestigua Harvey Gardiner, se apresuró a enviársela dos semanas después que las prensas pusieron en circulación la obra. Alamán contó con ella el 9 de enero de 1844. El historiador mexicano quedó seducido con la lectura del libro, el cual le sirvió para la obra que escribía y que se encontraba muy adelantada, intitulada *Disertación sobre la Historia de la República Mexicana*, 2 vols. México, 1844. Sin tomar en cuenta el fascinante encanto literario del estilo de la *Conquista*, que la sensibilidad de Alamán descubrió inmediatamente, ya en el terreno objetivo y crítico, de la exposición de los hechos, Alamán confeccionó una lista con los errores más salientes del libro, la que ofreció a Prescott con el propósito de salvar, como le decía "pequeños errores fáciles de rectificar". Entonces Prescott no se sentía inclinado tan inmediatamente a emprender una segunda edición en la que fuera posible hacer las correcciones que su amigo había anotado, porque la impresión de la obra había sido muy costosa.

Apenas es necesario decir el apasionante interés que en México despertó entre los lectores de la lengua inglesa la *Conquista*. Inmediatamente se pensó en vertirla al castellano, y a la obra se pusieron dos traductores. En 1844, la edición hecha por Vicente García Torres, fué traducida por José María González de la Vega, agregándole Alamán un considerable número de notas, las mismas que antes había ofrecido a Prescott. Otra edición fué la de Ignacio Cumplido, hecha cuidadosamente y con esmerada elegancia. El texto del inglés fué vertido al castellano por Joaquín Navarro y la introducción que la precedió fué escrita por el Director del Museo Nacional Isidro R. Gondra. Las notas aclaratorias y explicativas, fueron de José Fernández Ramírez. Prescott quedó muy complacido de estas traducciones y de las ediciones. Debíó igualmente sentir cierto halago por las palabras con que Alamán en sus *Disertaciones* reconocía de cuanto le era deudor. Le envió el primer tomo con una dedicatoria que decía: "como una prueba de amistad" y en la obra misma expresó: "En esta disertación me aprovecharé mucho de la *Historia de la Conquista de México* por el

señor Prescott, pues, habiendo tenido a la vista este escritor manuscritos y documentos de que no tuvieron conocimiento los anteriores, es la mejor guía que se puede tomar, por la abundancia de noticias que su obra contiene". Otros aspectos de la traducción de su libro justamente preocuparon a Prescott. Sin mayor fundamento fué informado de que el texto en que hablaba de cuestiones religiosas sería cambiado, y al tomar conocimiento del comentario, su opinión fué ampliamente liberal. Debían conservarse sus opiniones tal como las había emitido, pero por la vía de las notas el traductor podía expresar lo que quisiera. A fines de 1845, Alamán puso a disposición de Prescott los ejemplares de las dos ediciones de la *Conquista* traducidas e impresas en México. Respecto de una de ellas le decía: "Mi revisión no ha sido tan puntual o tan completa como habría querido". Pero el 30 de marzo de ese mismo año, 1845, cuando la guerra entre México y Estados Unidos había estallado con un amargo sentimiento para los dos amigos, Prescott le escribía a Alamán respecto del empleo de sus correcciones: "Aprovecharé yo mismo de sus correcciones y enmiendas en una futura edición, con el debido crédito para su autor". Harvey Gardiner manifiesta que Prescott nunca hizo una revisión a fondo de la *Conquista*, aún cuando siempre se mostró decidido a emprenderla, y sólo en el año de su fallecimiento en 1859, hizo efectiva la consideración del proyecto ya demasiado tarde. En la edición de Kirk de 1870 se aprovecharon las notas de las dos ediciones mexicanas. En el entretanto, Prescott había publicado la *Historia de la conquista del Perú*. El 17 de mayo de 1849, Alamán, concluía la guerra entre los dos países, por cuyo motivo había cesado la correspondencia de los dos buenos amigos, le decía al norteamericano en forma velada, que éste su nuevo libro sería traducido por "un joven de una de las familias más distinguidas de esta ciudad". Este era un mozo de veinticuatro años de edad, contraído por una vocación irresistible a los estudios históricos y bibliográficos, un erudito, a quien el porvenir tenía reservado en su patria, en la carrera de las letras, una situación excepcional. Se llamaba Joaquín García Icazbalceta, y su contacto con el historiador norteamericano se debió a Alamán. García Icazbalceta con la traducción de la *Conquista del Perú* comenzaba su carrera literaria. Sin embargo, con ella el fu-

turo historiógrafo ponía en práctica un plan para favorecer los estudios históricos de su país. "El vigor con que el estudioso mexicano llevó a cabo su traducción — escribe Harvey Gardiner— nacía de algo más que del simple deseo de ver con atavío español otro trabajo de Prescott. En alguna manera y probablemente por una combinación de razones, el joven García Icazbalceta estaba interesado con pasión en reunir copias de los documentos existentes relativos a la historia antigua de México. Habiendo resuelto no escribir él mismo, prefirió ensayar el papel de custodio recolector de los preciosos materiales con los cuales podía elaborarse el relato histórico. Conociendo que la fuente de abastecimiento de documentos no mexicanos dependía de la cooperación de los ciudadanos particulares y de las agencias públicas, concluyó lógicamente que podía lograr mucho de los particulares. Como la *Conquista de México* de Prescott ofrecía algunos documentos en su rico apéndice y llamaba la atención de los lectores hacia sus dueños, el historiador de Boston vino a ser el objetivo número uno del cazador de documentos de la ciudad de México. Ansiando relacionarse con Prescott, García Icazbalceta determinó lograrlo con la traducción de la *Conquista del Perú*, y enviándole una copia impresa de la misma. Sin embargo, antes de que hubiera terminado su trabajo de dieciséis meses de traducción, el joven buscador de documentos habiendo llegado a ser amigo de Lucas Alamán, logró aproximarse así a Prescott". En efecto, el joven García Icazbalceta consiguió de su compatriota preguntara al norteamericano si era posible obtener copia de sus documentos. El 12 de septiembre de 1849, le respondía: "Están enteramente a su servicio para este objeto, si Ud. indica cuáles desea que sean copiados". Ante una respuesta tan ampliamente generosa, García Icazbalceta ordenó el plan de sus pedidos. Quizá si para corresponder de alguna manera a la desprendida conducta de Prescott, el joven erudito publicó en la revista *El Album Mexicano* un artículo sin firma sobre la *Conquista del Perú*. Pero cualquiera que hubiera sido la intención que perseguía García Icazbalceta con ese artículo, y lo probable es que no fuera más que de admiración a una grande obra histórica y literaria, el hecho cierto es que hacia el mes de noviembre de 1849, le pedía copia de la obra inédita de la *Historia General de las Indias* de Gonzalo Fernán-

dez de Oviedo y Valdés, de la *Historia de las Indias* de Motolinía y de la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo. A partir de este momento, quedaron regularizadas con Prescott las copias que solicitaba García Icazbalceta, quien hasta ahora en sus relaciones con el historiador norteamericano habíase valido de Alamán. La correspondencia directa de los dos hombres de letras se inició con una carta de Prescott de 24 de diciembre de 1849. Se refería al valor de las copias de los documentos. El 10 de febrero de 1850, el erudito mexicano, que consideraba subido el precio de las copias, concluía la carta a Prescott con estas palabras: "pero esto no me hace mudar de resolución. Suplico a Ud. que mande copiar primero Motolinía, en seguida Camargo y por último Oviedo". El 18 de mayo de 1850, volvía a escribirle para que le diera copia de los documentos que Prescott había obtenido en la Real Academia de la Historia de Madrid. Un mes después, en julio, la edición mexicana de la *Conquista del Perú* traducida por el joven erudito, caminaba hacia Boston. Háblale añadido un extenso suplemento, y acerca de él le manifestaba al historiador: "En cuanto al apéndice —le escribía en carta de julio de 1850— debe Ud. verle como el primero (sic) ensayo de una persona que nunca ha emprendido carrera literaria". Hasta 1856 se mantuvo la correspondencia de García Icazbalceta con Prescott. La última carta está fechada el 22 de diciembre de ese año. "En 1851 el curso de la correspondencia que al principio —dice Harvey Gardiner— contó a García Icazbalceta como mero adjunto en las relaciones de Alamán-Prescott, cambió totalmente. Ahora los mayores contactos ocurrían entre el joven buscador de documentos y el historiador americano, cuyas cartas posteriores a menudo encargaban a García Icazbalceta transmitir los saludos de Prescott para Alamán. Por algún motivo, Alamán, constantemente enfermo, hacía gestiones en persona en asunto públicos y privados. De otro lado, el joven Joaquín que había comenzado su correspondencia con Prescott con las maneras deferentes de un tímido escolar, maduraba rápidamente. Poseedor de una gran seguridad personal, llevó su aproximación a Prescott casi a un plan de igualdad. Lamentando que la semejanza de Prescott que había publicado, fuera sólo un pobre parecido, pensaba que era esa una de las cosas en que no se puede hacer más". Tal opinión decíasele a

Prescott en carta de 29 de enero de 1851. El historiador norteamericano ¿conoció el servicio inmenso que había prestado a los estudios históricos mexicanos con las copias de documentos que había facilitado a García Icazbalceta? Los dos volúmenes de la *Colección de documentos para la Historia de México* editados por el erudito publicáronse en esa ciudad en los años de 1858 y 1866. "No vivió Prescott hasta ver los frutos de su ayuda a los proyectos mexicanos —dice Harvey Gardiner— pero García Icazbalceta confesó su deuda al historiador de Boston, con el cual nunca estuvo, al indicar que su primer volumen no habría existido sin la ayuda de Prescott".

En 1843, el historiador lanzaba a la publicidad su segunda obra histórica intitulada *History of the conquest of Mexico with the life of the conqueror Hernando Cortes and a view of the ancient mexican civilization*, editada en la ciudad de Nueva York por Harper and Bros, en 3 vols. in 8º. En la preparación de este libro había trabajado desde 1838, un año antes de dar a luz la *Historia de Fernando e Isabel* que es, como se recordará, de 1839. Cinco años le había demandado su estudio y redacción. Al poner las manos en el tema, al dar los primeros pasos conducentes a la investigación, se encontró sobrecogido por un rasgo de generosidad intelectual que le impresionó fuertemente. El asunto de la conquista de México lo había preferido también para escribir su historia, Washington Irving. En 1838, hacía tres meses que trabajaba tesoneramente en la recolección de informaciones, documentos y de libros. Por segunda vez, los dos escritores se encontraban en un campo común, pero cuya explotación correspondía al plan de obras diferentes. "En el prólogo de la *Historia de Fernando e Isabel*, me quejaba yo —recuerda Prescott en el prefacio de la *Historia de la Conquista de México*— de que se ocupase en dos de las partes más interesantes de aquella obra, el más popular de los escritores americanos, Washington Irving: una cosa semejante ha acontecido por una rara casualidad en el presente caso: me he encontrado sin saberlo, ocupando el mismo terreno en que él quería colocarse. Cuando llegó esto a mi noticia, aún no poseía yo mi rica colección de materiales; pero si él hubiese perseverado en su designio, hubiera yo abandonado el mío sin vacilar, si no por cortesía, por conveniencia propia, pues aunque vestido con la armadura de Aquiles, ninguna

esperanza de victoria me quedaba en un combate con Aquiles mismo. Mas apenas supo aquel distinguido escritor que me preperaba a tratar este asunto, cuando con esa caballerosidad, que no sorprenderá a nadie que le haya tratado, me anunció su intención de dejarme el camino libre. Al hacer público este notable proceder de Mr. Irving, conozco que con gran desventaja para mí dejo un justo sentimiento en el corazón del lector". ¡Magnimidad superior la del autor de la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón!* Desde Nueva York le escribía a Prescott el 18 de enero de 1839 confirmandole su desestimiento de escribir sobre la conquista de México: "Cediendo el tema a Ud. —le dice— entiendo que no hago sino cumplir un deber, dejando que uno de los más magníficos temas de la historia de América sea tratado por quien levantará con él un impercedero monumento a la literatura de nuestro país". El episodio era, como ha dicho un crítico, digno de un César o de un Xenofonte de nuestro tiempo. De ello, de su trascendental importancia, no tuvo vacilaciones el autor, y por eso cuidó especialmente de explicar al lector el plan de la obra en la cual hay tres partes que no tienen íntima conexión con una unidad histórica: el cuadro de la civilización azteca que se le impuso con posterioridad a la concepción de la historia; la historia misma de la conquista, que es, en realidad, desde el punto de vista de los dictados que quería la preceptiva, perfecto, y la biografía de Cortés desde la toma de Tenochtitlan hasta su muerte en 1547. "Esta introducción y el apéndice —dice Prescott en el prefacio— me han costado tanto trabajo y quizá tanto tiempo como todo el resto de la obra, a pesar de que no ocupan aquellas dos cosas juntas más que medio volumen". Su punto de vista para prolongar el relato con la biografía de Cortés hasta el término de sus días, Prescott lo defiende "considerando —dice— el interés que había despertado en el lector el carácter que manifestó durante su carrera militar. No se me ocultan —agrega— los riesgos a que me expongo procediendo de esta suerte: el espíritu, preocupado con un pensamiento grande, la caída de la capital, juzgará superflua y aún fastidiosa la continuación de la historia, y será difícil, después de la impresión que causa la noticia de la gran catástrofe de un pueblo, interesarse en las aventuras de un individuo privado. Solís adoptó sin duda el mejor parti-

do, concluyendo su historia con la toma de la capital, y dejando ilesa en el ánimo de su lector la profunda impresión de aquel memorable suceso. Prolongar la narración es incurrir en aquel defecto que los críticos franceses censuran en algunos de sus más celebrados dramas, y que consiste en destruir con un desenlace prematuro el interés de la pieza. Tal es el defecto de que aún en mayor grado adolece la vida de Colón; vida que se cierra con aventuras insignificantes acaecidas en un grupo de islas, después de haberse abierto con el sorprendente descubrimiento de un mundo; defecto, en suma, que para quedar encubierto, ha necesitado todo el genio de un Irving y el encanto mágico de su estilo. A pesar de estas graves objeciones, me he visto impulsado a continuar mi narración aún más allá, por deferencia a la opinión de algunos sabios españoles, que juzgan que la biografía de Cortés aún no ha sido presentada completamente; y porque no he querido dejar escapar la ocasión de trazar lo que me ofrecía el cúmulo de materiales que tenía yo a las manos. Y en verdad no me arrepiento de haber procedido de esta manera, porque cualquiera que sea el brillo que las proezas militares de la conquista de México reflejen sobre Cortés, ellas no bastan para dar una idea cabal de las miras ilustradas, extensas y variadas, y del genio emprendedor de aquel guerrero". Todo este alegato no alcanza a disimular lo que tan fuertemente obraba en la subconciencia del historiador. Por primera vez Prescott se encontró dominado por una figura histórica que lo asió, sin darse cuenta. Cortés lo fascinó, lo embrujó. Pero como su temperamento era frío, de natural circunspecto, ajeno absolutamente a las expansiones de la admiración, en la *Historia* se disimula la simpatía que le produce el conquistador, y cuando consuma la obra de aniquilar un imperio, el historiador no se resuelve a dejar al caudillo que lo ha seducido por la grandeza del genio y lo acompaña hasta la tumba. Eso es todo. Con Pizarro no le ocurrirá algo semejante. Pero vale la pena anotar que en Robertson se despertó por Cortés igual simpatía, y que la admiración del historiador norteamericano por su héroe lo coloca —si acaso no estuviésemos absolutamente seguros de su ninguna influencia por razones temperamentales y de formación ideológica—, entre los que siguieron el pensamiento histórico místico filosófico de Carlyle. Has-

ta tal grado llegó la admiración por el personaje central de la *Conquista de México*. Algunos críticos norteamericanos censuraron al historiador, entre éstos Jeffrey, en su carta a Napier de 27 de octubre de 1845, él presentar a Cortés como un soldado de Cristo y no como un "soldado del diablo". Le han reprochado también la "absurda y vituperable defensa de las crueldades y tiranías de Cortés". En general, de los conquistadores. Tales censuras Prescott las consideró en una carta escrita a su amigo J. C. Hamilton desde Boston el 10 de febrero de 1844. "La inmoralidad del acto y del actor me parecen a mí —expresó el historiador— dos cosas diferentes; y mientras juzgamos al uno por los principios inmutables de lo justo y lo injusto, debemos considerar al otro conforme la transitoria norma moral de la época. La cuestión verdaderamente estriba en si un hombre fué o no sincero y obró de acuerdo con las luces de su tiempo. No podemos exigir a un individuo, justamente, que se adelante a su generación, y cuando toda una generación va por un sendero equivocado, hemos de estar seguros que se trata de un error de la cabeza, no del corazón. Pues una comunidad entera, incluso los más sabios y los mejores, no prestarán deliberadamente su sanción a la perpetración habitual del crimen. Esto sería una anomalía en la historia humana". Prescott condenó los actos crueles y vandálicos de los conquistadores, pero se negó a reprocharlos —como dice otro de sus críticos—, el no haberse adelantado a su tiempo. Por otra parte su doctrina la había fijado hacia mucho tiempo antes de la publicación de esta obra. En su *Diario* había escrito: "No insultar nunca; es antihistórico, antifilosófico y poco caballeroso". Con razones muy valederas advirtió al lector por qué había precedido la obra de una introducción sobre la civilización azteca. Ya hemos dicho cuán débiles iban a resultar en el tiempo estos capítulos sobre la cultura prehispánica del Anahuac. Escribía en el momento en que iban a desarrollarse con una continuidad admirable las investigaciones arqueológicas más asombrosas sobre la América aborigen en general. El mismo Prescott se refirió con bastante desaliento a las dificultades que había encontrado para acumular noticias sobre la civilización azteca. Declaró que su propósito tenía un carácter *filosófico*, ya que la introducción estaba destinada —son sus palabras— a hablar del origen y antigüedad

de una nación. Pero lo que Prescott llamaba una filosofía de la civilización azteca no pasa de ser más que una intención malograda, una palabra que no tuvo verificación. Sus ideas en este punto carecen de un concepto generalizador. Contó con el mayor ordenamiento posible la historia de esa civilización azteca de acuerdo con las instituciones que conoció, las que describió minuciosamente. Pero el *carácter filosófico* que creía dominante en las páginas de la introducción, no existe. Prescott se ha limitado a exponer los hechos que la dan a conocer. En cambio, hay falta de fijeza en algunos conceptos que filosóficamente considerados eran fundamentales. A veces los aztecas son *barbaros*. En otras ocasiones, forman *la nación más culta del hemisferio*. Son expresiones excluyentes cuando existe sobre una civilización un criterio que distingue, aunque sea en grados, la barbarie de la cultura. Esta indecisión en el valor de palabras que entrañan conceptos, proviene en Prescott de una escasa familiarización con las ciencias antropológicas y etnográficas que sólo hacia este tiempo comenzaban a tomar importancia. Es por esto también que el historiador tiende a idealizar la civilización azteca, como la hará con la peruana más tarde. Es que de atrás manaba el lejano impulso de su formación intelectual que reconocía como herencia la filosofía de la ilustración. Al recorrer los ámbitos que daban tan esplendorosos reflejos al imperio, su espíritu quedó sorprendido. Pero se sublevó ante el espectáculo de los sacrificios humanos. Condenó lo degradante y envilecedor que había en ellos, determinados por una cruel mística religiosa. ¿Pero, no era cruel también el historiador al complacerse y alegrarse con la caída del imperio y los sufrimientos de los aztecas, como un justo castigo expiatorio por aquellos sacrificios humanos? ¿Pensaba, en este caso, como un hombre influido por sus prejuicios religiosos?

Prescott se anticipó a salvar las futuras críticas que pudieran hacerse a la obra en cuanto al plan, y reconoció implícitamente que había en ella falta de unidad. Pero estimó que las críticas —como él mismo lo dijo—, "eran más fuertes en teoría que en práctica"; que "cualquiera que fuera la falta de unidad existente en la obra, considerada bajo ciertos aspectos, ella no carecía de la *unidad del interés*, única —agregaba—, que tienen por indispensable los críticos modernos". Al aparecer el libro en

1843, la crítica ni siquiera mencionó el atentado que creía haber cometido Prescott con la preceptiva literaria. Pero confirmó otra vez los méritos del historiador, destacó al magnífico expositor, poseedor de un estilo atrayente, y refirióse al investigador acucioso, sagaz y penetrante. La independencia de criterio que mostraban las páginas de la obra fué reconocida. Los católicos, principalmente los españoles, la aplaudieron. Dijeron que hacía justicia a la Iglesia. Tan impenetrables se manifestaban los sentimientos políticos y religiosos de Prescott, que Quincy Adams, según Gooch, declaró que resultaba difícil adivinar si el autor era católico o protestante, monárquico o republicano. La *Historia de la conquista de México* despertó el interés universal de toda clase de lectores. En el siglo XIX fué uno de los libros más populares y el que más han leído los estudiantes. Hasta el fallecimiento del autor en 1859, se hicieron 12 ediciones. La príncipe en inglés fué la de Nueva York de 1843 y en el mismo año hizose otra en Londres. En alemán, se la imprimió en Leipzig en 1845. En francés, en París, en 1846. En ruso, fué traducida en San Petersburgo en 1848. Fué nuevamente vertida al alemán, en Copenhague en 1856. En México naturalmente la obra fué traducida al castellano inmediatamente. Entre los años de 1843 y 1845, se publicó en la capital del país una edición en 2 volúmenes, cuya traducción era debida a Joaquín Navarro. En los años de 1844 a 1846, se editó en 3 volúmenes la misma traducción de Navarro con una *Explicación de las láminas pertenecientes a la historia antigua de México y a la Conquista*, con una "Introducción" de Isidro R. Gondra y una *Notas y esclarecimientos a la Historia de la conquista de México del señor Prescott por José F. Ramírez*. En el mismo año de 1844, se daba a luz en la misma ciudad capital en 2 volúmenes, la traducción de José María González de la Vega con notas de Lucas Alamán, edición que satisfizo mucho a Prescott como hemos recordado. En España, la primera traducción se hizo en Madrid por D. J. B. de Beratarrechea, en los años de 1847 a 1850, en 4 volúmenes. En Santiago de Chile, se reimprimió esta misma edición en 4 volúmenes, como tendremos ocasión de recordarlo, con más antecedentes, en otra parte de este estudio.

La crítica literaria e histórica de todos los países cultos brindó a la obra de Prescott los más calurosos elogios. Entonces no

se vieron las fallas fundamentales en la construcción de una parte del soberbio edificio: toda aquella de la introducción que tantos esfuerzos le había demandado, más que toda la obra misma, resultó en el tiempo la más débil. Los progresos de la arqueología, cuartearon muy pronto el edificio. En cambio, la nueva documentación mexicana sobre la conquista ha modificado muy levemente el cuadro general trazado por Prescott, y sólo han sido incidentes episódicos en los cuales los eruditos han señalado fallas. A cien años de distancia el libro resiste los progresos de la investigación histórica y el encanto de su lectura no ha sido substituído por ninguno otro. Sus páginas son iguales a las de Macaulay en las descripciones de las batallas y marchas de los soldados, y a veces ellas resultan superiores. Pero al historiador le interesaron con singular especialidad dos juicios. Uno, el de su compatriota Washington Irving, que le fué absolutamente favorable. El otro, fué el de Alejandro de Humboldt "el crítico más competente que mi obra tiene que afrontar", como escribió al referirse al sabio prusiano. No se había secado aún la tinta de las páginas de la *Historia* cuando Prescott le envió al autor del *Examen crítico sobre la historia de la geografía del Nuevo Continente*, un ejemplar de ella acompañada de la siguiente carta: "Boston, 23 de diciembre de 1843. Señor, acaba de publicarse en este país, como lo ha sido hace algunas semanas en Inglaterra, un libro que me ha costado trabajo durante varios años, la *Historia de la conquista de México*. Tengo el placer de rogarle que acepte un ejemplar que saldrá de Nueva York en el mes de enero. Aunque el tema principal de la obra es la *conquista española*, he consagrado la mitad del volumen a algunas consideraciones acerca de la *civilización de los aztecas*; y como en esta parte oscura de mi trabajo he sido guiado a menudo por la luz de sus investigaciones, me siento particularmente su deudor y desearía mucho que pudiera ser aprobada por Ud. la manera cómo he dirigido mis propias investigaciones. Sería ese ciertamente uno de los mejores y más satisfactorios resultados de mis trabajos. Como me han suministrado gran cantidad de documentos inéditos y originales da la conquista del Perú, voy a ocuparme inmediatamente de escribir su historia. Pero en el momento de comenzar, siento la gran necesidad de estar ayudado por su mano amiga. Aunque su

gran obra, el *Atlas Pintoresco*, arroja nueva luz sobre algunos puntos dispersos, entretanto deteniéndose en el Perú su *Viaje a las regiones equinocciales*, tendré que, para la mayor parte, buscar mi ruta a tientas, privado de la mano del maestro que me guiaba de manera tan segura en la *Nueva España*. Pienso que la *Conquista del Perú* me ocupará menos tiempo y será menos voluminosa que la de México, y cuando esté terminada, me propongo hacer una historia del reinado de Felipe II. Para esta última obra he reunido materiales desde hace mucho tiempo, y un sabio español que ha registrado para mí diferentes archivos públicos y privados en Inglaterra, Bélgica y Francia, continúa ahora mismo el trabajo en España (Pascual de Gayangos). En la excelente historia de Ranke: *Príncipes y pueblos del sur de Europa*, encuentro enumerados varios manuscritos importantes y particularmente las relaciones venecianas cuyas copias desearía mucho tener. Están en su mayor parte en la Biblioteca Real de Berlín, y hay algunas en Gotha. He escrito a nuestro Ministro señor Wheaton, rogándole se sirva tomar algunas disposiciones, si puede, a fin de realizar mi proyecto. Los principios liberales que rigen en Prusia los establecimientos literarios y las facilidades acordadas a los escritores, así como la cortesía muy conocida del carácter alemán, me hacen suponer que no habrá obstáculo para la realización de mis deseos. Si, no obstante, se produjeran, Ud. me haría un gran servicio consintiendo emplear su influencia en mi favor. Espero que Ud. me perdone la libertad que me tomo de dirigirla esta insistente petición. Aunque no tengo el honor de que Ud. me conozca personalmente, las agradables cartas que he recibido de Ud., y últimamente por el Profesor Tellkamp, me han convencido que mis primeras publicaciones habrán sido bien acogidas por Ud., y que Ud. podría tomar cierto interés en mis futuros trabajos históricos. Le ruego, querido señor mío, aceptar la seguridad de mi profundo respeto con que tengo el honor de suscribirme su obsecuente servidor, *W. H. Prescott*.

El plan de trabajos históricos expuesto a Humboldt se cumplió fielmente en el tiempo. Al igual que otros muchos grandes trabajadores intelectuales, Prescott acometía varias investigaciones y trabajos de vasta envergadura. Al mismo tiempo que reflexionaba sobre ellos, madurando muy seriamente el contenido de la forma, les

consagraba muchas horas a una estricta crítica. En ejecución siempre tuvo una gran obra y en estudio una o dos. No concluía, por ejemplo, la impresión de la *Historia de los Reyes Católicos* y ya había comenzado a profundizar en la conquista de México. Ahora salía de este libro para entrar en la conquista del Perú y en la *Historia de Felipe II*. Por este mismo tiempo, pensaba escribir la historia de Carlos V, desde su abdicación hasta su muerte. Enteramente gemela en el plan y en el método de la investigación histórica, como también en la forma literaria a la *Historia de la conquista de México*, la *Historia de la conquista del Perú* ha sido considerada inferior y menos atrayente. Pero ¿en qué consiste esta inferioridad? ¿Nace del tema, del asunto, del argumento? ¿Por qué es menos atrayente? ¿Qué es lo que hay en ese episodio que no atrae? ¿Nace del estilo la falta de atracción? El mismo Prescott fué, a la postre, responsable de esta especie de secundarización de la *Conquista del Perú* con relación a la de México. Esta interpretación que ha corrido sin mayor discernimiento, la crítica la ha sostenido con rara frecuencia, y vale ser examinada aunque sea ligeramente. Es incuestionable que el sometimiento del imperio azteca por las armas de los castellanos se desenvuelve en un turbulento drama que llega al patetismo y linda en lo épico y todavía en el romance de aventuras. El personaje central del drama es un varón extraordinario, singular, increíble, prodigioso, abismante. Los héroes que lo rodean, que son tan héroes como el autor del drama, se opacan, se desdibujan, son confundidos en las sombras ante la luz enceguedora que arroja el hombre que mueve el drama, la tragedia, la aventura y la epopeya. Era todo esto lo que enardecía a Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera*. No había sitio, espacio, para ellos. El escenario de la conquista del Perú es otro y es diferente en los rasgos humanos, porque hay individualidades, existen singularidades. Hay aquí también un drama de igual patetismo al mexicano. El que al personaje central de este otro drama se le admire o se le repugne, no impide, ni en uno ni en otro caso, que se dejen ver, junto a Pizarro tan bien definido y enmarcado, otros caracteres violentamente opuestos, sin ninguna relación con los sentimientos y las ambiciones que le dominaban. La historia de la conquista del Perú, contemplaba desde este punto de vista, es más rica, más variada,

más llena de gamas en los rasgos de los caracteres psicológicos de los individuos que la que destaca la conquista de México. Prescott no sacó partido de estos rasgos al narrar la caída del imperio peruano y esto quitó al suceso histórico su dimensión propia. En México fué sólo un conquistador el que encarnó, dominó y envolvió la inverosímil hazaña. Prescott como escritor, más bien dicho como artista, buscaba lo individual, dramático y huía de lo multitudinario, porque no veía singularidades. Pizarro era de un carácter taciturno, frío, calculador, opaco exteriormente, abrazado por el fuego interior de la más poderosa ambición, sin sentimientos generosos. Pero era un soberbio conductor de hombres, más como político que como soldado. Almagro era un buen soldado y un mal político. Bullía de su corazón la generosidad hasta el despilfarro. Alimentaba sentimientos nobles y la ambición de grandeza suya buscaba compartirla con sus compañeros. Los hermanos de Pizarro ¿no son cada uno de ellos un modelo de los más complicados abismos de la maldad, de la duplicidad y del disimulo? Cualquiera de los conquistadores que contribuyeron al sometimiento del Perú y que después se embarcaron en las guerras civiles, tienen rasgos de carácter tan extraordinarios, tan de hombres de la época renacentista, que el historiador devoto de la psicología aplicada a la historia preferirá este aspecto a las emociones del dramatismo. En la extensión en que Prescott abarcó las dos conquistas tan magistralmente, los temas han quedado cerrados por temor de competir con las dos obras maestras. Pero ya en su propio tiempo y antes, mucho antes de que Prescott diera a luz la *Conquista del Perú* un biógrafo español, fino explorador del corazón humano, inclinado por naturaleza al estudio de los caracteres, escogía a Pizarro como semblanza para un retrato y no a Cortés. En su libro *Vida de españoles célebres* fué Pizarro el preferido, y también cautivaron su deseo de penetrar en las almas, las individualidades de Vasco Núñez de Balboa y de Fray Bartolomé de Las Casas. Esta manera de ver de un biógrafo que más busca las complicaciones internas de los caracteres que los impulsos dramáticos de otros hombres, es de comienzos del siglo xix. Conviene compararla en nuestro siglo xx con la actitud de otro historiador norteamericano, Carlos Fletcher Lummis que vió en Pizarro en su libro *Los exploradores españoles* tan

especiales valores que se asombró no los poseyera Cortés. El tema que apenas esbozamos es apasionante y está lleno de sugerencias. En la apreciación o valorización de las dos conquistas escritas por Prescott, tiene una importancia puramente de diferenciación inferior a las dos obras. No se puede aceptar, sin violentar el buen sentido, de que la *Conquista del Perú* es literariamente inferior a la mexicana, ni tampoco considerar menos egregio el campo que se desarrolló la peruana. Son distintos los acaeceres de las epopeyas. ¿Uno de éstos es de condición inferior al otro? Pero para establecer los valores conviene ordenar el discurso que hemos alterado insensiblemente. A los cuatro años de haberse publicado la conquista de México, fué dada a luz sucesivamente en Nueva York y en Londres en dos volúmenes en gran 8º, en 1847 la *History of the conquest of Perú, with a preliminary view of the civilization of the Incas*. Quedan consignadas en otra parte de este ensayo, las arduas y prolijas investigaciones que realizó Prescott para componer la obra, y cuanto a este respecto se expresó sobre los trabajos previos para la conquista mexicana, es enteramente aplicable a la del imperio incásico, como que las dos obras fueron concebidas al mismo tiempo y los materiales acumulados simultáneamente. La gran masa documental de primera jerarquía para los dos libros, se encontraba prácticamente en poder de Prescott en el momento en que inició la redacción de la azteca. Es admirable que la inmensa balumba de papeles que hizo aflorar la erudición del americanismo justamente en la segunda mitad del siglo xix, bajo la forma de colecciones de documentos, o simplemente de compilaciones sobre variados aspectos de la conquista, no tuvieran el vigor ni la fuerza suficiente de modificar en un ápice sustantivo la visión del historiador, cuyo cuadro general, y aún particular en muchos casos, ha permanecido incólume. La satisfacción erudita particularizada, ha comprobado errores de detalle, pero no ha aportado algo de bulto que haga cambiar lo que tan clara y certeramente auscultó el historiador. La resistencia de la *Conquista del Perú* a los embates del tiempo, que no ha cesado, al igual que con la de la de México, de arrojar constantemente montañas de documentos, no le han producido una rasmilladura, a las dos obras. Ello es un acontecimiento prodigioso en la historiografía, sobre todo cuando se sabe cuán



efímera es la vida de los libros históricos frente al progreso de la investigación. Pero es también una advertencia de la perdurabilidad de ellas cuando se trabaja con materiales de primera mano.

Hemos dicho que Prescott fué el primer crítico que estableció diferencias entre sus dos libros, realzando uno con desmedro del otro en cuanto al argumento, a lo dramático, del asunto. Del de la conquista del Perú dijo: "debemos confesarlo, a pesar de las ocasiones que ofrece pintar caracteres, referir incidentes extraños y poéticos, y escenas pintorescas no proporciona al historiador tantas ventajas como la historia de México". Y reforzó la idea con estas palabras que parecen escritas por un preceptor de la antigua filosofía de la elocuencia y no por un historiador romántico que tan bien supo aprovechar los recursos subjetivos: "Verdad —escribió— es que pocos asuntos pueden compararse con éste para los fines del historiador o del poeta. En él el desarrollo natural de la historia se amolda exactamente a lo que exigen las reglas más diversas del arte. La conquista del país es el gran objeto que siempre está presente en la mente del autor. Desde que los españoles se embarcan por primera vez en el territorio, sus aventuras posteriores, sus negociaciones y batallas, su retirada terrible, sus nuevos esfuerzos y el sitio final, todo contribuye a preparar este gran resultado, hasta que con la toma de la capital termina la larga serie de los acontecimientos. En la marcha de los sucesos, todo camina de frente hacia este término. Es un poema épico magnífico, en que la unidad de interés es perfecta". El drama del sometimiento incásico fué juzgado por el historiador así: "En la Conquista del Perú —dijo— la acción a lo menos en cuanto a lo relativo a la caída de los incas, concluye mucho antes que termine la narración. Ocupan el resto las terribles luchas civiles de los conquistadores, luchas que por su misma naturaleza no pueden agruparse alrededor de un punto central de interés. Para alcanzar este último objeto, debemos traspasar el límite establecido en la inmediata caída del imperio peruano. La conquista de los indígenas no es más que el primer paso, a que debe seguir la derrota de los españoles rebeldes, hasta que se establece la supremacía de la corona de una manera permanente en el país. Hasta este período no se puede considerar como completa la adquisición de aquel imperio transatlántico, y, fijando la

vista en este punto más remoto, se verá que los pasos sucesivos de la narración conducen a un gran resultado único, y que se conserva esa unidad de interés, que casi es tan esencial en la composición histórica como en la dramática. Hasta que punto se ha conseguido esto en la presente historia, es cosa que abandono al juicio del lector." El lector obligado a pronunciarse sólo tendrá que recoger las mismas palabras empleadas por el historiador bostonés, cuando al referirse a la *falta de unidad* que presentaba el plan con que había concebido la estructura del libro acerca de la historia de la conquista mexicana, atendidas las reglas de la preceptiva concluye diciendo: "que tales objeciones... son más fuertes en teoría que en práctica". La falta de unidad en el argumento de la conquista peruana ¿fué capaz de hacer mirar a Prescott con antipatía a los actores de ella? Guillermo Lohmann Villena lo insinúa francamente. "...en lo que se refiere a la conquista del Perú concretamente, impaciente por el carácter incoherente de la misma, que le impide reducirla a una unidad dramática para relatarla de un modo armónico —dice—, no oculta su antipatía hacia los que en ella intervinieron, a quienes considera como unos bandidos que se disputan el botín". Sintió, en efecto, por el personaje central del episodio una repugnancia invencible: Pizarro le era francamente intolerable. Almagro es uno de los pocos que le atraen en la hueste. Era violentamente tajante su posición frente a los conquistadores, los mexicanos y los peruanos. Siente simpatía en conjunto por los primeros, y por los segundos, desprecio hacia los bandidos. Todo esto y la discusión académica de la falta de unidad en el tema, obligaba a Prescott a considerarlo de segunda clase. Las guerras civiles de los conquistadores del Perú, destruían, a su juicio, la unidad dramática del relato. Pero, ¿no son éstos de por sí los más atrayentes capítulos del libro? Le pareció confusa esta etapa turbulenta, con demasiados actores, y aun así le dió un incuestionable movimiento. ¡Piénsese que mayor partido habría sacado el historiador si hubiera pintado con especialidad los complejos caracteres que hacen el drama, avivándolo con toda clase de odios, rencores y ambiciones! Pero Prescott carecía del don de penetrar en las almas, y huía de las pluralidades.

La publicación de la *Historia de la conquista de México* fué un nuevo triunfo

literario de Prescott. Con sus dos obras anteriores, había quedado definitivamente incorporado a los más grandes historiadores de su siglo y de todos los tiempos. La nueva obra circuló ávidamente. Si del número de las ediciones de un libro dependiera su valor literario, *Historia de la Conquista del Perú*, por las que alcanzó en vida de Prescott, sería superior al de la *Historia de la Conquista de México*. De esta última, hasta su fallecimiento, hicieron, once; de la otra, dieciséis. En Londres, se la editó en inglés, naturalmente, en 1847, 1850, 1854 y 1855. En los Estados Unidos, en Nueva York, en 1847. En este mismo año se hizo una edición en francés en París. En 1848, en alemán, fué publicada en Leipzig. En 1856, fué traducida al italiano en Florencia. En una revista de San Petersburgo se la tradujo al ruso. En cuanto a las ediciones en lengua castellana, Prescott, por el número debió comprender cuánto se la estimaba en estos mundos. Estas alcanzaron a siete. En Madrid, fué publicada la *Conquista del Perú* en 1847, en 1853, en 1854 y en otra edición sin indicación de año. En México, en 1849, la tradujo García Icazbalceta. En 1851, se la volvía a reimprimir en esa ciudad. En Chile se la editó dos veces: una en Valparaíso en 1851 y otra en Santiago, en 1859. Se comprende que entonces, en el estado en que encontrábase los conocimientos de las ciencias auxiliares de la historia, como la arqueología, la etnografía y la antropología, la crítica no hiciera referencia a la parte más débil y manifiestamente pobre de la *Historia*, la introducción consagrada a la civilización incásica. Era el mismo caso de la mexicana.

A la cuenta literaria del crítico compatriota suyo, Ricardo Ford, debe cargarse el hecho de que Prescott se decidiera a narrar la historia de la cristiandad durante el reinado de Felipe II. Lo entusiasmó con lo que llamaba un "tema casi virgen". En 1843, como lo recuerda en su carta a Humboldt, había comenzado a reunir la documentación y desde ese año inició la frecuentación con los historiadores de aquel reinado. Obsérvese que por este mismo tiempo, se encuentra consagrado a estudiar y a escribir la conquista del Perú, y que para él es como una entretención o descanso intelectual, ocuparse del proyecto de otro libro de grandes proporciones. Sabemos que en ese año de 1843, y acaso un poco antes, había comenzado a familiarizarse con los escritores españoles acerca del

monarca. Contáronse entre éstos, Sepúlveda, Cabrera y Antonio de Herrera y el napolitano Campana. Todos estos historiadores, en mayor o menor tiempo, habían sido contemporáneos de Carlos V y lo habían sido también de Felipe II. Fuera de tales elementos de la historiografía filipina contemporánea, las fuentes bibliográficas eran escasas. En el siglo XVII, había escrito Gregorio Leti y Robert Watson en el XVIII; pero estos autores habíanse servido sólo de aquellos cronistas, y los siguientes servilmente se habían copiado. Pero no puede olvidarse que en los momentos en que el historiador bostonés decidió ocuparse de Felipe II, la erudición europea de la mitad del siglo XIX, acometía un fuerte movimiento crítico para depurar la historiografía, siendo la característica de esa iniciativa la publicación de documentos. Editáronse en España, Holanda, Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Italia y Austria. Prescott contó con un buen número de colaboradores para su magna empresa. El mismo Humboldt se movilizó en su ayuda. Los bibliotecarios y archiveros se dieron largas horas para copiarle los papeles que necesitaba, en los cuales, igualmente que en los que requirió para los de los Reyes Católicos, México y Perú, invirtió apreciables sumas de dinero. Como en sus anteriores investigaciones, para estas filipinas contó con el inapreciable concurso de Pascual de Gayangos. Los archivos de Londres y Simancas fueron esta vez los cuarteles donde se radicó. En los segundos se encontraba como en su casa. Ticknor, que también le ayudó en la pesquisa de informaciones, ha cuidado destacar la participación del arabista en la obra filipina. Refiriéndose a sus esfuerzos dijo: "... sin la asistencia de un erudito que inspeccionase y dirigiera el conjunto, como don Pascual de Gayangos, lleno de sabiduría en cuanto a este sujeto particular, orgulloso de su patria, cuyo honor constábale que servía, y desinteresado como un hidalgo español de los clásicos, temple y lealtad, el señor Prescott no habría podido nunca establecer sobre tan sólidos fundamentos su *Historia de Felipe II*, o llevar a cabo su empresa tan lejos y tan bien". Ranke lo orientó en el manejo de las fuentes italianas. En París, Mignet trabajó para él en los archivos. Tuvo acceso por vez primera a uno personal que nadie había tocado: los tesoros del de la Casa de Alba se encontraron a su disposición. Pero, ¿tanta voluntad gastada en el trabajo,

tan considerable esfuerzo intelectual — (para Prescott era doble y aun triple dadas sus condiciones físicas) — no habían disminuído las potencias de su inteligencia? Cierta cansancio, por lo menos, se apoderó del historiador. La tarea que se había impuesto era dura. “La vida del monarca era la historia del mundo, ha escrito Gooch. En el extranjero, la lucha con Inglaterra, la guerra en los Países Bajos, la derrota de los turcos; en el interior, la rebelión de los moriscos, el reinado de la Inquisición, la tragedia de Don Carlos; era un tema digno de tentar a un historiador cuya fama recorrería ya el mundo”. Cambió de plan en esta obra. Abandonó el cronológico que había seguido en las anteriores, e influido posiblemente por Ranke compuso grandes cuadros. Los acontecimientos están agrupados parcialmente. Son dignos de mostrarse como ensayos insuperados de maestría en la composición histórica y artística el cuadro que dedicó a la vida y a las costumbres de fines del siglo xvi. Es admirable también aquel en que pinta la sociedad. El lector de las *conquistas* que toma ahora el libro sobre Felipe II está en mejores condiciones de comprender el pensamiento del autor. Siempre es el mismo estupendo narrador de hechos dramáticos. No le preocupan por ello las causas subyacentes que encadenan los acaceres humanos. Pintó al hombre del siglo xvi en su aspecto exterior sin asomarse a lo íntimo de su alma. Se hace violencia para esconder lo que está en las profundidades de su subconciencia: la creencia en la superioridad de su raza y el prejuicio que se anidó contra el imperio español, como consecuencia de la diversidad de credo religioso. Por extensión, estas disonancias que saltan en las conquistas, son las mismas que se encuentran en el libro filipino. Hay otras más que hemos ya advertido: el odio a la inquisición, la animadversión a determinadas instituciones, el fanatismo religioso español con su invencible intolerancia, etc. Pero lealmente hay que reconocer que Prescott luchó por hacer desaparecer hasta donde fué posible la intimidad de sus sentimientos. Y la mejor prueba de esta actitud espiritual suya la encontramos en la personalidad que de Felipe II surge de la obra. Los liberales vieron en el autoritario estadista un hombre mejorado de capitales defectos. Los conservadores estimaron que el retrato había desmejorado. Los católicos lo hubieran deseado animado de más fuego. Los

protestantes lo vieron menos malo de lo que lo creían. El historiador Motley manifestó a su esposa que el Felipe II compuesto por Prescott, “era un retrato demasiado blando y excesivamente favorecido de tan odioso personaje”. Sin embargo, al mismo Prescott habíale dicho: —“Tiene Ud. por naturaleza un espíritu de juez”. Al historiador particularmente le desagradaba el personaje. Pero se sobrepuso en su juicio a los hechos que daban el derecho de apreciar al monarca de otra manera. Otra vez se trataba de una cuestión de simpatías. A Pascual de Gayangos le escribía el 31 de agosto de 1846 para decirle que no era intolerante. “No soy amigo de la intolerancia en política o religión, y creo que los sistemas no son tan importantes como la manera de llevarlos a la práctica”. Su pensamiento concreto sobre Felipe II lo podemos conocer en una carta escrita el 25 de abril de 1855 a Lady Lyell. Es una carta íntima, espontánea y no reservada para la posteridad. He aquí sus palabras: —“Si me fuere al cielo, después de haber abandonado este cochino mundo, encontraría allí conocidos... ¿No cree Ud. que Isabel (la Católica) me dispensaría una buena acogida?... Pero hay uno que estoy seguro me recibiría con ojeriza, y ese es precisamente el hombre a quien estoy dedicando dos voluminosos tomos. Con todo mi buen corazón, no puedo lavarle y dejarle siquiera en pardo muy obscuro. Es negro de pies a cabeza. Mi amiga la señora Calderón, no me perdonará jamás. ¿No es caritativo conceder a Felipe un lugar en el cielo?” El lugar en el cielo se lo otorgó porque, juzgándole con las ideas del tiempo del monarca, era digno de admiración. Aparece en su grandeza rodeado de una severa majestad, y sus flaquezas no se ocultan en las propias obscuridades del hombre, el monarca católico por excelencia, fanático, duro, melancólico y sombrío. Es este mismo rey el mecenas de las letras y las artes, el que ama los ruseñores, habla de la belleza de las flores, juzga los cuadros de pintura y se enternece con sus hijos. Por naturaleza es humilde. El libro estaba llamado a producir sorpresas. Fué dado a luz con el título *History of the reign of Philip II, of Spain*, impreso en Boston en 1855-1858 en tres volúmenes in 8º, habiendo aparecido inmediatamente otra edición en Londres. El fallecimiento del historiador en 1859 interrumpió el relato contenido en los tres volúmenes que alcanza hasta el año

1580. El conjunto de la obra es histórica-mente de un gran valor. Literariamente, aunque mantiene las cualidades sobresalientes del estilo del autor y las condiciones seductoras de su arte, no sobrepasa a sus libros anteriores.

Nunca aceptó Prescott las insinuaciones que hicieronle en repetidas ocasiones para que acometiera la redacción de una historia de Carlos v. Como ya lo manifestamos, tenía por Robertson una alta estimación y consideraba que su libro sobre el Emperador seguía conservando un rango preeminente en la historiografía europea. Sin embargo, durante las largas jornadas consagradas al estudio de Felipe II, parece que Prescott reconoció que su obra histórica sobre el imperio español, escrita sin un plan premeditado, pero que había surgido como una unidad a consecuencia de las materias históricas tratadas por él, todas ellas tocantes al ciclo de la formación y florecimiento del imperio, requería una continuidad entre la *Historia de los Reyes Católicos* y la *Historia del reinado de Felipe II*. Fiel a su propósito de no escribir sobre Carlos v, la mejor manera que encontró para llenar la laguna que habíase producido, fué la de reimprimir a su cargo la *History of the reign of the Emperor Charles v, with a review of the progress of the society in Europa*, cuya primera edición apareció conjuntamente en Dublin y Londres en 1769, en 3 volúmenes in 4º. Prescott interrumpió los trabajos sobre el monarca español durante algunos meses del año 1854 para disponer la nueva edición de Robertson que apareció en Boston en 3 volúmenes in 8º en 1857 y escribió para ella un relato que intituló: *The life of Charles v after his abdication*. Robertson había referido la vida del César después de haberse despojado de sus estados hereditarios, de una manera muy sumaria, pero elegante. En el Libro Undécimo dió cuenta del hecho trascendental en cuatro párrafos, y en el Libro Duodécimo, refirióse a las tentativas inútiles de Carlos para cambiar la sucesión del imperio electivo, la partida del Emperador para España, el lugar de su retiro, su reclusión en el Monasterio de Yuste, las diversiones en su encastramiento, las causas de su muerte y el retrato del carácter del monarca. Era el

de Robertson un relato muy bien hecho, pero sin profundidad. Era evidente que al autor le habían faltado fuentes de información, o bien no había querido ampliar el tema para dar una mejor idea del estado en que Carlos dejó la Europa después de su abdicación. En 1851, Prescott había concluido la primera redacción de la *Historia de Felipe II*. Con este motivo tuvo que referirse al Emperador estudiándolo en ciertos aspectos a la luz de nuevos documentos. Comprendió que frente a ellos le era posible escribir un apéndice en la nueva edición de Robertson, sobre la vida de Carlos en el retiro del monasterio de Yuste. Basó el relato, en el que dió a conocer el alcance verdadero de la decisión de Carlos v, en los documentos que hizo copiar en Simancas, que ya había aprovechado en el tomo primero del Felipe II. La investigación desde 1849 había avanzado a pasos rápidos y héchose luz sobre las causas del retiro del Emperador. A un archivero de Simancas se debía una narración fundamentada en extractos de documentos de gran mérito. Este legajo lo adquirió el gobierno francés y quedó depositado en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Sterling-Maxwell, que había visitado el monasterio de Yuste para impregnarse del ambiente en que Carlos se contrajo a las prácticas piadosas y atormentar sus carnes con el silicio, tuvo conocimiento de la existencia del manuscrito del Archivo de Simancas y se valió de él para explotarlo en el libro que publicó en 1852 con el título la *Vida conventual de Carlos v*. Este libro ejerció sobre los historiadores Próspero Luis Gachard y Francisco Mignet el deseo de ampliar el conocimiento de un tema particularmente fascinante, sometiéndolo a una nueva investigación desde los puntos que dejaban silenciados los papeles del archivo de Simancas y el mismo Sterling-Maxwell. Los tres estudios que se escribieron sobre el asunto los aprovechó Prescott en su trabajo, sin añadir él personalmente nada nuevo. Agregado su trabajo a la *Historia de Carlos v* de Robertson, en la edición dirigida por el historiador, el prestigio universal de su nombre volvió a poner de actualidad el libro clásico del historiador irlandés.

## V

*Prescott en Chile*

EN EL desarrollo de la literatura histórica de los nuevos estados americanos que formaron parte del imperio español, la influencia de Prescott en el siglo XIX fué innegable. Sin embargo, conviene decidir, desde luego, sobre el carácter de esta influencia. En el ambiente culto de las sociedades hispanoamericanas, ninguno de los individuos que sintió atracción por las letras, se dispensó de leer a Prescott. Pero estas lecturas generalmente no pasaron más allá de las dos conquistas. La *Historia de los Reyes Católicos* y la *Historia del reinado de Felipe II*, por lo común, no encontraron ambiente en la mentalidad liberal republicana, democrática y antiespañola de la segunda mitad del siglo XIX. Los historiadores leyeron las *Conquistas* del bostonés con miras a su belleza literaria, pero no con un fin de estudio para discutir el criterio histórico analítico de Prescott, las formas de encarar la crítica de las fuentes, las características de su estilo narrativo aplicado a la ciencia histórica, y la manera de utilizar la documentación sin destruir la unidad del relato. Sólo en dos países, Prescott ejerció verdadera influencia, en México en forma indirecta y en Chile, directísima. Se ha visto cuales fueron las relaciones de los mexicanos aficionados a los estudios de erudición con el norteamericano, y vimos que la *Colección de documentos para la historia de México*, que compiló Joaquín García Icazbalceta, no habría sido posible publicarla sin que Prescott facilitara las copias. Además, sirvió a Alamán con sus libros para completárselos. En Chile, la influencia del historiador bostonés fué profunda y se irradió tanto en el aspecto literario como en el histórico. Cuando sus libros aparecen en Chile en 1851 y 1859, surgía formada al impulso de la Universidad de Chile bajo la acción celosa y dominante de Andrés Bello, una escuela histórica. Hablamos de ella al dar a conocer también la influencia de Washington Irving sobre los nuevos historiadores, los jóvenes Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, y nos creemos por ello dispensados de volver sobre el asunto. Queremos referirnos a lo que individualmente cada uno de estos historiadores le debió a Prescott. Andrés Bello fué el primer escritor que en Chile con más ahín-

co promovió su conocimiento, así por las reiteradas referencias que hizo de sus libros, en los cuales vió la clara imagen de su ideal de historiador, como también por los artículos que le consagró. Apenas llegó a Chile la edición de Londres de 1847 de la *Historia de la Conquista del Perú*, Bello le consagraba un extenso artículo compuesto de dos partes, el que fué publicado en el tomo primero de la *Revista de Santiago*, correspondiente a los meses de abril y mayo de 1848. Era esta revista el órgano de la juventud culta de tendencias liberales. El artículo del humanista, en su mayor parte expositivo, transcribía largos párrafos de la obra acerca de la organización social, política y económica del imperio incásico. Así y todo, contenía algunas observaciones críticas que conviene recoger. El carácter esencialmente expositivo del artículo, tenía una intención. Bello quiso oponer un nombre tan eminente en los estudios históricos como el de Prescott, decidido partidario de la escuela *ad-narrandum* a las pretensiones de cierto sector de la juventud ilustrada ganada a la otra escuela, la *ad-probandum*. La historia narrativa o analítica había llegado en su altanería a mirarla con desprecio y hablaba de una filosofía de la historia para la de Chile cuando ni siquiera los hechos habíanse establecido convenientemente y la documentación aún no era conocida. Bello hizo servir el ejemplo de Prescott en la polémica que debió sostener sobre la manera de escribir la historia, presentándolo en abono de su pensamiento, o sea, que la investigación histórica debía ser previa a todo intento de hacer una filosofía de los hechos. Tan importante consideró Bello este artículo, que lo hizo insertar en el volumen que dos de sus discípulos —su hijo Juan Bello y Felipe Santiago Matta— formaron con algunos de sus estudios, intitulándolo *Opúsculos literarios y críticos publicados desde el año 1834 hasta 1849 por don Andrés Bello. B. y M.*, editores, Santiago, Imprenta Chilena, enero de 1850, y que forma un volumen, in. 4º. En 1884, este tomo fué incluido en el volumen VII de las *Obras Completas* del que fuera primer Rector de la Universidad de Chile, en la edición hecha por el Consejo de Instrucción Pública en cumplimiento de la ley de 5 de septiembre de 1872.

El artículo de Bello, intitulado *Historia*

de la *Conquista del Perú*, por W. H. Prescott, comenzaba con estas palabras: "Mr. W. H. Prescott, ciudadano de los Estados Unidos de América, ha dado a luz tres obras históricas que gozan de una alta celebridad, y le han colocado en el número de los historiadores más distinguidos de la época presente, en que el cultivo de la Historia ha dado ocupación a tantas inteligencias de primer orden. El asunto de la primera de sus obras, que por lo acabado de la ejecución nos parece superior a las otras, es el reinado de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel. La segunda trata de la conquista de México, principiando por una casi completa exposición del antiguo gobierno y civilización de los mexicanos, según las noticias más auténticas y fidedignas. Y en la tercera, después de describirse con la posible individualidad las instituciones y civilización peruanas, bajo la dinastía de los Incas, se refiere a la conquista de aquel imperio y las revueltas civiles que lo ensangrentaron, hasta que se estableció en él definitivamente la autoridad de la corona de Castilla".

Sobre el método del historiador decía: "En ninguna de esas tres obras se limita el autor a recopilar o reproducir bajo una nueva forma los trabajos de que ya estaba en posesión el público. Mr. Prescott ha tenido la fortuna de consultar gran número de documentos inéditos, y aun cuando trabajaba sobre materiales conocidos, ha sabido ordenarlos de un modo luminoso, y apreciar las personas y los hechos con mucha imparcialidad y filosofía. Aunque el tipo de Gibbon es el que nos parece prevalecer en su manera histórica, posee en un grado superior el arte de dar individualidad a los caracteres y viveza a las descripciones. No es menos puntual que el historiador inglés en acotar las obras de que se ha servido; y cuando los testimonios son oscuros o contradictorios, indica en breves notas las razones que han motivado su elección o su interpretación. En esta parte ha cumplido con religiosa puntualidad los deberes del historiador". "He dejado —dice—, que quedase el andamio, después de acabado el edificio; en otros términos, he manifestado al lector los trámites del procedimiento que me ha conducido a mis conclusiones. En vez de pedirle que me crea sobre mi palabra, he procurado darle la razón de mi fe. Por medio de copiosas citas de las autoridades originales, y por noticias críticas que le expliquen las in-

fluencias que obraron en ellas, me he propuesto ponerle en estado de juzgar por sí mismo, de revisar, y, si necesario fuere, de revocar los juicios del historiador. De esta manera podrá a lo menos apreciar lo difícil que es obtener la verdad en el conflicto de los testimonios y aprenderá a desconfiar de aquellos escritores que fallan sobre los misterios de lo pasado *con una certidumbre que espanta* (según la expresión de Fontenelle); espíritu sumamente opuesto al de la verdadera filosofía de la historia". En seguida, señalaba Bello de un modo muy exacto la oposición del método de Prescott con el de otro historiador español, Conde, y expresaba: "La importancia de este modo de proceder es incontestable y el omitirlo no puede menos de influir de un modo desventajoso en la fe del lector. Citemos un ejemplo: Don José Antonio Conde compuso una *Historia de la dominación de los árabes en España*, compilada de memorias y escritos arábigos, de manera que pudiese leerse como ellos la escribieron y se viese el modo en que rigieren los acontecimientos". "Diré, con sinceridad —son palabras de Conde—, que he puesto en este mi trabajo todo el estudio y diligencia de que soy capaz, no perdonando ningún género de fatigas, tratando de superar las dificultades en cuanto he podido y aprovechándome de todas las condiciones y auxilios que se me han proporcionado. Y bien ha sido necesaria toda la constancia que he puesto al intento; porque no es negocio fácil el haber de indagar y referir con sencillez y sin afectación, y siguiendo el orden de los tiempos y de los sucesos, así los orígenes de una nación célebre, como su incremento, sus conquistas y acciones famosas, las costumbres con que se distinguían, su cultura y los acaecimientos y vicisitudes de su poder en la dilatada serie de ochocientos años. El haber de coordinar cosas tantas y tan variadas, recogiendo de diferentes escritores, el comparar sus referencias y el tomar partido en la incertidumbre de sus relatos, es sin duda un trabajo ímprobo y arduo; al que se allega el de traducir todo esto de la lengua de los árabes a la nuestra castellana, y no de libros impresos y correctos, sino de antiguos y maltratados manuscritos. Más, sin esta fatiga no podrían rectificarse los hechos ni aclarar las cosas cómo fueron, sino a la luz de las memorias arábigas". Conde logró de esta manera ponernos a la vista una larga época de la historia de España, bajo un aspecto tan nuevo

como interesante; y aunque su narración es por lo general descarnada y seca (lo que probablemente debe imputarse a los materiales que tuvo a la mano), son a menudo de mucha importancia las noticias que contiene, y de cuando en cuando hallamos en ella pormenores deliciosos por su naturalidad y por su fisonomía característica. Pero se hace desear algo más. Aunque Conde nos da en el prólogo una lista de los autores árabes que traduce, autores de diferentes edades, y que no todos tendrían probablemente iguales títulos a nuestra confianza, no sabemos a cuál de ellos se deba la relación de cada suceso en particular; lo que parecía tanto más necesario cuanto más largo puede haber sido el intervalo entre los hechos y los diversos historiadores que los refieren. Del trabajo crítico de que habla Prescott para la apreciación de los testimonios, no se descubre vestigio. Conde (valiéndose de la expresión del escritor norteamericano), derribó el andamio después de levantado el edificio, y pone al lector en la necesidad de dar una fe implícita a sus juicios. Esto ha perjudicado no poco a la obra bajo el punto de vista de la crítica histórica. "El no llena, dicen los escritores contemporáneos (los señores Paquis y Dochez, que han dado a luz una nueva historia general de España), las exigencias actuales de la ciencia histórica. No hace ninguna comparación entre las crónicas contemporáneas, no ha sometido a examen la exactitud de las fuentes, y no ha pensado sino en suministrar materiales a la historia. Tal vez la muerte no le permitiría dar la última mano a su trabajo".

Concluía después Andrés Bello: "Volvamos al asunto de este artículo, que es la *Historia de la Conquista del Perú*, por Mr. Prescott. El autor ha tenido a la vista gran número de documentos inéditos, sacados, por la mayor parte, del archivo de la Academia matritense de la Historia, enriquecido con los papeles del célebre historiógrafo de las Indias, Don Juan Bautista Muñoz, que empleó cincuenta años de su vida en recoger materiales para una historia de los descubrimientos y conquistas de los Españoles en América, pero que sólo tuvo tiempo para publicar la primera parte de este vasto trabajo, relativa a los viajes de Colón. Otros documentos pertenecieron a Don Martín Fernández de Navarrete, Director de la misma Academia, y fueron exhibidos a Prescott, que los copió de su

mano. Igual auxilio proporcionaron a nuestro autor Mr. Ternaux-Compans, que ha traducido al francés algunos de los manuscritos de Muñoz y Don Pascual Gayangos, que bajo el modesto traje de traductor (dice Prescott) ha suministrado un ingenioso y erudito comentario de la historia hispano-arábiga. Le han servido también algunos códices importantes de la biblioteca del Escorial, que formaban una parte de la espléndida colección de Lord Kingsborough. De todas estas fuentes se ha valido para acumular una multitud de manuscritos, de carácter vario, y de la mayor autenticidad; "concesiones y ordenanzas reales, instrucciones de la corte, diarios y memorias personales, y una masa de correspondencia privada de los principales actores en aquel turbulento drama; de manera que el autor ha tenido a veces que sufrir el *embarazo de la riqueza*, porque en la multiplicidad de testimonios contradictorios no es siempre fácil columbrar la verdad, a la manera que la multiplicidad de luces encontradas suele a veces deslumbrar y confundir al espectador".

Hasta aquí Bello. En 1851, en el curso del mes de julio, fué publicada en Chile la siguiente obra del historiador norteamericano: *Historia de la Conquista del Perú con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas, por Guillermo H. Prescott, miembro corresponsal del Instituto Francés, de la Real Academia de Berlín, de la de Nápoles, de la de la Historia de Madrid, etc. Traducida del original inglés (Epigrafes). Valparaíso. Imprenta del Comercio, julio de 1851.* Son dos volúmenes, in 4º mayor, a dos columnas. El primero consta de siete páginas con numeración romana que corresponden al prólogo y 132, en las que se incluyen el texto y el índice. El volumen segundo, comprende 136 páginas. Los capítulos referentes a Diego de Almagro fueron publicados en el diario *El Comercio*, por indicación de un joven historiador chileno de quien más adelante vamos a ocuparnos. Ocho años más tarde hacíase una nueva edición por disposición del Gobierno. A fin de incrementar la dotación bibliográfica de las Bibliotecas Populares, el Ministerio de Instrucción Pública ordenó se imprimiera la *Historia de la Conquista del Perú* en un tamaño in 8º en dos volúmenes, los cuales dieron, según el bibliógrafo Ramón Briseño, un total de 335 páginas. La edición fué hecha por la Imprenta del Ferrocarril de Santiago. En este

mismo año de 1859, según también Briseño, se reimprimió de una edición española, por disposición del Gobierno para las mismas bibliotecas, la *Historia de la Conquista de México con una reseña preliminar de la antigua civilización mexicana y la vida de Hernán Cortés*, por Guillermo H. Prescott, traducida del inglés al castellano por J. B. Besatarrechea, y reimpresa para las Bibliotecas Populares. Santiago de Chile. Imprenta del Ferrocarril, 1859. La obra se compone de tres volúmenes in 8º con un total de 528 páginas. Las tres ediciones de las dos conquistas difundieron ampliamente el nombre de Prescott en Chile, y sus dos libros fueron la lectura constante de los jóvenes de los liceos y de la Universidad de Chile, sirviéndoles de agradable pasatiempo y de ilustración al propio tiempo. Por este antecedente, que igualmente vale para los libros de Irving, según ya se expresó, el historiador norteamericano alcanzó en el país una gran popularidad y contribuyó a formar en la opinión un sentimiento de admiración hacia la figura de Almagro, que los historiadores se encargaron de patentizar.

Antes de que apareciera en julio de 1851, la edición de la *Historia de la Conquista del Perú*, el joven Diego Barros Arana, que demostraba una vocación irresistible por los estudios históricos y que trabajaba bajo la dirección del elegante historiador Antonio García Reyes en formar una *Colección de Historiadores y de documentos relativos a la historia de Chile*, publicó en el diario *El Comercio* de Valparaíso, redactado por el periodista uruguayo Juan Carlos Gómez, los capítulos de la conquista peruana que se relacionaban con Chile a través de los capítulos del viaje de descubrimiento de Almagro y de las guerras civiles en que intervino el infortunado caudillo. Prescott fué para Barros Arana un maestro a quien siguió en su metodología histórica y en su estilo, y si el suyo no fué nunca tan elegante como el del bostonés, lo imitó en la sobriedad de la exposición, en el decoro grave del discurso y en la impersonalidad de los juicios. De ésta su admiración hay constancia. La obra que acreditó definitivamente la fama de Barros Arana como historiador fué la publicación de los cuatro volúmenes de la *Historia general de la Independencia de Chile*, cuyo primer tomo apareció en Santiago de Chile en 1854, cuando el autor contaba 24 años. Los otros vieron la luz en 1855, el segundo;

en 1857, el tercero y en 1858 el cuarto. Era un libro de investigación agotadora. Barros Arana estimó de su deber rendir el homenaje de su admiración a Prescott, remitiéndole a Boston el primer y segundo tomos por intermedio del Ministro diplomático de Chile en Washington, Manuel Carvallo. En las cartas que con tal motivo le escribió, hay un reconocimiento de veneración a la gloria de Prescott y una humilde expresión de igualarle en la medida de lo posible en las excelencias de su sistema de historiador. Prescott respondió a Barros Arana en cartas de 1855 y 1856. El juicio que acerca de la *Historia* le formuló ¡qué inmensa alegría debió producir en el ánimo del joven historiador! Le decía: "la sobriedad y buen gusto de la manera de escribir permite inferir que Ud. ha llegado a formar opiniones sobre los hechos en un modo equilibrado y juicioso". El 29 de enero de 1856, Barros Arana al enviarle el tomo segundo le decía: "He continuado mi tarea con mayor empeño y entusiasmo para hacerme acreedor al juicio de un maestro tan competente". Después de haberse preparado sólidamente y haber realizado extensas lecturas, en plena juventud todavía, muy poco más allá de los treinta años, Barros Arana daba a luz en Santiago, para satisfacer las necesidades de la enseñanza media su excelente *Compendio de historia de América*, en dos volúmenes. Dividió el texto en dos secciones: tomo primero lo consagró a la historia del descubrimiento y conquista, y el segundo a la colonia y revolución. El término de compendio que dió a su historia no es en absoluto el que conviene a la obra, y si lo empleó el historiador fué como una manifestación de modestia al escribir y sistematizar una materia sobre la cual nada existía estudiado con el criterio del siglo XIX en que la investigación histórica había realizado tantos progresos. En 1865, al publicar Barros Arana la *Historia de América*, la de igual título de Robertson continuaba siendo la única seria de conjunto sobre el particular. Pero ya había quedado muy atrás con las investigaciones de Juan Bautista Muñoz, Spotorno, Fernández de Navarrete, Washington Irving, Alejandro de Humboldt, las publicaciones de Ternaux-Compans y las del mismo Prescott, en lo tocante al descubrimiento y conquista de los dominios del imperio español en América. Barros Arana, que en su obra siguió muy de cerca a Robertson y adoptó en cierto modo su plan, puso al día los



adelantamientos que desde la publicación del irlandés habíanse realizado en los temas del descubrimiento y de la conquista, como puede comprobarse con la lista bibliográfica y los comentarios críticos a las fuentes así impresas como documentales que le sirvieron de guía. En estas secciones de su libro, Barros Arana corrigió, amplió, completó, ordenó, rehizo y depuró los relatos. Pero no puede hablarse de haber realizado algo original. En cambio, reclama este título, la sección destinada a la Colonia y dentro de ella, los capítulos que tratan de la organización política, social, administrativa e intelectual de los dominios, que eran nuevos por su armoniosa disposición y correcta sistematización. El estudio de la revolución de la independencia de los países americanos fué el mayor logro de la *Historia de América*. Por de pronto, correspondió a Barros Arana presentar en un cuadro de conjunto perfectamente ordenado, con las investigaciones al día de los sucesos y algunas veces hechos por él mismo, el desarrollo de la independencia de cada país. No existía hasta entonces este cuadro de conjunto tan bien ordenado, expuesto con tanto método y claridad. Barros Arana, pues, fué el primer tratadista de la historia de América en el siglo XIX, siendo su libro todavía, en nuestros días, magnífica lectura de una docta enseñanza. Al relatar la historia de las conquistas de México y del Perú, se basó como era de suponerlo en Prescott. Al referirse en el inventario bibliográfico a las obras suyas consultadas —*History of the reign of Ferdinand and Isabella the catholic*, Boston, 1843, 3 volúmenes; *History of the conquest of Mexico*, New York, 1843, 3 volúmenes, y *History of the conquest of Perú*, New York, 1847, 2 volúmenes—, escribió: "Estas tres obras, reimpresas muchas veces, traducidas a numerosos idiomas (en Chile se han hecho dos ediciones de la *Conquista del Perú* y una de la *Conquista de México*) y muy aplaudidas por la crítica ilustrada, son el fruto de un gran trabajo de investigación; y por el arte de la composición y las formas literarias, constituyen verdaderos modelos del buen género histórico. La primera de ellas, si bien no está precisamente contraída a la historia de América, refiere con estudio y con criterio el descubrimiento del Nuevo Mundo y los primeros progresos de la colonización". En el escritor chileno la admiración por Prescott no hizo más que acrecentarse en el correr de los años. A medida

que perfeccionábase en los métodos de la investigación, al recorrer y leer en España los mismos documentos consultados por Prescott en las colecciones de Muñoz, Vargas Ponce, Fernández de Navarrete y Linares en la Academia de la Historia de Madrid y en los Archivos de Indias de Sevilla y de Simancas, en las cercanías de Valladolid, Barros Arana sintió crecer, sin duda alguna, la estimación por el hombre que en su gabinete de Boston, en medio de las dificultades infinitas que le presentaban sus ojos, leyó los documentos en que apoyó sus libros, documentos escritos con endiablada ortografía capaz de producir la desesperación. Barros Arana recorría la España a fines de 1859, en el mismo año de la muerte de Prescott, para reunir los materiales de la empresa de toda su vida, la *Historia general de Chile*, escrita en 16 volúmenes durante los dieciocho años comprendidos entre 1884 a 1902, después de medio siglo de una incesante investigación. Constantemente en los tomos consagrados al descubrimiento y conquista de Chile, Barros Arana se apoyó en Prescott, citándolo con respeto. En el último tomo de la *Historia*, en el XVI, en las páginas que intituló *Mi conclusión*, en las que recuerda los afanes de su vida literaria y los desvelos de ella para escribir el monumento con que dotó a su patria y a América, recordó que Prescott e Irving, en su lejana juventud, habían contribuido a su formación de historiador. Para Barros Arana era Prescott el modelo ideal del historiador. Su juicio coincidía con el de Andrés Bello en esta apreciación.

Otro historiador chileno sintió muy de cerca la influencia de Prescott. Benjamín Vicuña Mackenna, a quien las vicisitudes de las contiendas políticas de su patria arrojaron al destierro después de los sucesos revolucionarios de 1851, cuando tenía veinte años, y ya en las letras precozmente comenzaba a destacarse, no fué extraño en su adolescencia a los encantos de la lectura de algunas de las obras del escritor norteamericano. Ha recordado que en sus buenos tiempos de colegial travieso y trashumante, evadido de las aulas para gozar la cimarra entre los áridos riscos y peñascos del cerro Santa Lucía, la *Historia de la Conquista del Perú* abrevió sus horas, deleitándose con las inverosímiles hazañas de los conquistadores. La simpatía por Almagro se la comunicó Prescott y de ella debería dar testimonio en un próximo libro de

juventud. En el camino del destierro, embarcóse en Valparaíso en un buque mercante velero con destino a California, punto de término de su jornada después de surcar el mar Pacífico. Iba con la esperanza de vender unas harinas y tentar fortuna —¡otra vez!— como tantos chilenos, en la que había sido la tierra de las ilusiones y grandezas del oro. Pero todos los proyectos naufragaron y el viajero decidióse a pasar a Europa, habiendo antes cruzado México, del Pacífico al Atlántico, a lomo de mula por la sierra, e irse a detener después algún tiempo en los Estados Unidos. Por los norteamericanos no sentía cordialidad muy viva Vicuña Mackenna. Encontrarse en la patria de Washington y no visitar a William Hickling Prescott, la mayor celebridad literaria de los Estados Unidos, junto con Irving, le pareció algo como una irreverencia y resolvió ir a Boston para conocerlo y manifestarle su admiración. Era el año de 1853. Prescott le recibió dos veces y aun en otra ocasión le convidó a comer. El joven chileno de 22 ó 23 años, de imaginación vivísima, de trato alegre y expansivo, con un buen bagaje de cultura refleja y otra suya personal atesorada en las lecturas y en la reflexión, le habló en la primera conversación en inglés, idioma que manejaba con gran soltura y cabal conocimiento. Le expresó el bostonés que sería para él de mayor agrado mantener el diálogo en castellano, lengua que, sin manejar con perfección, le era agradable, porque de este modo contribuía especialmente a practicarla, ya que eran escasas las ocasiones que tenía para hacerlo. El retrato que Vicuña Mackenna nos ha dejado del historiador es bastante vivo y exacto y está animado de simpatía. El mismo carácter tiene la descripción de su gabinete. La conversación fué interesante, franca y acogedora. Prescott, de la biblioteca, le llevó al escritorio, una amplia sala llena de luz, rodeada de una galería de vidrios, para animarle la visión. Aquí le mostró retratos de Cortés, algunos efectos personales del conquistador, los facsímiles de su firma, entre estas una autografía y los documentos de más de cinco mil fojas que le sirvieron para componer las dos conquistas. La sencillez del hombre, la naturalidad de sus costumbres, la modestia espontánea de su pudor para evitar darse siquiera por aludido de la celebridad mundial que lo rodeaba, fueron prendas morales que dejaron en el ánimo de Vicuña Mackenna la seguridad de la

grandeza de un hombre que comenzaba por ignorarse él mismo. En la entrevista, Vicuña Mackenna aludió a Diego de Almagro, que tan de cerca tocaba a Chile como su descubridor, y a quien el norteamericano consideraba como un generoso cuanto infortunado caudillo. Se atrevió a preguntarle por qué no había escrito esa vida y Prescott con viveza le respondió: "Tarea y honor es ese que ha quedado reservado con una envidiable grandeza a los escritores chilenos". La animada escena de esta entrevista y la descripción del ambiente en que ella se desarrolló, está consignada en el hermoso libro de Vicuña Mackenna que lleva por título: *Páginas de mi diario de viajes, 1853, 1854 y 1855*, Santiago de Chile, Imprenta del Ferrocarril, 1856. ¿Quiso Vicuña Mackenna hacer suyos esta tarea y este honor, al escribir la accidentada y dramática vida del descubridor de Chile? En 1859, el historiador chileno había vuelto a aventurarse en unas campañas revolucionarias románticas, muy en consonancias con su alma explosiva, impresionable y soñadora. Desde la tribuna de un periódico suyo, redactado por él, soplabla el viento de la agitación en favor de una reforma de la carta política que regía los destinos del país, hasta que la autoridad apagó su voz cerrando el periódico y reduciéndolo a prisión. Constaba entonces con 28 años. En la cárcel de la Penitenciaría de Santiago acometió Vicuña Mackenna el trabajo de escribir la vida del desgraciado capitán. La *Historia de la Conquista del Perú*, en su edición inglesa de 1847, fué la obra que más consultó el biógrafo, después de los clásicos cronistas Fernández de Oviedo y Valdés y Antonio de Herrera, de Diego Cieza de León y el Paleontino Fernández. El libro fué escrito en la celda de su prisión entre el 6 y el 17 de febrero de 1859. Lo intituló *Diego de Almagro. Estudios críticos sobre el descubrimiento de Chile*. La obra permaneció inédita durante 30 años y se la dió a luz como trabajo póstumo de su autor fallecido en enero de 1886, en el año 1889. Estudio de juventud, animado de un estilo ardiente, como era la fantasía del autor, el relato de Vicuña Mackenna no intenta una reconstitución de los hechos en que participó Almagro. Es más bien un ensayo de interpretación del descubridor de Chile a la luz de su carácter en el contacto con sus compañeros, y en medio de los acontecimientos de que fué actor. No puede el historiador omitir la simpatía

cordial que le produce Almagro a quien llega a admirar y a justificar en algunos de sus rasgos. Con Prescott concuerda en muchos puntos. Pero es más amplio el miraje de Vicuña Mackenna y más íntima la simpatía también. Tiene más oportunidad para fundar la admiración que le inspira el conquistador. La interpretación del carácter de Almagro hecha por Vicuña Mackenna es una página clásica de la historiografía americana, como que su juicio sobre el conquistador español es citado como el de una autoridad.

En la literatura histórica chilena del siglo XIX hay un libro que representa, mejor que ninguno otro, el concepto clásico, ideal, de la historia considerada como obra de arte y de investigación, a la vez. Es éste el intitulado *Descubrimiento y Conquista de Chile*. En su autor, Miguel Luis Amunátegui, se aunaron como por un prodigio, las dos condiciones o aptitudes, en tal acierto de las proporciones, en tal equilibrio, que lo singulariza en la historiografía americana. Algunos años mayor que Barros Arana y Vicuña Mackenna, con ellos forma el triunvirato de los historiadores clásicos de la escuela histórica chilena del siglo XIX. La formación humanística y literaria de Amunátegui fué, puede decirse, dirigida por Andrés Bello personalmente, pero no podría negarse que correspondió al padre del escritor despertar la vocación e interés por las letras mediante la lectura de los buenos modelos en castellano, francés e inglés. El padre de Amunátegui era un abogado y profesor muy hijo de la ilustración que creía que la sabiduría de un hombre dependía de las lecturas realizadas y que estas mismas podían desarrollar todas las aptitudes de la inteligencia. A su hijo lo educó bajo estos dictados y le leyó, además de otras obras puramente literarias, las mejores de la historiografía de su siglo y entre estas, naturalmente, algunas de las de Prescott. Amunátegui, así por su formación clásica, como por los profundos conocimientos que tuvo del idioma, fué quizá el literato mejor preparado que ha existido en Chile. Poseía un espíritu lógico, matemático, poder evocador, imaginación colorida, condiciones muy especiales para el dibujo y percepción de los caracteres, y a la vez facilidad para anudar y desenvolver las intrigas dramáticas de la historia. Volcado desde muy temprano a los estudios históricos, como discípulo de Bello se afilió desde el primer momento entre los firmes soste-

nedores del sistema histórico *ad-narrandum*, y con Barros Arana trabajó bajo la dirección de Antonio García Reyes en la formación de la ya mencionada *Colección de historiadores y documentos relativos a la historia de Chile*. A la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile habíase incorporado muy joven como profesor y después figurado en esta misma, en calidad de miembro académico. Ya entonces dos valiosas obras históricas presentadas a la Corporación y premiadas por ella, *La reconquista española* (1851) y *La dictadura de O'Higgins* (1853), y otra multitud de estudios, habían acreditado sobradamente sus condiciones de historiador. En 1861, Amunátegui fué encargado por el Rector de la Universidad de escribir la memoria histórica universitaria que establecía el estatuto orgánico, y escogió por tema el que intituló *Descubrimiento y Conquista de Chile*. El sabio francés Claudio Gay, al servicio de Chile, había estudiado el mismo tema en la *Historia física y política de Chile*, pero sus fuentes, aunque inéditas algunas de ellas, eran de segunda mano, salvo las excepcionales cartas de relación de Pedro de Valdivia que Gay había obtenido en copia de su compatriota Ternaux-Compans, quien a su vez las había conseguido del caballero español Antonio Ugina, guardador que había sido de los papeles del erudito Muñoz. Las cartas de Pedro de Valdivia dieron a la narración de la conquista de Chile por Claudio Gay una extraordinaria novedad, y parecía que con estos preciosos documentos el tema quedaba prácticamente agotado. Parecía, pues, una audacia entrar en este campo y aun en el descubrimiento que Gay había desenvuelto con ordenación y buena crítica, diremos mejor, con sensatez. Sin embargo, cuando Amunátegui se propuso escribir el asunto que se había propuesto en forma de una monografía especial, todavía era tiempo de explotar en las fuentes consultadas por Gay algunos detalles interesantes que no pudieron tener cabida en el cuadro general de su *Historia*. El laborioso escritor chileno tuvo también la suerte de que ya para entonces se encontraban publicadas las obras de algunos cronistas que daban al descubrimiento y conquista de Chile un relieve especial. En el *Memorial histórico español*, Pascual de Gayangos había editado la obra inédita *Historia de Chile* de Alonso González de Nájera, verídico cro-

nista. El mismo Gay, en uno de los tomos de los *Documentos* de la *Historia* había publicado algunos tocantes al tema y la Real Academia de la Historia dado a luz en 1855 en una edición monumental el libro completo de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General de las Indias*. Fernández de Oviedo fué compañero de Almagro, conoció sus papeles y el relato del descubrimiento fué escrito sobre versiones inmediatas que a veces simplemente extracta o se limita a glosar. Se encuentran en este caso las cartas de Almagro de que dispuso. En auxilio de Amunátegui

vino Prescott en gran manera con la *Historia de la Conquista del Perú*. Con todos estos elementos le fué dado escribir a Amunátegui el libro clásico de la literatura histórica chilena, *Descubrimiento y Conquista de Chile*, publicado en 1862.

Tal fué la influencia que William Hickling Prescott ejerció en Chile sobre los tres más grandes historiadores del siglo XIX, juntamente llamados clásicos: Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna.

Las Cruces, febrero de 1960.